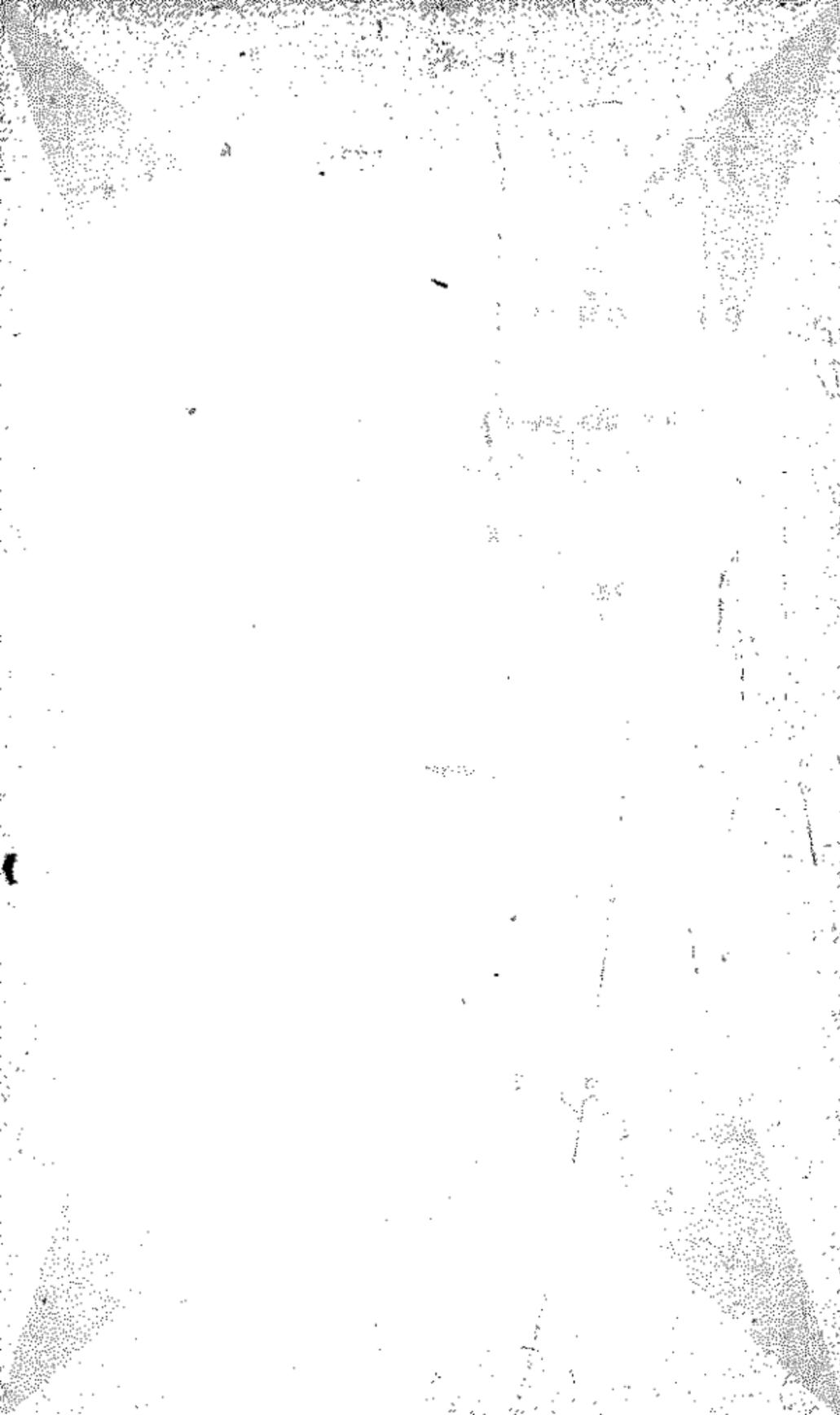


ANT
XIX
50



DÁFNIS Y CLOE.



15 lms,

R. 71.963



DÁFNIS Y CLOE,

6

LAS PASTORALES DE LONGO.

TRADUCCION DIRECTA DEL GRIEGO,
CON INTRODUCCION Y NOTAS.

POE

UN APRENDIZ DE HELENISTA.

~~~~~  
TERCERA EDICION.  
~~~~~

SEVILLA,
FRANCISCO ALVAREZ Y COMPAÑÍA. EDITORES.
Tetuan, 14.
—
1886.

Es propiedad del traductor
y anotador.

MADRID, 1886.—E. t. Tip. «Sucesores de Rivadeneira»,
Paseo de San Vicente, 20.

INTRODUCCION.

Los aficionados á libros suelen cegarse con frecuencia y prestar á muchas obras literarias un mérito que no tienen, y esperar que logren una popularidad que al cabo no alcanzan. Es evidente que yo, cuando me he tomado el trabajo de traducir esta novela, y me he atrevido luego á presentarla al público, es porque creo, ó bien con fundamento, ó bien inducido en error por dicha ceguera, que esta novela es bonita é interesante, y que ha de gustar y divertir á los lectores.

Lejos de censurar, disculpo yo y hasta aplaudo la publicacion de cualquier libro antiguo, por malo que sea. La mayoría no tendrá la paciencia de leerle; pero siempre le leerá con gus-

to y con interes cierto breve círculo de personas estudiosas, que busquen en él, y quizás hallen, nuevos datos para la historia literaria, ó curiosas noticias sobre costumbres, usos, hechos históricos, estilo y lenguaje de una época y nacion determinadas. De libros publicados con este objeto debe salir á la venta muy pequeño número de ejemplares. No son, ni pueden ser en realidad, libros para el público, sino para unos cuantos bibliófilos.

No es así como yo traduzco y publico en castellano la novela de Longo. La traduzco y publico como algo que, en mi sentir, puede y debe gustar áun al vulgo; como algo que puede ser popular en nuestros días.

Á fin de manifestar las razones en que me apoyo para pensar así, escribo esta Introduccion.

Escasisima cantidad de obras maestras tiene una fama que jamas se marchita. Sus autores se llaman por excelencia los autores clásicos, y toda persona culta, ó que presume de

culta, los compra, aunque nunca los lea. Si por acaso acomete, en ratos de ocio, la lectura de uno de estos autores, pongo por caso, de Homero, de Pindaro ó de Virgilio, á las pocas páginas ó se duerme ó se aburre. Tres modos principales suele emplear despues el lector aburrido ó dormido para explicar su aburrimiento ó su sueño. Si es muy modesto, se echa la culpa á sí propio, reconociendo que carece de la educacion estética ó de la aptitud natural bastante para penetrar el sentido de lo que lee, y apreciar y ponderar todos los primores y bellezas del estilo, teniendo en cuenta, ademas, que es menester cierto aparato de erudicion y cierto esfuerzo de fantasía para trasladarse en espíritu á la edad en que vivió el autor y para ponerse en lugar de uno de sus contemporáneos, participando de sus creencias, afecciones y anhelos, único modo de comprender todo el valor de lo que lee, y de sentir, al leerlo, la misma honda impresion que sintieron, sin duda, los hombres que vivian cuando el autor, y para

quienes el libro se compuso. Los que se explican así el no gustar de un autor clásico son los ménos, porque la modestia y la humildad son prendas rarísimas. Otros hay que se lo explican todo dejando á salvo al autor y echando la culpa al traductor desgraciado. Busca, por ejemplo, una persona elegante y de mundo, que oye decir que la *Iliada* es un trabajo prodigioso, una traduccion castellana de la *Iliada*: le dan la de Hermosilla: empieza á leerla, se harta á las seis ó siete páginas, y acude, para desenojarse, á una novela de Daudet ó de Belot, que le parece mil veces más agradable. No atreviéndose á decir que Homero es insufrible, y que todos los críticos que le han elogiado lo hacian por seguir la corriente, ó porque eran unos pedantones que con tales elogios querian darse tono, decide que el traductor lo ha estropeado todo, en lo cual, hasta cierto punto, no se equivoca á veces, y de esta suerte deja á salvo, por una parte, el buen gusto y la agudeza y perspicacia que él cree tener, y por otra, la

autoridad de los siglos y el general y constante consentimiento de varias y diversas civilizaciones y de muchas generaciones, que han decidido que los cantos de Homero son de la mayor belleza. Los más atrevidos, por último, se van derechos contra el autor, y decretan que Homero es soporífero: que en la edad bárbara en que vivió, tal vez gustaría; pero que ahora no hay quien le aguante, y que ni los mismos que le encomian le leen, sino que aprenden lo más sustancial de lo que dice, en algun compendio ó manual de historia de la Literatura, y suponen que le han leído y hasta que se han encantado leyéndole, para darse tono y lustre de discretos y de profundos.

Á mí me ha ocurrido con frecuencia que hombres políticos de primera magnitud, que han sido ministros cuatro ó cinco veces, abogados famosos, hacendistas y economistas, me hayan excitado á que me desembocase con ellos y les confiese que Homero no puede haberme gustado, si es que le he leído. Y como yo me

obstinára en que le habia leído y en que me gustaba, me han tenido por hipócrita literario ó por hombre disimulado y lleno de fingimiento, á fin de darme importancia de erudito y de humanista.

Lo expuesto hasta aqui debiera arredrarme, en vez de animarme, para publicar á Longo; pero yo discurro de otra suerte. Es verdad que los poetas clásicos, griegos y latinos, no gustan al vulgo de los españoles; pero ¿por qué no han de gustar los prosistas?

Para que no gusten ni sean populares los poetas, hay, á más de las ya expuestas, otras muchas razones, que vamos á exponer. Nosotros poseemos una riquísima poesía nacional, tanto más popular cuanto más se aparta en todo del antiguo gusto clásico. Para el asunto, si es narrativa, nos deleita la Edad Media ó los tiempos de la causa de Austria, idealizados de cierta manera y como nunca fueron; para los sentimientos y pensamientos, los católicos y piadosos, aunque el poeta sea ateo y los en-

trevere y combine con modernas filosofías; y para la forma, ó gran riqueza de rimas, ó la asonancia del romance, ó la castiza y tambien asonantada seguidilla. Ahora bien; sin entrar aquí á buscar la causa, es lo cierto que Homero y Virgilio se despegarian puestos en seguidillas ó en romances: y puestos en octavas reales ó en décimas, no sólo se despegan tambien, sino que es imposible que el más hábil versificador, forzado por el consonante, no pouga mucho de su cosecha, y ademas abundantes rípios en su traduccion. La versificacion clásica antigua, sobre todo los exámetros, han pasado con fortuna á várias lenguas modernas. En inglés y en aleman se escriben y se leen con gusto los exámetros. En castellano casi nadie los ha escrito, y nadie los resiste. Y el verso endecasilabo libre, que, á mi ver, es muy á propósito para este género de traducciones, y áun para escribir narraciones poéticas originales, inspira en España verdadero aborrecimiento, acaso porque rara vez se ha hecho bien hasta

ahora. Como, por otra parte, el vulgo no tiene acostumbrado el oído, no percibe la armonía de esta versificación, ni comprende su valer, y la juzga prosa cansada.

Longo, que está en prosa y que yo traduzco en prosa, no ofrece ninguna de estas graves dificultades. Es cierto que no debe considerarse como un autor clásico; pero también es cierto que su obra pertenece á un género más de moda hoy que nunca; *Dáfnis y Cloe* es una novela. Y como, á mi ver, es la mejor que se escribió en la antigüedad clásica, y está traducida en casi todos ó en todos los idiomas modernos, he creído que debiera estarlo también en castellano, y que una traducción fiel y hecha con alguna gracia, si atinaba yo á dársela, había de agradar á todos.

Harto sé, no obstante, que los libros, no ya clásicos y capitales, por decirlo así, sino de segundo orden, como suelen ser las novelas, están aún más sujetos á la moda que los demás libros. Homero y Virgilio, aunque ya no divier-

ten al vulgo, siguen y seguirán siempre siendo el encanto de los doctos y aún de los medianamente instruidos; pero á veces hasta las novelas, que fueron en su época delicia de todos, no hay quien las sufra en el día: ni los más literatos llevan con paciencia su lectura. ¿Qué portugues, por sabio que sea, lee ahora, sin saltar una página, la *Menina e moça* de Bernardin Riveiro? ¿Qué español se traga la *Diana* de Jorge de Montemayor? El *Amadis de Gaula*, que durante dos siglos ó más hechizó y deleitó á toda Europa, yace hoy arrinconado, para que algun paciente erudito ó algun lector tan incansable como raro le lea por entero.

Esta efímera popularidad de la novela debe de consistir, sin duda, en que las más estimadas y leídas en su época se lo debieron, no á cualidades permanentes, sino al estilo de moda: á algo de convencional, que hechiza en un momento y que un momento despues empalaga y aburre por falso y afectado.

Hay excepciones de esta regla: hay algunas novelas que, por encima de la beldad de conveneion, poseen la beldad absoluta. Tales novelas sólo sobreviven, se salvan del olvido en que las otras caen, y llegan á éontarse en el número de los libros clásicos. En toda época, pues, son ó deben ser leídas por las personas de buen gusto. No pretendamos por eso que el vulgo las lea también. Algo más las leerá y algo más habrán de agradarle que los grandes poetas antiguos; pero nunca, ni con mucho, le parecerán tan bien como cualquiera novela novísima, según el estilo y la moda vigentes. Yo tengo para mí que el mismo *Quijote*, con ser novela extraordinaria, sin par y única, la más espléndida joya de nuestra literatura, el fruto más rico y sazonado del ingenio español, el libro al lado del cual no se podrá poner acaso sino una docena de otros libros desde que los hay en el mundo, no es hoy leído sino por literatos, mientras que el vulgo y gran multitud de personas cultas, vulgo en esto, se aburren leyén-

dole, si es que intentan leerle, y apenas perciben algunas de sus bellezas, y las demas se escapan por completo á su percepcion, aunque la tengan muy viva, sutil y despierta para comprender hasta los ápices y más menudos primores de Feuillet, Musset, Mérimée, Sue, Balzac, Dickens, Dumas, Víctor Hugo y otra caterva de novelistas contemporáneos, extranjeros, y aún españoles. Claro está que por patriotismo, por no contrariar la corriente, con lo cual se harian, en este caso, reos de lesa gloria nacional, casi todos afirman y sostienen que el *Quijote* es obra admirable, si bien la admiran por fe y sin leerla.

Y no digo esto lamentándolo, sino para consignar un hecho. Esta diversidad de gustos, esta moda vulgar de cada siglo es conveniente. ¿Qué sería del infeliz escritor si el gusto fuese siempre igual? ¿Qué concurrencia no le harian los autores antiguos? ¿Cómo competir en España con el ignorado autor de la *Celestina* ó del *Amadis* y con tantos otros famosos nove-

listas, si sus obras tuviesen hoy la vida, la frescura y el encanto, y si fuesen tan sentidas y comprendidas del vulgo como cuando se escribieron? Muchos, los más de los que hoy escribimos, tendríamos que cruzarnos de brazos, llenos de aflicción y desaliento. ¿Quién escribiría un drama si gustasen y se comprendiesen Calderon y Lope y Tirso, y respondiesen hoy, como en el siglo XVII, á los afectos, pasiones y creencias de la muchedumbre?

De todos modos, yo entiendo que la novela de *Dáfnis y Cloe* dista no poco de ser una obra extraordinaria; pero entiendo también que hay en ella mérito bastante para colocarla en el número de las novelas excepcionales, de belleza absoluta é independiente de la moda. Esto me basta para justificar su traducción y su publicación en castellano. Pero ¿cómo he de fundar en esto la esperanza de que se divulgue y sea popular la novela que traduzco y patrocino?

Lo espero, en primer lugar, por su conci-

sion, pues no pasa, traducida por mí, de 120 páginas. Y lo espero tambien, porque la traduccion francesa de Courier, refundiendo la de Amyot, y las disputas de Courier con Furia por ocasion de la mancha de tinta, han dado en Francia no muy distante celebridad y popularidad á esta novela; y como las modas vienen á España de Francia, pudiera ser que viese esta moda de gustar de *Dáfnis y Cloe*.

Otra razon para que la novela guste, es la sencillez de su estilo, donde la belleza de convencion no entra para nada, pues los autores griegos, hasta la edad de decadencia, como se cree que fué la de Longo, se dejaban más difícilmente extraviar por los artificios conceptuosos al uso ó al gusto de un momento.

Razon es asimismo la de que, á pesar de lo que aseguran muchos, de que los autores griegos y latinos no sentian ni comprendian tan hondamente la Naturaleza como los modernos y los orientales, en *Dáfnis y Cloe* la Naturaleza está viva, cuando no hondamente sentida

y pintada. Asi lo declaran el sabio Humboldt, en el *Cósmos*, Villemain y otros críticos. La brevedad de estas descripciones hace que hieran con más vigor la fantasía de todo lector un poco atento, sin peligro de que fatiguen, como ocurre con frecuencia en las descripciones minuciosas, analíticas é interminables de muchos escritores modernos, de quienes se diría que miran con microscopio, tocan con escabelo y escriben con plomo derretido.

Una gran contra, fuerza es confesarlo, tiene, por cierto, *Dáfnis y Cloe*: el realismo de sus escenas amorosas, y la libertad, que raya en licencia, con que algunas están escritas; pero sirva de disculpa que lo que en *Dáfnis y Cloe* pueda tildarse de licencioso no es en el fondo perverso, y si algo de esto último hay en el original, lo hemos cambiado ó suprimido. En las impurezas de *Dáfnis y Cloe* resplandecen además cierto candor y cierta nitidez, y hasta me atrevo á decir que la desnuda y limpia inocencia del mármol pentélico, trabajado

por el cincel del escultor antiguo. Para mí sería no ménos injusto tildar de poco decentes algunas escenas de *Dáfnis y Cloe*, como tildar de poco decentes el Apolo de Belvedere y la Vénus de Milo. Toda la culpa, si la hay, está en el desnudo. Vestidas, y bien vestidas, están Fanny, Madame Bobari, *La mujer de fuego*, *La Dama de las Camelias* y otras mil heroínas del día, y son harto ménos honestas que Cloe. Inmensa, pongamos por caso, es la distancia entre Cloe, que ama á Dáfnis sin ningun interes y por él mismo, y jura serle fiel y le es siempre fiel en vida y en muerte, y la heroína de Goethe, Margarita, á quien las damas más púdicas admiran, no ya á solas, en su estancia, donde no es pública la desvergüenza, sino en pleno teatro, por lo ménos haciendo gorgoritos en italiano, y en cuya seducción interviene, no obstante, el incentivo de la codicia, el regalo de las joyas, y donde ella, para estar con más descuido en los brazos de su amante, da á su madre un narcótico, y para ocultar su pecado,

mata á su hijo. Todo lo cual no impide que Margarita sea admirada como criatura angelical, modelo de ternura y de otras virtudes, y que se vaya derecha al cielo, sin media hora siquiera de purgatorio, y que despues interceda con la Virgen María para llevarse tambien por allá al bribonazo del doctor Fausto, del cual ha hecho el poeta aleman un extraño Job al revés, ya que, en lugar de padecer con resignacion las duras pruebas á que somete el diablo al Job árabe, hace, con ayuda del diablo, cuanta maldad y bellaquería se le antojan, sin escrúpulo de conciencia; y para distraer sus melancolias en la ocasion más terrible, cuando ha deshonrado y perdido á Margarita y causado la muerte de tres personas, se va á bailar el jaleo con brujas jóvenes y bonitas en un estupendo y desenfrenado aquelarre.

Al lado de *Fausto*, al lado de gran parte de los más celebrados libros modernos, es inocentísimo el que traducimos.

Algo podrá tambien influir para que guste

y para que las antedichas faltas se perdonen ó se disimulen, el haber inculdablemente servido de modelo á la famosísima y con razón encomiada novela de Bernardino de Saint-Pierre, que se titula *Pablo y Virginia*. No negaré yo que en ésta el pudor y el espiritualismo de los amores se levantan inmensamente por cima de lo que se pinta y refiere en *Dáfnis y Cloe*, como que allí todo está informado, á pesar del autor, que era poco cristiano, por el casto espíritu del cristianismo, mientras que *Dáfnis y Cloe* es obra gentilica; pero en otras cosas, á mi ver, *Dáfnis y Cloe* aventaja á *Pablo y Virginia*. En esta última novela hay, sin duda, en medio de sus sencillas y naturales bellezas, sobrada afectacion y *sensiblería* malsana, propias de Rousseau, maestro de Saint-Pierre, y teosófico prurito de buscar en la Naturaleza una revelacion religiosa, mientras que en *Dáfnis y Cloe* hay religion positiva, aunque sea mala, y todo es más candoroso y ménos alambicado.

Tales son las principales razones que me asisten para creer que *Dáfnis y Cloe* puede gustar aún al vulgo en España.

Ya otra novela griega, que ha sido dos ó tres veces traducida ó parafraseada en español, la única quizá que ha obtenido esta honra, *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro, gustó mucho durante más de un siglo, como lo prueban, Cervántes imitándola en el *Persiles*; Calderon tomando asunto de ella para su comedia *Los Hijos de la Fortuna*; la antigua traduccion hecha por Fernando de Mena y publicada en 1516, y la nueva hecha del latin, como la antigua, por D. Fernando Manuel del Castillo, en el año de 1722. Ambas traducciones gustaron, aunque son desmayadísimas, y más que traducciones, desleidas paráfrasis. La novela de Heliodoro, ademas, hasta en el original peca de fastidiosa, si bien en la moral apenas tiene punto vulnerable, como obra de un santo varon cristiano que llegó á ser obispo.

Debe, por último, excitar la curiosidad pú-

blica y avivar el deseo de leer la novela de *Dáfnis y Cloe* la consideracion de ser la primera, por su merecimiento, ya que no en el orden cronológico, de cuantas nos ha dejado la literatura griega, gérmen fecundo y guía constante de todas las literaturas de la moderna Europa.

Aunque de la historia de este género de ficciones, que hace tiempo se llaman *novelas*, y que tan en moda están en el día, pudiéramos excusarnos de hablar, remitiendo al lector á los autores de más valer que sobre ello han escrito, bueno será poner algo aquí, en breve resumen, acerca de la novela griega en general, y singularmente acerca de *Dáfnis y Cloe*, tomando por guía á Chassang, á Chauvin, á Simmer, á Dunlop y á otros.

Cierto que la novela, escrita en prosa con alguna extension, en una forma aproximada á aquella en que hoy la concebimos y escribimos, y contando lances de la vida privada de personas, no históricas, sino particulares y fingidas

las más veces, es una aparición muy tardía en la literatura griega, y se puede y debe colocar en época de decadencia, al ménos relativa; pero, si por novela hemos de entender toda narración, oral ó escrita, en prosa ó en verso, de casos inventados, ya se inventen con plena conciencia, ya se imaginen ó se sueñen por unos hombres de un modo espontáneo é inconsciente, y por otros se crean verdaderos y reales, la novela es tan antigua como el mundo, desde que vive en el mundo gente que habla.

Los griegos la llamaron *mytho*, y los latinos, *fábula*. Contar ó hablar equivalía á referir *fábulas* ó *mythos*. Hablar viene de *fabular*, que á su vez viene de *fábula*; y *mytho* en griego significa á la vez palabra, discurso, fábula, tradición popular ó cuento. Toda *habla* tenía, pues, en lo antiguo, sobre todo cuando narraba, mucho de cuento, novela ó fábula. Por medio de ellas se explicaban los fenómenos de la Naturaleza: el terror de los bosques, el curso del sol y de las estrellas, la vida misteriosa de

las plantas, la voz del escondido eco, la recóndita inmensidad y el prolífico abismo de los mares, el subterráneo origen de las fuentes, el brio devorador á par que plasante de la llama, la lucha de los elementos, sus afinidades y consorcios fecundos, la fuerza que amontona los metales ó que cuaja el cristal en las entrañas de la tierra, el arco iris que se extiende en la bóveda azul, las tinieblas de la noche, el fulgor de la aurora, las nubes, el trueno, el rayo, la lluvia que fertiliza y el viento que destroza: cuanto hiere, en suma, la imaginacion de los hombres, cuando la Naturaleza hablaba con más poderosa voz que en el día á sus potencias y sentidos, sin apartar el velo que la cubre ni hacer patentes sus entónces inefables y temerosos arcanos. Los afectos, pasiones y apetitos, que conmovian nuestro sér, no analizados tampoco entónces, ni fisiológica ni psicológicamente, se personificaban del mismo modo que los fenómenos naturales externos, y de aquí nacian tambien dioses y diosas, demonios y ge-

nios. Cada uno de estos seres fantásticos tenía su vida propia. Su historia, ya se refería, ya se cantaba en himnos. Los acontecimientos humanos, las conquistas bienhechoras ó destructoras, la emigración de los pueblos, la fundación de ciudades, reinos ó repúblicas, los viajes por mar y por tierra en un mundo apenas conocido, donde la imaginación ponía lo que el entendimiento ignoraba; todo esto, engrandecido á poco de suceder, y á veces á par que sucedía, sin que nadie lo escribiese, transmitiéndose y creciendo al pasar de boca en boca, y conservado á menudo en la memoria, mereció á la palabra rítmica, dejaba de ser historia, se convertía en cuento, fábula ó *mytho*, y era, en suma, la materia épica diseminada ó difusa. En ella se guardaba, oculto en símbolos y figuras, todo el saber de las primeras edades; de donde, con el andar del tiempo, salieron las maravillosas epopeyas, cuando un vate singular y dichoso acertó á reunir los dispersos cantares en armónico conjunto; y de donde la his-

toria brotó más tarde, cuando un observador, curioso y discreto, agrupó esos mismos cantares épicos, hablas y tradiciones, poniéndolos en desatada prosa y procurando dar alguna razón de ellos en virtud de la crítica naciente.

De aquí que, en fuerza de ser todo novela (religion, geografía, historia, ciencias naturales, moral y política), no viniese hasta muy tarde la novela propiamente dicha.

Han disputado muchos eruditos sobre la procedencia de la novela griega. Unos, como Huet, suponen que vino del Oriente: otros, que nació en Grecia, original y castiza. Yo creo que, sin duda, los primitivos griegos traian ya sus creencias y sus *mythos* desde que emigraron de la cuna de la raza aria, en las faldas del Paropamiso; que fueron despues inventando mucho, y que tomaron tambien no poco de Egipto, de Fenicia, del Asia Menor, de Tracia y de otras regiones y pueblos: pero los griegos, admirablemente dotados por la Naturaleza, pusieron en todo el sello de su propio sér:

la gracia, la medida, la armonía y el buen gusto instintivo é innato.

Como quiera que ello sea, la ficcion fué, en un principio, candorosa, y no reflexiva: tuvo carácter épico, tanto por el sujeto que fingia, cuanto por el objeto fingido. No era la ficcion individual, ó se habian perdido las huellas de que lo fuese: era obra de la imaginacion colectiva: no era historia fingida adrede, sino creida y soñada: ni era tampoco de casos meramente domésticos, sino importantes al pueblo todo ó á todos los hombres: historia de reyes, de patriarcas, de héroes epónimos, de dioses y semi-dioses, los cuales, ya, como Hércules, Teseo, Perseo y Belerofonte, altos modelos de los ulteriores caballeros andantes, socorrian doncellas, amparaban menesterosos y libertaban la tierra de mónstruos y tiranos; ya, como Baco, Osiris y los Argonautas, se extendian por el mundo, civilizándole en expedicion conquistadora; ya, como Hérmes, inventaban artes que hacen grata la vida: ya, como Prometeo, arros-

traban la cólera del cielo y del inflexible destino, á fin de salvar, mejorar ó ennoblecer al género humano.

Cuando toda esta materia épica pasó de ser oral á ser escrita, y perdiendo el ritmo ó forma de la poesía, vino á ponerse en prosa, la ficcion, ó dígase la novela en su más lato sentido, entró en un periodo importante de su historia, si bien áun apénas aparecia aislada, sino combinándose con todo. Los moralistas se valian de ella para inculcar sus preceptos, y los filósofos y políticos para hacer más perceptibles y populares sus teorías y sistemas. De aqui las fábulas de Platon sobre la Atlántida y sobre Her el armenio, la del grave Aristóteles sobre Sileno y Midas, y la de Jenofonte sobre la educacion de Ciro.

Lo inexplorado hasta entónces de este planeta en que vivimos daba lugar á innumerables *utopías*; esto es, á tierras incógnitas ó muy remotas, donde vivian pueblos extraños, ya por lo monstruoso de su sér y condicion, ya

por estar gobernados de una manera singular y perfecta, segun el gusto de quien trasmitia ó inventaba la ficcion. Así nacieron, y se pusieron en diversos sitios, reinos ó repúblicas de amazonas, de pigmeos y de arimaspes, y así surgieron tambien islas afortunadas; el país de los hiperbóreos, amados de Apolo: la tierra de los meropes, la nacion india de los atacoros, y hasta la Pancaya de Evhemero.

De la misma suerte que, por ignorancia de la geografia, se creaban países y pueblos fantásticos, por el desconocimiento de los casos pasados, emigraciones de razas, conquistas, victorias, civilizaciones, florecimientos y decadencias, nacieron multitud de historias de pueblos primitivos, donde á veces, sobre la leve trama de algunos hechos reales, la fantasía tejia y bordaba mil prodigios.

Para dar autoridad á alguna doctrina religiosa ó filosófica, casi se forjaba un personaje y toda su portentosa historia, como la de Abarris ó la de Zamolxis, y, por el contrario, para

glorificacion de un personaje real se forjaba su leyenda. Así se escribieron no pocas vidas, no ya sólo de reyes, héroes y conquistadores, sino tambien de sabios y de filósofos, como la de Pitágoras por Jámblico y Porfirio, la de Apolonio de Tyana por Filostrato, la de Plotino por Porfirio, y la de Proclo por Marino. Hasta para dar una explicacion racionalista á la historia divina, para traer á la tierra á los númenes que el vulgo adoraba, y reducirlos á la condicion y proporciones humanas, se inventaban fábulas no ménos increíbles y absurdas que la misma religion que tiraban á destruir, como ocurría en la ya citada Pancaya de Evhemero, quien cuenta hoy, sin las disculpas que el tenía, tan numerosos y brillantes discipulos: v. gr., Rodier, Renan, Moreau de Jonnes, y sobre todo, el autor de un libro titulado *Dios y su tocayo*, donde se pretende probar que Jehová era el emperador de la China, y Adan un súbdito rebelde, expulsado del Celeste Imperio.

Es evidente que, al señalar aquí las diversas direcciones que tomó entre los griegos el espíritu de invencion novelesca, lo hacemos con rapidez y á grandes rasgos, y no podemos ceñirnos á la cronología, ni marcar con precisa distincion épocas y períodos. Baste que nos atrevamos á afirmar que, hasta los tiempos de Alejandro Magno, apénas queda rastro de lo que ahora podemos llamar *novela de costumbres*. Toda ficcion es sobre algo que toca ó interesa á la vida pública, ya religiosa, ya política, ya filosófica. La novela de casos domésticos estaba en gérmen y reducida al cuento oral, que hasta muy tarde no empezó á coleccionarse.

Estos cuentos venian principalmente de Mileto, de Sibaris y de Chipre, y eran á menudo amorosos y obscenos. Los más antiguos recopiladores de estos cuentos, de quienes se tiene noticia, son de la edad de Alejandro, ó posteriores, como Clearco de Soli, Paternio de Nicea, maestro de Virgilio, y Conon, que vivió en el mismo tiempo.

Con la novela hubo de suceder lo mismo, en cierto modo, que con el teatro cómico. Aristófanes, en la comedia antigua, habla y trata de la vida pública, política y religiosa. Viene después la comedia media, que trata aún de la vida pública, pero ya perdidas la actividad y la libertad de la democracia ateniense, olvida lo político, y se emplea en representar filósofos y cortesanas. Sólo con Menandro, en la comedia nueva, aparece la verdadera vida interior y doméstica, y se pintan caracteres y pasiones de personajes privados.

En la novela, lo que responde á la comedia nueva en el teatro, esto es, lo que hasta cierto punto pudiéramos llamar *novela de costumbres*, vino mucho más tarde. Todo novelista de este género puede afirmarse que es posterior á la era cristiana.

No por esto juzgo yo, como los clasicistas severos, que es época de decadencia esta en que apareció la novela de dicha clase. Verdad que el siglo de oro de las letras griegas fué el

de Pericles ; pero autores eminentes hubo en épocas muy distintas, y nuevos periodos de florecimiento y nuevos campos para luchar y vencer se abrieron despues en repetidas ocasiones al ingenio helénico ; ora bajo los Ptolomeos y otros sucesores de Alejandro, en filosofía, en ciencias exactas y naturales, y en poesía lírica y bucólica ; ora bajo la dominacion de Roma, en quien infundió Grecia su cultura ; ora con la aparicion y difusion del cristianismo y el gran movimiento de ideas que trajo en pos de sí, áun hasta despues de caer el imperio de Occidente. Yo creo que no pueden llamarse épocas de decadencia en una literatura aquellas en que florecen poetas como Teócrito, Bion y Calimaco ; prosistas como Polibio, Plutarco y Luciano ; filósofos como Plotino, y escritores tan elocuentes y pensadores tan profundos como tantos y tantos Padres de la Iglesia.

En esta última época, á saber, desde el primero al quinto ó sexto siglo de la era cristiana, es cuando escriben los principales novelis-

tas griegos de la novela propiamente dicha, ó dígase de la *novela de costumbres*, ó más bien de la novela de amor y aventuras, ya que las costumbres no se pintaban entónces con la exactitud de ahora: no se empleaba lo que hoy llamamos ó podemos llamar *color local y temporal*, sino cuando esto salia sin caer en ello los autores: ni mucho ménos habia, ni era posible que hubiese, este análisis psicológico de las pasiones y afectos, que hoy se usa y agrada tanto. En cambio, el empleo de lo sobrenatural y prodigioso no era tan difícil como en el día, porque los hombres creian sin gran dificultad, por donde era llano ingerir en las novelas lo fantástico de las antiguas fábulas filosóficas, religiosas, geográficas é históricas.

Las novelas más famosas y conocidas del expresado género son: la *Eubea*, de Dion Crisóstomo; el *Asno*, de Lucio de Patras; *Las Efesiacas*, de Jenofonte de Efeso; *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro; *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, y *Las Pastorales*, de Longo,

ó *Dáfnis y Cloe*, que damos aquí traducida, y que es sin duda la mejor de todas, ya que el *Asno*, de Lucio, es ferozmente obsceno, y la *Eubea*, de Dion, tiene poco interés, por más que esté lindamente escrita. Las otras novelas de dicha época son en el día harto pesadas de leer. Y las novelas posteriores, del Bajo Imperio, no son más amenas ahora, si bien son en extremo interesantes por lo mucho que influyen en el desenvolvimiento de todas las literaturas del centro y occidente de Europa durante la Edad Media, ya en leyendas y cuentos, ya en poemas y libros de caballerías, ya en el mismo teatro, cuando el renacimiento y después, como sucede, por ejemplo, con la historia de Apolonio de Tiro, el poema de Alejandro y las historias troyanas.

Segun ya hemos dicho, aunque nuestro elogio se atribuya á pasión de traductor, *Dáfnis y Cloe* es la mejor de todas estas novelas; la única quizá que, por la sencillez y gracia del argumento, por el primor del estilo, y en suma,

por su permanente belleza, vive y debe gustar en todo tiempo.

Contra los ataques que se han dirigido á su poca moralidad y decencia, ya la hemos defendido hasta donde nos ha sido posible. De otras faltas es harto más fácil defenderla. Una, sobre todo, apénas se comprende que haya críticos juiciosos que se la atribuyan: la de la intervencion milagrosa de Pan para salvar á Cloe, á quien llevaban robada. Lo extraño es que los críticos se hayan fijado en este momento, como si en él apareciese sólo lo sobrenatural, y no hayan querido comprender que, desde el comienzo de la novela, lo sobrenatural interviene en todo. Sin su intervencion la novela no sería verosímil, y por lo tanto, no sería divertida. La verosimilitud estética se funda, pues, en la creencia en ciertos seres por cima del sér humano y que le amparan y guian; en la creencia en las Ninfas; en Amor, no como figura alegórica, sino como persona real, viva y divina; y en Pan, como dios protector

de los pastores, helicoso á veces y tremendo.

Sin la providencia especial de estas divinidades, sin el cuidado que toman por Dáfnis y Cloe, y sin la eleccion que hacen de ellos para un caso singular de enamoramiento dulcísimo, ni se hubieran salvado los niños recién nacidos, abandonados en medio del campo, ni los hubieran criado con tanto amor una cabra y una oveja, ni hubieran conservado su rara hermosura á pesar de las inclemencias del cielo, ni hubieran sido tan sencillos é inocentes, ni hubiera pasado, en resolucion, casi nada de lo que en la novela pasa. Por esto es de maravillar que los críticos censuren el milagro de Pan para libertar á Cloe, y no censuren los demas milagros ni se parén en ellos.

Ni yo ereo en Pan ni en las Ninfas, ni hay lector en el dia que pueda creer en tales disparates; mas, para la verosimilitud estética, es fuerza ponerse en lugar del vulgo gentilico, que en un tiempo dado (todavía cuando la novela se escribió) creía en las mencionadas pa-

trañas, sobre todo en lugares agrestes, léjos de las grandes ciudades. Una vez concedido esto, todo es verosímil y llano.

Dáfnis y Cloe, en completo estado de naturaleza, aunque sublimado é idealizado por el favor divino, pero por el favor divino de dioses poco severos, se aman ántes de saber que se aman, son bellos é ignorantes, contemplan y comprenden su hermosura, y de esta contemplacion y admiracion nace un afecto bastante delicado para dos que viven casi vida selvática: él sin colegio ni estudio de moral, y ella sin madre vigilante y cristiana, sin aya inglesa que la advierta lo que es *shocking*, y sin nada por el estilo. Si el autor, dado ya el asunto, hubiera puesto en los amores de sus dos personajes algo de más sutil, etéreo y espiritual, hubiera sido completamente falso, tonto é insufrible.

La novela de *Dáfnis y Cloe* es, pues, lo que debe y puede ser, y tal como es, es muy linda. Su autor imita, sin duda, á los antiguos

poetas bucólicos, á Teócrito sobre todo ; pero le imita con tino y gracia. De aquí que su obra sea la mejor, la más natural, la ménos afectada y artificiosa, la única acaso no afectada de cuantas novelas pastorales se han escrito posteriormente, y que, pasada ya la moda, no hay quien lea con paciencia.

Dáfnis y Cloe, más bien que de novela bucólica, puede calificarse de novela campesina, de novela idílica ó de idilio en prosa; y en este sentido, léjos de pasar de moda, da la moda y sirve de modelo aún, *mutatis mutandis*, no sólo á *Pablo y Virginia*, sino á muchas preciosas novelas de Jorge Sand, y hasta á una que compuso en español, pocos años há, cierto amigo mio, con el título de *Pepita Jimenez*.

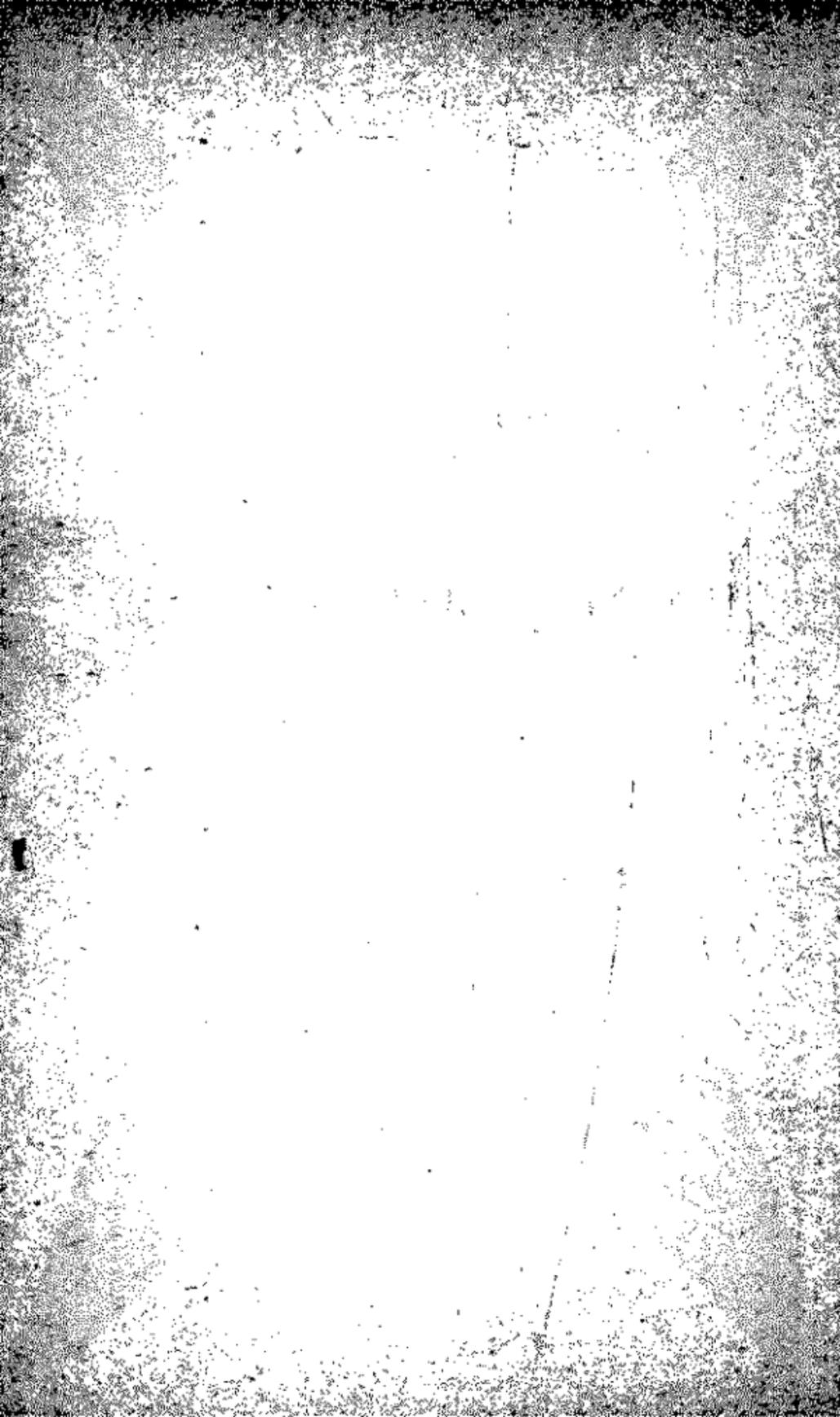
De estas novelas en prosa se ha pasado también á componerlas en verso, tomando asunto de la vida comun; pintando escenas villanescas, rústicas ó burguesas, que no carecen de poesía, sino que la tienen muy grande, cuando se aciertan á pintar con la debida sen-

cillez homérica. En vez de cantar á los héroes tradicionales de la epopeya, se ha cantado en estos idilios modernos á sujetos de condicion humilde. Los dos más bellos modelos de tal género de composicion, en nuestros dias, son *Hermann y Dorotea*, de Goethe, y *Erangelina*, de Longfellow. Algunos de nuestros mejores poetas han seguido un poquito esta corriente desde hace cinco ó seis años. Asi Campoamor, en los que llama *Pequeños poemas*, y Nuñez de Arce, en otro que titula *Idilio*.

Grecia tambien nos dió el ejemplo de esto, al ir á espirar su gran literatura. En el siglo v, ó despues (porque, así como nada se sabe de quien fué Longo, nada se sabe tampoco de este otro autor, ni del tiempo en que vivió), hubo un cierto Museo, á quien llaman *el gramático* ó *el escolástico*, para distinguirle del antiquísimo Museo mitológico, hijo de Eumolpo y discipulo de Orfeo, el cual Museo más reciente compuso la novela en verso de *Hero y Leandro*, que es un idilio por el estilo de los que

ahora se usan, un dechado de sencillez y de gracia, un *pequeño poema* precioso. Ganas se le han pasado al traductor de *Dáfnis y Cloe* de traducirle también y de incluirle en este mismo volumen; pero, como no está seguro de que el público guste de lo primero, deja para más adelante, si el público no le desdeña y le anima, el ofrecerle lo segundo. Entre tanto, y por hoy, se despide de él, pidiéndole perdón de sus muchas faltas.

DÁFNIS Y CLOE.



PROEMIO.

Cazando en Lésbos, en un bosque consagrado á las Ninfas, vi lo más lindo que vi jamas: imágenes pintadas, historia de amores. El soto, por cierto, era hermoso, florido, bien regado y con mucha arboleda. Una sola fuente alimentaba árboles y flores; pero la pintura era más deleitable que lo demás: de hábil mano y de asunto amoroso. Así es que no pocos forasteros acudían allí, atraídos por la fama, á dar culto á las Ninfas y á ver la pintura.

Parecíanse en ella mujeres de parto, otras que envolvían en pañales á los abandonados pequeñuelos, cabras y ovejas que les daban de mamar, pastores que de ellos cuidaban, mancebos y rapazas que andaban enamorándose, correría de ladrones y algarada de enemigos. Otras mil cosas, y todas de amor, contemplé allí con tanto pasmo, que me entró deseo de ponerlas por escrito; y habiendo buscado á alguién que me explicase

compadeció del cabritillo abandonado; pero un día, en el ardor de la siesta, siguiendo la pista de la cabra, la vió deslizarse con cautela entre las matas, á fin de no lastimar con las pezuñas al niño, el cual, como si fuera del pecho materno, iba tomando la leche. Maravillado Lamón, que harto motivo habia para ello, se acercó más y vió que la criatura era varón, bonito y robusto, y con prendas más ricas de lo que prometia su corta ventura, porque estaba envuelto en mantilla de púrpura con hebilla de oro, y al lado habia un puñalito, cuyo puño era de marfil. Lo primero que discurrió Lamón fué cargar con aquellas alhajas y abandonar al niño; pero avergonzado luego de no remedar siquiera la compasión de la cabra, no bien llegó la noche, lo llevó todo, niño, cabra y alhajas á su mujer Mirtale, á la cual, para que se le quitase la aprension de que las cabras parieran niños, le contó lo ocurrido: cómo halló á la criatura, cómo la cabra la amamantaba, y cómo él habia tenido vergüenza de dejarla morir. Y siendo Mirtale del mismo parecer, ocultaron las alhajas, prohiieron al niño y encomendaron á la cabra su crianza. Á fin de que el nombre del niño pareciese pastoral, decidieron llamarle Dáfnis.

Dos años despues, otro pastor de los vecinos campos, cuyo nombre era Dryas, halló y vió algo

semejante cuando apacentaba su rebaño. Había una gruta consagrada á las Ninfas, gran roca, hueca por dentro, y en lo exterior redonda. En esta gruta se veían figuras de Ninfas, hechas de piedra, los piés descalzos, los brazos desnudos hasta los hombros, los cabellos esparcidos sobre la espalda y la garganta, el traje ceñido á la cintura, y una dulce sonrisa en entrecejo y boca; todo el aspecto de ellas, como si hubiesen bailado en coro. En el fondo de la gruta se levantaba un poco el terreno, y de allí manaba una fuente, cuyas aguas se deslizaban formando manso arroyo, y alimentando en torno un prado amenísimo, de copiosa y blanda grama cubierto. Allí se veían suspendidos tarros, colodras, flautas, pifanos y churrumbelas, ofrendas de antiguos pastores. Á este templo de las Ninfas acudía una oveja que había ya criado corderos, y el pastor Dryas sospechaba á veces que se le había perdido. Queriendo, pues, corregirla y traerla de nuevo á su antiguo y tranquilo modo de paecer, tejió con sutiles varitas de mimbre verde uno á modo de lazo, y entró en la gruta á fin de coger la oveja; pero no bien llegó cerca, vió lo que no esperaba: vió á la oveja que, con ternura verdaderamente humana, daba su ubre, para que de ella sacase abundante leche, á una criaturita, la cual, con avidez, pero sin llanto, aplicaba la boca

pura y limpia, ya á una teta, ya á otra, y cuando se había hartado de mamar, la oveja le lamía la cara. Esta criatura era una niña y tenía pañales y otras prendas para poder ser reconocida; toquillas y chinelas bordadas de hilo de oro, y ajorcas de oro tambien.

Considerando divino tal hallazgo, y enseñado por la oveja á compadecer y amar á la niña, Dryas la tomó en sus brazos, guardó aquellas prendas en el zurrón, y rogó á las Ninfas que le dejasen criar con buena suerte á la que se había puesto bajo su amparo. Y como ya era tiempo de llevar la manada al aprisco, volvió á su cabaña, contó á su mujer lo ocurrido, le mostró á la niña y la exhortó á tomarla por hija, ocultando cómo había sido hallada. Napé, que así se llamaba la pastora, amó desde luego á la niña como madre, recelosa de que la oveja no la venciese en ternura; y en prueba de que la niña era su hija, le puso el nombre pastoral de Cloe.

Pronto crecieron los niños. Su hermosura distaba mucho de parecer rústica. Cuando él cumplió quince años y ella dos ménos, Dryas y Lamón tuvieron idéntico sueño en una misma noche. Pensaron ver que las Ninfas, las de la gruta donde estaba la fuente y donde Dryas había encontrado á la niña, ponian á Dáfnis y á Cloe en poder de un mozuelo gentil á par que arrogante.

te, con alas en los hombros y arnado de arco y flechas pequeñitas, el cual, hiriendo á ambos con la misma flecha, les mandó que fuesen pastores; á ella, de ovejas, á él, de cabras. No poco affligió á los viejos este sueño, que destinaba á sus hijos al oficio de guardar ganado, porque hasta entonces habian angurado mejor suerte para ellos, fiándose en las prendas halladas, por lo cual los habian criado con el mayor regalo y les habian hecho aprender las letras y cuanto en el campo hay de bueno. Resolvieron, no obstante, obedecer á los dioses, cuya providencia habia salvado á los niños. Y despues de comunicarse mutuamente el sueño, y de haber hecho un sacrificio, en la gruta de las Ninfas, al mozuelo de las alas (cuyo nombre no acertaban á adivinar), enviaron á los mozos á cuidar del hato, enseñándoles el oficio pastoril: de qué modo ha de apacentarse ántes del mediodia, de qué modo despues de pasar la siesta; cuándo conviene llevar al abrevadero, cuándo al aprisco; en qué ocasion debe emplearse el cayado y en qué ocasion hasta la voz. Ellos se alegraron de esto en gran manera, como si los hubieran hecho príncipes, y amaron á sus cabras y corderos más que suele el vulgo de los pastores, porque ella recordaba que debía la vida á una oveja, y él no habia olvidado que una cabra le cuidó y alimentó en su abandono.

Empezaba entónces la primavera y se abrian las flores en montes, selvas y prados. Oíase ya por todas partes susurro de abejas y gorjeo de pajarillos. Los recentales balaban, los corderos retozaban en la montaña, las abejas susurraban en el prado, y en umbrías y sotos cantaban las aves. Como en aquella bendita estacion todo se regocijaba, Dáfnis y Cloe, tan jóvenes y sencillos, se pusieron á remedar lo que veian y oian. Oian cantar á los pájaros, y cantaban; veian brincar á los corderos, y brincaban gallardamente; y remedando á las abejas, cogian flores, y ya se las ponian en el pecho, ya, tejiendo guirnaldas se las ofrecian á las Ninfas. Todo lo hacian juntos y apacentaban cerca el uno del otro. A menudo Dáfnis hacia volver la oveja que se extraviaba, y á menudo Cloe espantaba á las cabras más atrevidas para que no trepasen á los riscos. A veces uno solo cuidaba de ambos hatos, miéntras que el otro se recreaba y jugaba. Sus juegos eran infantiles y propios de zagales. Ora ella, con juegos que cogia, formaba jaulas para cigarras, y distraida en esta faena, descuidaba el ganado. Ora él cortaba delgadas cañas, les agujereaba los nudos, las pegaba con cera blanda, y se esmeraba hasta la noche en tocar la zampogna. A menudo compartian ambos la leche y el vino y se comian juntos la merienda que traian de casa. En suma

más bien se hubieran visto las cabras y las ovejas dispersas que á Dáfnis y Cloe separados.

En medio de tales juegos, Amor empezó á darles penas. Una loba, que recientemente habia tenido cria, robaba muchas veces corderos de los campos próximos para alimentar sus cachorros. Algunos aldeanos se reunieron con este motivo, é hicieron de noche zanjias de más de una vara de ancho y de cuatro ó cinco de hondo. Mucha porcion de la tierra removida la esparcieron á lo léjos, y sobre el hoyo extendieron palos secos y quebradizos, cubriéndolos con el resto de la tierra para que el suelo apareciese como ántes, de modo que hasta una liebre que corriese por cima rompiese los palos, más débiles que paja, y probase que no era suelo, sino apariencia de suelo. Así abrieron varias zanjas en los cerros y en el llano; pero nunca pudieron coger la loba, que presintió la trampa. En cambio perdieron no pocos corderos y cabras, y Dáfnis estuvo á punto de perderse.

Dos machos cabríos, irritados por la brama, lucharon con tal furor y violencia, que á uno de ellos se le rompió un cuerno, y lleno de dolor, comenzó á huir dando bramidos, mientras que el vencedor le perseguia sin tregua ni sosiego. Dolióse Dáfnis del cuerno quebrado, y lleuó de ira contra la terquedad del macho victorioso, empu-

ñó el cayado y dió en perseguirle á su vez. Así, huyendo el uno y siguiéndole enfurecido el otro, sin ver dónde ponían los piés, cayeron ambos en la trampa, el macho primero y luego Dáfnis, la cual le salvó, pues al caer se quedó caballero en el macho; pero, como se veía en el fondo del hoyo, Boraba, aguardando que álguien viniese á sacarle de allí. Cloe, que vió de lejos lo sucedido, acudió de carrera al hoyo, reconoció que Dáfnis estaba con vida y pidió socorro á un boyero de los vecinos campos. Llegó el boyero y buscó una cuerda ó sogá, para que, asido á ella, Dáfnis saliese; pero no se encontraba cuerda. Entónces Cloe desató la cinta de sus crenchas, la dió al boyero, y de esta suerte, puestos ambos en la boca del hoyo, agarrándose Dáfnis á la cinta y tirando ellos, logró subir el caído. Sacaron despues al macho infeliz, que con el golpe se habia roto entrambos cuernos (pronta y completa venganza del vencido), y se le dieron al boyero en pago de su ayuda, con propósito de decir en casa, si álguien preguntaba por él, que un lobo se le habia llevado.

Volvieron luego donde estaban cabras y ovejas, y hallaron que pacían en paz y buen orden. Sentáronse entónces cabe el tronco de una encina y miraron ambos con atención si alguna parte del cuerpo de Dáfnis se habia lastimado al caer; pero ni herida ni sangre tenía, sino sucio barro

en el pelo y en lo demás de su persona. Dáfnis determinó lavarse para que Lamon y Mirtale no supiesen lo ocurrido. Y yéndose con Cloe á la gruta de las Ninfas, le dió á guardar la tuniqueilla y el zurron, y se puso á lavar en la fuente su cabellera y el cuerpo todo. La cabellera era negra y abundante; el cuerpo, tostado del sol. Diríase que le daba color oscuro la sombra de la cabellera. Cloe, que miraba á Dáfnis, le halló hermoso, y como hasta allí no habia reparado en su hermosura, imaginó que el baño se la prestaba. Cloe *levó luego las espaldas á Dáfnis*, y halló tan suave la piel, que de oculto se tocó ella muchas veces la suya para decidir cuál de los dos la tenia más delicada.

Como ya el sol iba á ponerse, ambos volvieron con el hato á sus cabañas, y Cloe nada descaba tanto como ver á Dáfnis bañarse de nuevo.

Al dia siguiente, de vuelta en la pradera, Dáfnis, sentado, segun solia, al pié de una encina, tocaba la flauta, á par que miraba sus cabras, encantadas, al parecer, con el dulce sonido. Cloe, sentada asimismo á la vera de él, miraba sus ovejas y corderos; pero miraba más á Dáfnis. Y otra vez le pareció hermoso tocando la flauta, y creyó que la música le *hermoseaba*, y para hermosearse ella tomó la flauta tambien. Quiso luego que volviera él á bañarse, y le vió en el baño, y sintió

como fuego al verle , y volvió á alabarle , y fué principio de amor la alabanza. Niña candorosa, criada en los campos , no se daba cuenta de lo que le pasaba , porque ni siquiera habia oido mentar al Amor. Sentia inquietud en el alma , no podia dominar sus ojos y hablaba mucho de Dáfnis. No comia de dia , velaba de noche , y descuidaba sus ovejas ; ya reia , ya lloraba ; si dormia , se despertaba de súbito ; su rostro se cubria de palidez , y luégo ardia en rubor. Nunca se agitó más becerra picada del tábano. Acontecia á veces que ella á sus solas prorumpia en estas razones :

«Estoy mala é ignoro mi mal ; padezco y no me veo herida ; me lamento y no perdí ningun corderillo ; me abraso y estoy sentada á la sombra. Mil veces me clavé las espinas de los zarzales y no lloré ; me picaron las abejas y pronto quedé sana. Sin duda que esta picadura de ahora llega al corazon y es más cruel que las otras. Si Dáfnis es bello , las flores lo son tambien ; si él canta lindamente , no cantan mal las avecicas. ¿Por qué pienso en él , y no en las avecicas y en las flores ? ¡ Quisiera ser su flauta para que infundiese en mí su aliento ! ¡ Quisiera ser su cabritillo para que me tomára en sus brazos ! ¡ Oh agua perversa , que á él solo haces hermoso y me lavas en balde ! Yo me muero , queridas Ninfas ; ¿ cómo no salvais á la doncella que se crió con vosotras ?

¿Quién os coronará de flores después de mi muerte? ¿Quién tendrá cuidado de los pobrecitos corderos? ¿A quién encomendaré mi parlera cigarra, que cogí con tanta fatiga y que solía cantar en la gruta para que yo durmiese la siesta? En vano canta ahora, pues yo velo, gracias á Dáfnis.» Así padecía, así se lamentaba Cloe, procurando descubrir el nombre de Amor.

Entre tanto, Dorcon, el boyero que sacó del hoyo á Dáfnis y al macho, moznelo ya con barbas y harto sabido en cosas de Amor, se había prendado de Cloe desde el primer día, y como mientras más la trataba más se abrasaba su alma, resolvió valerse ó de regalos ó de violencia para lograr sus fines. Fueron sus primeros presentes, para Dáfnis una zampoña, que tenía nueve cañutos ligados con latón, y no con cera, y para Cloe la piel de un cervatillo, esmaltada de lunares blancos, para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.

Así creyó haberse ganado la voluntad de ambos, y pronto desatendió á Dáfnis; pero á Cloe la obsequiaba de diario, ya con blandos quesos, ya con guirnaldas de flores, ya con frutas sazoadas. Y hasta hubo ocasiones en que le trajo un becerro montaraz, un vaso sobredorado y pajariños cazados en el nido. Ignorante ella del artificio y malicia de los amadores, tomaba los regalos

y se alegraba; y se alegraba más aún porque con ellos podía regalar á Dáfnis.

No tardó éste en conocer también las obras de Amor. Entre él y Doreon sobrevino contienda acerca de la hermosura. Cloe había de sentenciar. Premio del vencedor, un beso de Cloe. Doreon habló primero de esta manera:

«Yo, zagala, soy más alto que Dáfnis, y valgo más de boyero que él de cabrero, porque los bueyes valen más que las cabras. Soy blanco como la leche y rubio como la mies cuando la siegan. No me crió una bestia, sino mi madre. Este es chiquitín, lampiño como las mujeres y negro como un lobezno. Vive entre chotos, y su olor ha de ser atroz, y es tan pobre, que no tiene para mantener un perro. Se cuenta que una cabra le dió leche, y á la verdad que parece cabrito.»

Así dijo Doreon. Luégo contestó Dáfnis: «Me crió una cabra como á Júpiter, y son mejores que tus vacas las cabras que yo apaciento. Y no huelo como ellas, como no huele Pan, que casi es macho cabrío. Bastan para mi sustento queso, blanco vino y pan bazo, manjares campesinos, no de gente rica. Soy lampiño como Baco, y como los jacintos moreno; pero más vale Baco que los sátiros, y más el jacinto que la azucena. Este es bernejo como los zorros, barbudo como los chivos, y como las cortesanas blanco. Y mira bien á

quién besas, pues á mí me besarás la boca, y á él las cerdas que se la cubren. Recuerda, por último, ¡oh zagala! que á ti tambien te crió una oveja, y eres, no obstante, linda.»

Cloe no supo ya contenerse, y movida de la alabanza, y más aún del largo anhelo que por besar á Dáfnis sentía, se levantó y le besó; beso inocente y sin arte, pero harto poderoso para encenderle el alma.

Dorcon huyó afligido en busca de nuevos medios de lograr su amor. Dáfnis no parecía haber sido besado, sino mordido: de repente se le puso la cara triste; suspiraba con frecuencia, no reprimía la agitacion de su pecho, miraba á Cloe, y al mirarla se ponía rojo como la grana. Entónces se maravilló por primera vez de los cabellos de ella, que eran rubios, y de sus ojos, que los tenía grandes y dulces como las becerras, y de su rostro, más blanco que leche de cabra. Diríase que á deshoras se le abrieron los ojos y que ántes estaba ciego. Ya no tomaba alimento sino para gustarle, ni bebida sino para humedecerse la boca. Estaba taciturno, cuando ántes era más picotero que las cigarras; yacía inmóvil, cuando ántes brincaba más que los chivos; no se curaba del ganado; habia tirado la flauta léjos de sí, y tenía pálido el rostro como agostada hierba. Únicamente con Cloe ó pensando en Cloe volvía á ser parle-

ro. A veces, á solas, se lamentaba de esta suerte:

« ¿Qué me hizo el beso de Cloe? Sus labios son más suaves que las rosas, su boca más dulce que un panal, y su beso más punzante que el aguijón de las abejas. No pocas veces he besado los chivos; no pocas veces he besado los recentales de ella y el becerro que le regaló Dorcon; pero este beso de ahora es muy diferente. Me falta el aliento, el corazón me palpita, se me derrite el alma, y á pesar de todo quiero más besos. ¡Oh extraña victoria! ¡Oh dolencia nueva, cuyo nombre ignoro! ¿Habría Cloe tomado veneno ántes de besarme? ¿Cómo no ha muerto entónces? Los ruiseñores cantan, y mi zampona enmudece; brincan los cabritillos, y yo estoy sentado; abundan las flores, y yo no tejo guirnaldas. Jacintos y violetas florecen, y Dáfnis se marchita. ¿Llegará Dorcon á ser más lindo que yo? »

Así se quejaba el bueno de Dáfnis, probando los tormentos de Amor por vez primera.

Dorcon, entre tanto, el boyero enamorado de Cloe, se fué á buscar á Dryas, que plantaba estacas para sostener una parra, y le llevó de regalo muy ricos quesos. Y como era su antiguo amigo, porque habian ido juntos á apacentar el ganado, trabó conversacion con él, y acabó por hablarle del casamiento de Cloe. Dijole que él deseaba tomarla por mujer, y le prometió grandes dones,

como rico boyero que era : una yunta de bueyes para arar, cuatro colmenas, cincuenta manzanos, un cuero de buey para suelas, y cada año un becerro que podria ya destetarse. Halagado por las promesas, Dryas estuvo á punto de consentir en la boda ; pero, recapacitando despues que la doncella merecia mejor novio, y temiendo ser acusado algun dia de ocasionar irremediables males, desechó la proposicion de boda, y se disculpó como pudo, sin aceptar lo prometido en alboroque.

Viéndose Dorcon defraudado por segunda vez en su esperanza y perdidos sin fruto sus excelentes quesos, resolvió apelar á las manos no bien hallase sola á Cloe. Y como habia notado que Cloe y Dáfais traían alternativamente á beber el ganado, él un dia y ella otro, se valió de una treta propia de zagal : tomó la piel de un gran lobo, que un toro habia muerto con sus astas defendiendo la vacada, y se cubrió con dicha piel puesta en los hombros, de modo que las patas de delante le cubrian los brazos, las patas traseras se extendian desde los muslos á los talones, y el hocico le tapaba la cabeza como casco de guerrero. Disfrazado así en fiera lo ménos mal que pudo, se fué á la fuente donde bebian cabras y ovejas despues de pacer. Estaba la fuente en un barranco, y en torno de ella formaban matorral tantos espinos, zarzas, cardos y enebros rastros,

que fácilmente se hubiera ocultado allí un lobo de véras. Allí se escondió Dorcon, espiando el momento de venir á beber el ganado, y con grande esperanza de asustar á Cloe con su disfraz, y de apoderarse de ella.

Á poco llegó Cloe á la fuente con el ganado, mientras Dáfnis cortaba verdes tallos y renuevos para que los cabritillos se regalasen despues del pasto. Los perros que guardaban el rebaño seguian á Cloe, y como tenían buena nariz, sintieron á Dorcon, que ya se disponia á caer sobre Cloe, se pusieron á ladrar, se echaron sobre él como si fuera lobo, le rodearon, y ántes de que volviese del susto le mordieron. Al principio, con vergüenza de ser descubierto, y recatándose aún con la piel de lobo, Dorcon yacía silencioso en el matorral. Cloe, entre tanto, llena de terror, había llamado á Dáfnis para que la socorriese. Y los perros, destrozada ya la piel de lobo, mordian sin piedad el cuerpo de Dorcon, el cual á grandes voces acabó por suplicar que le amparasen á Cloe y á Dáfnis, que ya había llegado. Éstos mitigaron pronto el furor de los perros con las voces que tenían de costumbre. Despues llevaron á la fuente á Dorcon, que había sido herido en los muslos y en las espaldas. Le lavaron las mordeduras, donde se veía la impresion de los dientes, y pusieron encima corteza mascada y verde de

olmo. La ignorancia de ambos en punto á atrevimientos amorosos les hizo considerar la empresa de Doreon como broma y niñería pastoril, y en vez de enojarse contra él, le consolaron con buenas palabras, y le llevaron un poco de la mano hasta que le despidieron. Él, salvo de tan grave peligro, y no, como se dice, de la boca del lobo, sino de la del perro, fué á curarse las heridas.

Dáfnis y Cloe no tuvieron poco que afanarse, hasta bien entrada la noche, para recoger las ovejas y las cabras, las cuales, espantadas de la piel del lobo y de los ladridos, unas se encaramaron á los peñascos, y otras se fueron huyendo hasta la mar. Todas estaban bien enseñadas á acudir á la voz, á congregarse al són de la zampaña, y á venir oyendo sólo una palmada; pero entónces el miedo les habia hecho olvidarse de todo. Casi fué menester perseguirlas y buscarlas por el rastro, como á las liebres. Despues las llevaron al aprisco. Aquella sola noche durmieron ambos con profundo sueño. La fatiga fué remedio del mal de Amor; pero, venido el día, parecieron de nuevo el mismo mal. Se alegraban al verse; les dolia separarse; estaban desazonados; deseaban algo, é ignoraban qué. Sólo sabian, él, que origen de su mal era un beso, y ella, que era un baño,

Tocaba ya á su fin la primavera y empezaba el estío. Todo era vigor en la tierra. Los árboles te-

nian fruta; los sembrados, espigas. Grato el cantar de las cigarras, deleitoso el balar de los corderos, dulce el ambiente perfumado por la fruta en sazón. Parecía que los ríos cantaban al correr mansamente; que los vientos daban música como de flautas al suspirar entre los pinos; que las manzanas caían enamoradas al suelo, y que el sol, anhelante de hermosura, rasgaba todo velo que pudiera encubrirla. Dáfnis, impulsado de un ardor íntimo, que todo esto le causaba, se echaba en los ríos, y ya se lavaba, ya cogía ligeros peces, ya bebía como si quisiese apagar aquel fuego. Cloe, después de ordeñar sus ovejas y no pocas de las cabras, empleaba bastante tiempo en euejar la leche y en osecar las moscas, que al osecarlas le picaban; luego se lavaba la cara; se coronaba de ramas de pino, se ponía al hombro la piel del cervatillo, llenaba una gran taza de vino y de leche, y gozaba con Dáfnis de aquella bebida.

Cuando llegaba la hora de la siesta, llegaba también mayor hechizo y cautividad de los ojos, porque ella miraba á Dáfnis desnudo y su beldad floreciente, y desfallecía al considerar que no había falta que ponerle en parte alguna; y él, al verla con la piel de ciervo, coronada de pino y ofreciéndole bebida en la taza, imaginaba ver á una de las Ninfas de la gruta. Entónces Dáfnis, arrebatado de la cabeza de ella las ramas de pino,

se coronaba á sí propio, no sin besar ántes la corona. Ella, en cambio, solia tomar la ropa de él, miéntras él se bañaba, y vestírsela, no sin besarla ántes tambien. Ambos se tiraban manzanas, y otras veces se peinaban el uno al otro, y Cloe comparaba el cabello de él, por lo negro, á la endrina, y Dáfnis decia que el rostro de ella era como las manzanas, por lo blanco y sonrosado. A veces le enseñaba á tócar la flauta; y apénas soplabá ella, se la quitaba él y recorria todos los agujeros, como para mostrarle dónde habia faltado, y en realidad para besar á Cloe por medio de la flauta.

Tocando él así una siesta, y reposando á la sombra el ganado, Cloe hubo de quedarse dormida. Y no bien lo advirtió Dáfnis, dejó la flauta para mirarla toda, sin hartarse de mirarla; y ya sin avergonzarse de nada, dijo en voz baja de este modo: «¡Cómo duermen sus ojos! ¡Cómo alienta su boca! Ni las frutas ni el tomillo huelen mejor; pero no me atrevo á besarla. Su beso pica en el corazon y vuelve loco como la miel nueva. Además, temo despertarla si la beso. ¡Oh parleras cigarras! ¿No la dejaréis dormir con vuestros chirridos? ¿Y estos pícaros chivos, que alborotan peleando á cornadas? ¡Oh lobos más cobardes que zorras! ¿por qué no venís á robarlos?»

Miéntras que él proferia estas razones, una cigarra, huyendo de una golondrina que la queria

cautivar, vino á refugiarse en el seno de Cloe. La golondrina no pudo coger su presa ni reprimir el vuelo, y rozó con las alas las mejillas de la zagala, la cual, sin comprender lo que habia sucedido, despertó asustada y gritando; pero no bien vió la golondrina, que áun volaba cerca, y á Dáfnis, que reía del susto, el susto se le pasó y se restregó los ojos, que querian dormir todavía. Entónces la cigarra se puso á cantar entre los pechos de Cloe, como si quisiera darle gracias por haberla salvado. Cloe se asustó y gritó de nuevo, y Dáfnis rió. Y aprovechándose éste de la ocasion, metió bien la mano en el seno de Cloe, y sacó de allí á la buena de la cigarra, que ni en la mano queria callarse. Ella la vió con gusto, la tomó y la besó, y se la volvió á poner en el pecho, siempre cantando.

Recreábase una vez en oír á una paloma torcaz que arrullaba en la selva. Quiso Cloe aprender lo que decia, y Dáfnis la doctrinó, refiriendo esta sabida conseja: «Hubo en tiempos antiguos, zagala, una zagala linda y de pocos años como tú, la cual apacentaba muchos bueyes. Era gentil cantadora, y su ganado se deleitaba con la música, por manera que la zagala no se valia del cayado, ni picaba con la aijada, sino que, reposando á la sombra de un pino y coronada de verdes ramas, se ponía á cantar de Pan y de Pítis, y toda

la vacada pacía en torno oyéndola. No léjos de allí habia un zagal, que tambien guardaba vacas y era hábil cantador, como la zagala, y competia con ella en los cantares, siendo los de él más briosos, como de varon, y, como de muchacho, no ménos dulces. Asi fué que los ocho mejores becerros que ella tenia, hechizados por los cantares del zagal, se pasaron de un rebaño á otro. La zagala se apesadumbró en extremo con la pérdida de los becerros, y más aún con el vencimiento en los cantares, y suplicó á los dioses que, antes de volver á casa, la convirtiesen en ave. Accedieron los dioses y la convirtieron en ave montaraz y cantadora cual la zagala. Aún en el dia, cuando canta, recuerda su derrota, y dice que busca los becerros huidos.» En tales recreos se pasó el verano, y vino el otoño con sus racimos. Entónces ciertos piratas de Tiro que tripulaban una nave de Caria, á fin de no parecer bárbaros, desembarcaron en aquella costa con espadas y petos, y garbearon cuanto pudieron hallar á su alcance: vino oloroso, trigo á manta, panales de miel y hasta algunos bueyes y vacas del rebaño de Dorcon. Quiso la suerte que se apoderasen de Dáfnis, el cual se andaba solazando solo junto á la mar, porque Cloe, como niña que era, sacaba más tarde á pacer las ovejas de Dryas, por temor de los pastores insolentes. Viendo los piratas á

aquel mozo gallardo y espigado, juzgáronle mejor presa que las ovejas y las cabras, y cesando en sus correrías y robos, se le llevaron á la nave, mientras que él lloraba, no sabía qué hacer, y llamaba á voces á Cloe. Los piratas en tanto desataron la amarra, pusieron mano á los remos, y se iban engolfando en la mar, cuando acudió Cloe ya con sus ovejas y trayendo de presente á Dáfnis una nueva flauta. Y viendo ella las cabras medrosas y descarriadas, y oyendo á Dáfnis, que la llamaba siempre á gritos, abandonó las ovejas, tiró al suelo la flauta, y á todo correr se fué hácia Dorcon pidiéndole socorro. Hallóle por tierra, cubierto de heridas que le habian hecho los ladrones, respirando apénas y derramando mucha sangre. Cuando él vió á Cloe, el recuerdo de su amor le hizo cobrar aliento. «Cloe, le dijo, pronto voy á morir. Esos infucos piratas me han destrozado como á un buey, porque defendia mis bueyes. Sálvate tú, salva á Dáfnis, véngame y piérdelos. Yo tengo enseñadas á mis vacas á seguir el són de mi flauta, y por léjos que estén, acuden cuando la oyen. Tómala, vé á la playa, y toca allí la sonata que yo enseñé á Dáfnis y que Dáfnis te enseñó. Lo demas lo harán la flauta sonando y las mismas vacas. Á tí hago presente de esta flauta, con la cual vencí en contienda musical á muchos vaqueros y cabreros. Tú, en pago, bésame ahora,

que aún vivo, y llórame muerto. Y cuando veas á alguién apacentando bueyes, acuérdate de mí.» Dicho esto, Dorcon besó el beso último, pues á par de beso y voz exhaló el alma.

Tomó la flauta Cloe, aplicó á ella los labios y sopló con cuanta fuerza pudo. Oyéronla las vacas, reconocieron al punto el són, mugieron todas, y de consuno se tiraron con ímpetu á la mar. Con salto tan violento se ladeó la nave de un costado, y al caer las vacas se abrió en la mar como una sima, de suerte que se volcó la nave, y las olas, al volverse á juntar, se la tragaron. No todos los náufragos tenían la misma esperanza de salvacion, porque los piratas llevaban espada al cinto, vestían medias corazas escamosas y calzaban grevas, miéntras que Dáfne iba descalzo, como quien apacienta en la llanura, y casi desnudo, por ser la estacion del calor. Así fué que los piratas, apenas bregaron un poco, se hundieron, con el peso de las armas; pero Dáfne se despojó con facilidad de su ligero vestido, y aún así se cansaba con tanto nadar, como quien ántes sólo por poco tiempo habia nadado en los ríos. La necesidad le enseñó, no obstante, lo que importaba hacer: se puso entre dos vacas, asió sus cuernos con ambas manos, y se dejó llevar tan cómodo y sin fatiga, como en una carreta; pues es de saber que las vacas nadan más y mejor que los

hombres, y sólo ceden en esto á las aves de agua y á los peces, por lo cual no se cuenta de vaca ni de buey que jamas se ahogue, como no se le ablande la pezuña con el sobrado remojo. Y en prueba de la verdad de lo que digo, hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman pasos de bueyes.

Del modo referido escapó Dáfnis, contra toda prevision, de dos peligros, piratería y naufragio. Luégo que saltó en tierra y halló á Cloe, que reía y lloraba al mismo tiempo, se echó en sus brazos y le preguntó por qué tocaba la flauta. Ella se lo contó todo : su ida en busca de Dorcon ; la costumbre de las vacas de acudir al són de la flauta; el consejo de Dorcon de que la tocase, y la muerte de éste. Sólo por pudor se calló lo del beso.

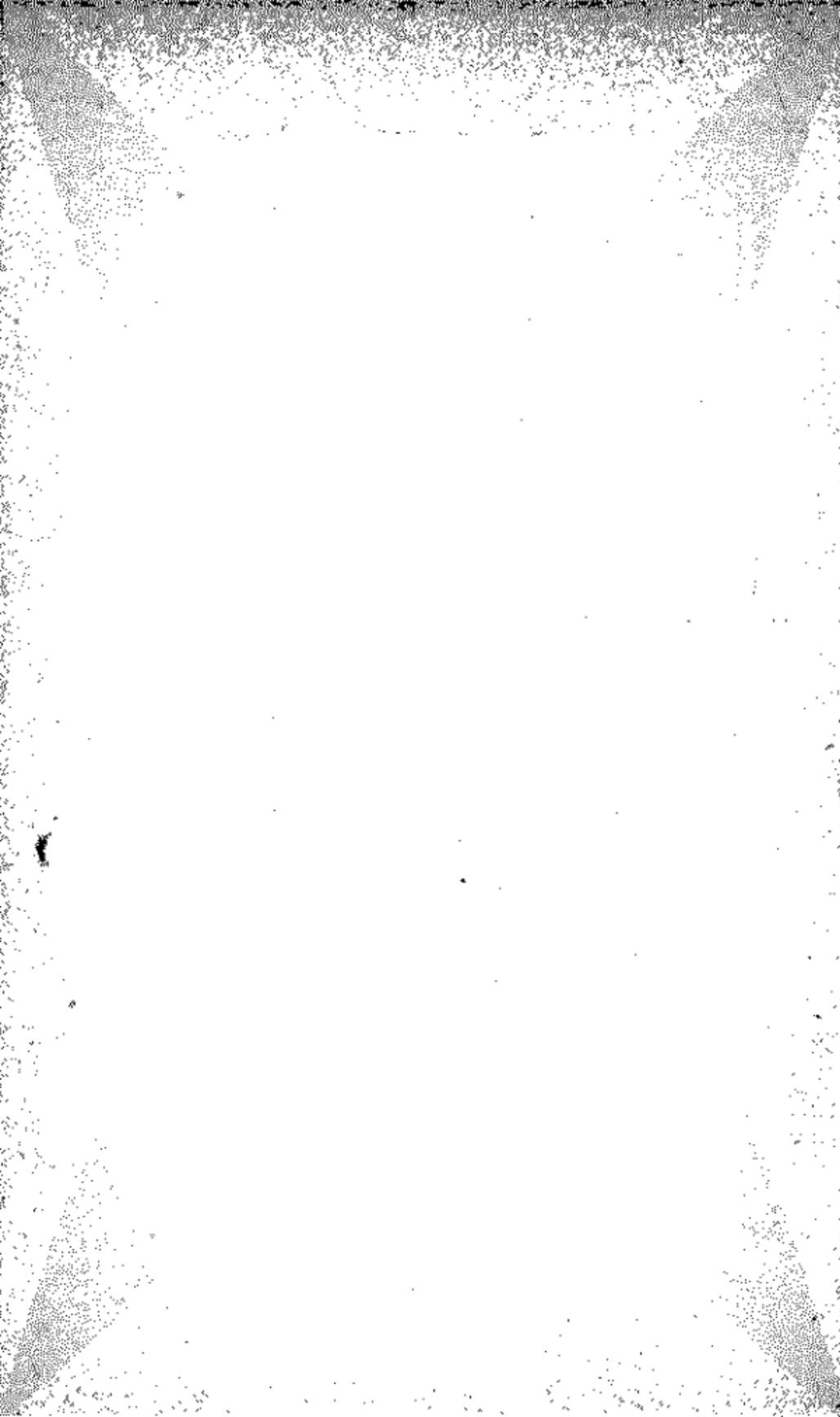
Decidieron ambos honrar la memoria de su bienhechor, y en compañía de amigos y parientes hicieron el entierro de aquel sin ventura. Echaron tierra en la huesa, plantaron en torno árboles, y suspendieron de las ramas las primicias de su trabajo; libaron leche sobre el sepulcro, exprimieron racimos de uvas y quebraron flautas. Se oyó á las vacas dar lastimeros mugidos, y se las vió correr despavoridas y sin concierto; todo lo cual, segun declaraban pastores peritos, era lamentacion y duelo de las vacas por el vaquero difunto.

Despues del entierro de Dorcon, Cloe se fué con Dáfnis á la gruta de las Ninfas, y allí le lavó.

y luego ella misma, por la primera vez, viéndolo Dáfnis, lavó su cuerpo, blanco y reluciente de hermosura, y sin necesitar el baño para ser hermoso. Cogieron, por último, flores de las que daba la estacion, coronaron con ellas á las imágenes y colgaron como ofrenda la flauta de Dorcon en la pared de la gruta.

Hecho esto, salieron á ver cabras y ovejas. Todas estaban echadas, sin pacer ni balar, sino, á lo que yo entiendo, harto afligidas por la ausencia de Dáfnis y de Cloe. Así fué que en cuanto los vieron y oyeron que las llamaban como de costumbre y que tocaban la churumbela, se alzaron todas alegres, y las ovejas se pusieron á pacer, y las cabras á brincar y á balar, celebrando que su cabrero se habia salvado.

Con todo esto, Dáfnis no podia recobrar su antiguo contento desde que vió á Cloe desnuda y patente toda su beldad, escondida ántes. Le dolia el corazon como si hubiese tomado ponzoña, y su aliento ya era fuerte y agitado, como de álguien á quien persiguen, ya desfallecido, como por el cansancio de la fuga. Parecíale el baño de Cloe más temible que la mar, y pensaba que su alma estaba aún cautiva de los piratas; pues, como mozoelo campesino, ignoraba las piraterías de Amor.



LIBRO SEGUNDO.

Estando ya en su fuerza el otoño, se acercaban los días de la vendimia, y todo era vida y movimiento en el campo. Unos preparaban los lagares, otros fregaban las tinajas; éstos tejían canastillas y cestos ó afilaban hoces pequeñas para cortar los racimos, y aquéllos disponían la piedra ó la viga para estrujar las uvas, ó machacaban mimbres y sarmientos secos para hacer antorchas á cuya luz trasegar el mosto de noche. Dáfnis y Cloe habían abandonado ovejas y cabras, y prestaban en tales faenas el auxilio de sus manos. Él acarrecaba la uva en cestos, la pisaba en el lagar y llevaba el mosto á las tinajas, y ella condimentaba la comida de los vendimiadores, les daba á beber vino añejo, y hasta vendimiaba á veces en las cepas bajas; porque en Lésbos las viñas no están en alto ni enlazadas á los árboles, sino rastreando los sarmientos como la hiedra, de modo que una criatura apenas salida de los pañales puede coger allí racimos.

Segun usanza en esta fiesta de Baco y nacimiento del vino, acudieron mujeres de las cercanías para ayudar en las faenas, y las más ponian los ojos en Dáfnis y encarecian su belleza como igual á la del dios. Una de las más avispadas y audaces le besó, y el beso supo bien á Dáfnis y alligió á Cloe. Y los que estaban en el lagar echaban á Cloe no pocos requiebros, saltaban furiosamente como sátiros que ven á una bacante, y deseaban convertirse en carneros para que ella los llevase á pacer : con todo lo cual Cloe se regocijaba y Dáfnis se ponía mohino. De aquí que ambos ansiasen el fin de la vendimia, la vuelta á su frecuentada soledad campestre, y oír, en vez de aquel desconcertado bullicio, el són de la zampoña y el balar de la grey.

Pocos dias pasaron, y las viñas quedaron vendimiadas y las tinajas llenas de mosto. Como ya no habia necesidad de tantos brazos, volvieron ellos á llevar el ganado á pacer. Muy satisfechos entónces, dieron culto á las Ninfas y les ofrecieron racimos con pámpanos, primicias de la vendimia. Nunca habian descuidado este culto, por que siempre, ántes de llevar al pasto la grey, iban á reverenciar á las Ninfas, y al volver al aprisco tambien las reverenciaban, sin dejar una vez sola de ofrecerles algo, ya flores, ya fruta, ya verdes ramos, ya libaciones de leche : generosa devo-

cion, de que recibieron más tarde recompensa divina. Por lo pronto ambos retozaban como lebreles que se sueltan, y tocaban la flauta y cantaban, y como los chivos y los borregos, luchaban hasta derribarse.

Mientras así se divertían, se les apareció un viejo, que vestía pellico, calzaba abarcas y llevaba al hombro un zurrón muy estropeado. Sentóse junto á ellos y habló de esta suerte : « Yo, hijos míos, soy el viejo Filétas, el que tantos cantares entonó á estas Ninfas y tantas veces tocó la flauta en honor de aquel Pan. Con mi música sólo he guiado yo numerosa vacada. Ahora vengo á vosotros para contaros lo que vi y participaros lo que oí. Poseo un huerto que, desde que me quité de pastor y busqué en la vejez reposo, cultivo con mis propias manos. Cuanto se cria en todas las estaciones se halla en mi huerto no bien su estación llega : en primavera, rosas, lirios, azucenas, jacintos y violetas sencillas y dobles ; en verano, anapolas, peras y todo linaje de manzanas ; ahora, uvas, granadas, higos y mirto verde. Los pájaros acuden á mi huerto á bandadas cuando amanece : unos vienen á picar, otros para cantar á gusto, porque hay en él sombra y tres arroyos, y tal espesura de árboles, que, si derribásemos la tapia que le cerca, pensaríamos ver un bosque.

« Hoy, á eso de mediodía, he sorprendido allí un muchacho que tenía granadas y arrayan, y era blanco como la leche, rubio como la llama y limpio y luciente como recién salido del baño. Estaba desnudo y solo, y se entretenía en saquearme el huerto como si fuera suyo. En balde me eché sobre él para prenderle, receloso de que me destrozase arrayanes y granados con sus travesuras, porque él se me esquivó, ágil y leve, ora deslizándose entre los rosales, ora escabulléndose entre las malvalocas, como un perdigonzuelo. No pocas veces me afané para coger cabritillos de leche ó me cansé persiguiendo becerras; pero estas res de hoy es muy otra, y no hay quien sepa cazarla. Fatigado yo pronto, como es natural á mis años, y apoyado en mi báculo, no sin procurar la vez que no se fugase, le pregunté quién era de mis vecinos y por qué se entraba á robar en el cercado ajeno. Él, sin responder palabra, se puso junto á mí, sonrió con singular ternura, me tiró á la cara los granos de mirto, y no sé cómo me ablandó el corazón y me quitó el enojo. Reguéle entónces que no tuviese miedo de mí y se dejase prender, y juré por los mirtos que en seguida le daría suelta, regalándole manzanas y granadas y consintiendo que en adelante cogiese mi fruta y segase mis flores, si alcanzaba de mí un solo besó. Rióse el muchacho al oírme, con

zise sonora, y salió de su pecho voz mal dulce que el cantar de la golondrina, del ruiseñor y del cisne cuando es viejo como yo. «A mí, ¡oh Filé-
tas! dijo, nada me cuesta que me beses. Más gusto yo de besos que tú de remozarte. Mira, con todo, si el dón que pides conviene á tus años, los cuales no te valdrán para quedar exento de perseguirme cuando me hubieres besado, y no hay águila, ni gavilán, ni ave alguna de rapina que me alcance, por ligera que sea. No soy niño, aunque parezco niño, sino más viejo que Saturno. Yo soy anterior al tiempo todo. A tí te conozco de muy atrás, cuando, zagalon todavía, guardabas tu rebaño en el llano de la laguna. Yo estaba á la vera tuya siempre que tocabas la flauta bajo los chopos, enamorado de Amarilis. Tú no me veías, por más que yo solia ponerme cerca de la zaguera. Al cabo te la dí, y de ella te nacieron hijos, que son valientes vaqueros y labradores. En el día cuído, como pastor, de Dáfnis y de Cloe; y despues que los reuno al rayar el alba, me vengo á tu huerto, me divierto con sus plantas y flores, y me baño en sus fuentes. Por eso flores y plantas están lozanas y hermosas, regadas con el agua de mi baño. Mira cómo no hay rama alguna desgajada, ni fruta arrancada ó caída, ni arbolillo sacado de cuajo, ni fuente turbia. Y alégrate, además, porque solo tú, entre los hombres,

lograste verme en la vejez.» Apénas dijo esta empezó á revolotear entre los arrayanes lo propio que un pajarillo, y saltando de rama en rama, se subió á lo más alto del follaje. Entónces noté que tenía alas en las espaldas, y entre las alas un arco, y luégo no vi nada de esto, ni á él tampoco le vi. Ahora bien, si no he vivido en balde, y con la edad no he llegado á perder el juicio, yo os declaro, hijos míos, que éstais consagrados. Amor y que Amor cuida de vosotros.»

En grande se holgaron ellos, como si oyera un cuento, y no un sucedido, y preguntaron quién era el tal Amor, si era niño ó pájaro, y qué podía tener. De nuevo habló así Filétas : « Dios, hijos míos, es Amor, jóven, hermoso y volátil, por lo cual se complace en la mocedad, apetece y busca la hermosura, y hace que broten alas en el alma. Tanto puede, que Júpiter no puede más : dispone los gérmenes de donde todo nace ; reina sobre los astros, y manda más en los dioses, sus compañeros, que en cabras y en ovejas vosotros. Todas las flores son obra suya. Él ha creado estos árboles. Por su virtud corren los rios, y los vientos suspiran. Yo vi al toro en el cielo, y bramaba como picado del tábano ; yo vi al macho enamorado de la cabra y por todas partes la seguía. Yo mismo, cuando mozo, amaba á Amarilis, y ni me acordaba de la comida, ni tomaba de beber, ni

me entregaba al sueño. Me dolía el alma ; me daba brincos el corazón, y mi cuerpo languidecía : ya gritaba como si me azotasen ; ya callaba como muerto ; á veces me arrojaba al río para apagar el fuego en que me quemaba ; á veces pedía socorro á Pan, porque amó á Pítis ; elogiaba á Eco, porque despues de mí llamaba á Amarilis ; ó rompía mi flauta, porque atraía á las vacas, y á mi Amarilis no la atraía. Ello es que no hay remedio para Amor : ni filtro, ni ensalmo, ni manjar con hechizo ; no hay más que beso, abrazo y acostarse juntos desnudos.»

Filétas, despues que los hubo doctrinado, se fué, recibiendo de ellos algunos quesos y un chivo, al que asomaban ya los pitones. No bien ellos se quedaron solos, y oido entónces el nombre de Amor por vez primera, se apesadumbraron más, y de vuelta á sus chozas, comparaban lo que sentían á lo que el viejo había referido. « Padecen los amantes, decían, y padecemos nosotros ; no cuidan de sí mismos, como nosotros nos descuidamos ; no logran dormir, y nosotros tampoco dormimos ; se diría que arden, é idéntico fuego nos abrasa ; desean verse, y para vernos ansiamos que llegue el día. Esto, de juro, es amor. Nos amábamos sin saberlo. Pero si esto es amor y somos amados, ¿ qué nos falta ? ¿ Qué nos aflige ? ¿ Para qué nos buscamos ? Filétas nos

dijo la verdad : el mozo que vió en su huerto no es otro que el que en sueño se apareció á nuestros padres, y les ordenó que nos diesen á guardar el ganado. ¿Cómo le podremos prender? ¡Es pequeño y se fugará! ¿Cómo huir de él? Tiene alas y nos alcanzará. ¿Pedirémos á las Ninfas que nos protejan? En vano pidió Filétas protección á Pan cuando su amor con Amarilis. Tomemos los remedios de que él hablaba : besos y abrazos y acostarse juntos desnudos. Es cierto que hace mucho frio, pero le sufrirémos, á fin de tomar el último remedio.» Así repasaban ambos de noche la lección que Filétas les habia dado.

Al dia siguiente llevaron el ganado á pacer, y al verse, se besaron, lo cual nunca habian hecho antes, y se estrecharon las manos y se abrazaron. Con el tercer remedio, con el de acostarse juntos desnudos, era con el que no se atrevían, sin duda por requerir mayor atrevimiento que el que cabe no ya sólo en doncellas ternezuelas, sino tambien en cabreros de corta edad. Aquella noche estuvieron tan desvelados como la anterior; y ya con recuerdos de lo hecho, ya con pesar de lo omitido, decian en sus adentros : « Nos hemos besado, y de nada aprovecha; nos hemos abrazado, y tampoco hemos tenido alivio. Por fuerza, el único remedio de amor ha de ser acostarse juntos.

Menester será ponerlo por obra. Algo ha de haber en ello más eficaz que el beso.»

En tales discursos, acabaron por dormirse, y sus ensueños fueron amorosos : besos y abrazos. Aun lo que no habian hecho despiertos, lo hacian soñando : se acostaban juntos desnudos.

Despertáronse luégo con el alba, más prendados que nunca, y se apresuraron á salir á pastorear, impacientes de renovar los besos. No bien se vieron, corrieron con blanda sonrisa hasta juntarse; se besaron y se abrazaron, pero el tercer remedio no se empleó. Ni Dáfnis se atrevia á proponerle, ni Cloe queria tomar la iniciativa. El acaso hubo, pues, de disponerlo todo.

Sentados estaban ambos junto al tronco de la encina, y gustaban del deleite que hay en el beso, y no lograban hartarse de su dulzura. Ceñíanse con los brazos para que la union fuese más apretada. Una vez, como Dáfnis apretase con mayor violencia, Cloe se cayó sobre un costado, y Dáfnis, siguiendo la boca de Cloe para no perder el beso, se cayó tambien. Reconocieron entónces en aquella postura la que en sueños habian tenido, y se quedaron así durante mucho tiempo, como si estuviesen atados. Sin adivinar lo que habia despues, creyeron haber tocado al último límite de los gustos amorosos, y consumieron en balde la mayor parte del dia, hasta que al llegar la no-

che se separaron maldiciéndola, y recogieron el ható. Quizás hubieran llegado pronto al término verdadero, á no sobrevenir un alboroto en aquel rústico retiro.

Ciertos mancebos ricos de Metimna, deseosos de solazarse durante la vendimia y de hacer alguna gira, echaron un barco á la mar, pusieron por remeros á sus criados, y se vinieron á las costas de Mitilene, donde hay ensenadas seguras, lindos caseríos, cómodas playas para bañarse, y bosques y jardines, ya por obra de naturaleza, ya por industria humana, y todo bueno y grato para la vida. Costeando de esta suerte, saltaban de diario en tierra sin hacer daño á nadie, y se entregaban á varios pasatiempos. Ora desde alguna roca que avanzaba sobre la mar, pescaban con anzuelos colgados de una caña por un hilo delgado; ora con redes y con perros cazaban las liebres que habían huido de los majuelos, espantadas por los vendimiadores; ora cogían con lazo ánades silvestres, ánsares y avutardas, con lo cual, á par que se recreaban, proveían su mesa. Y si algo necesitaban aún, lo tomaban de los campesinos, pagándolo más caro de lo que valía. El pan y el vino era lo único que les faltaba, y también un sitio donde albergarse, pues no hallaban seguridad en dormir á bordo por la otoñada; y temerosos del temporal, traían de noche la nave á tierra.

Un rústico de por allí había menester de una sogá, rota ya ó gastada la de que ántes se servía para sostener en alto la piedra del husillo de su lagar; y yéndose de oculto hácia la playa, halló la nave sin quién la guardase; desató la amarra, se la llevó á su casa y la usó en dicho empleo.

Por la mañana los mancebos de Metimna buscaron en balde la amarra. Nadie confesó haberla tomado. Disputaron un poco con sus huéspedes por este motivo, se embarcaron y se fueron. Navegaron treinta estadios, y llegaron á los campos donde moraban Dáfnis y Cloe. Aquel llano les pareció muy á propósito para correr liebres. Y como carecian de sogá ó cuerda que les sirviese de amarra, entretejieron y retorcieron largas varillas de verdes mimbreras, con las cuales amarraron la nave á tierra por la alta popa. Soltaron luego los perros para que olfateáran y levantáran la caza, y tendieron las redes en los sitios que juzgaron más adecuados. Los perros con sus ladridos y carreras espantaron las cabras, y éstas abandonaron los cerros y alcóres y se vinieron hácia la mar, donde entre la arena no tenían pasto, por lo cual algunas de las más atrevidas se acercaron á la nave y se comieron la mimbre verde á que estaba amarrada. En la mar á la sazón había resaca, porque soplabá viento de tierra, de suerte

que, no bien el barco quedó libre, las olas le empujaron y se le llevaron léjos. Pronto se percataron de ello los cazadores, y unos corrieron á la orilla, otros atraillaron los perros, y todos gritaron de manera que cuanta gente habia en los vecinos campos acudió al oírlos, pero de nada valió su venida. El viento sopló más fuerte y se llevó el barco con celeridad irresistible.

Los de Metimna, enojados con la pérdida de tantas prendas de valor, buscaron al cabrero, y habiendo hallado á Dáfnis, se pusieron á darle golpes y á desnudarle; y hasta hubo uno que, valiéndose de la cuerda con que atraillaba los perros, iba á atarle las manos á las espaldas. Maltratado así Dáfnis, gritó y pidió socorro á los rústicos, y sobre todo llamó á Lamón y á Dryas. Acudieron éstos, que eran dos viejos recios, con las manos endurecidas en las labores del campo, y se hicieron respetar, exigiendo que se tratase el negocio en justicia y fuesen oídas las partes. Todos se conformaron, y Filétas el vaquero fué nombrado juez, porque era el más anciano de los que allí estaban presentes, y por su rectitud famoso en aquella comarca.

Los de Metimna, con claridad y concision, plantearon así su querrela ante el juez vaquero:

«Vinimos á estos campos á cazar, dejamos nuestro barco junto á la orilla, amarrado con verde

mimbre, y nos pusimos á ojear con los perros de caza. Entre tanto bajaron las cabras de este muelle á la marina, se comieron la mimbre y destataron el barco. Ya viste cómo se le llevaron las olas. ¿Cuánto crees que importa el perjuicio ocasionado? ¿Qué de trajes hemos perdido! ¿Qué de collares de perros! ¿Cuánta plata, de sobra acaso para comprar todo este terreno! Por todo lo cual parece justo que nos llevemos á este cabrerillo torpe, que apacienta cabras junto á la mar, casi si fuera marinero.» Así se quejaron los metimneños

Dáfnis, por más que le dolían los golpes recibidos, vió á Cloe presente, lo despreció todo, y dijo: «Yo guardo bien mi ganado. Jamas se quejó labrador de estos contornos de que cabra mia le destrozase su huerto ó le comiese los brotes de su viña. Éstos son cazadores inhábiles, y traen perros mal enseñados, que no saben sino correr sin concierto, y ladrar con tal furor, que las cabras han huido del llano y del cerro hácia la mar, como acosadas por lobos. Es cierto que se comieron la mimbre. ¿Acaso en la arena tenían verde grana, madroños y tomillo? El barco se le llevó el viento ó la mar. Cúlpese á la tormenta, no á las cabras. En el barco habia ropa y plata; pero ¿quién, que esté en su juicio, ha de creer que llevaba tales riquezas un barco con amarra de mimbre?»

Dicho esto, Dáfnis rompió á llorar y movió á compasion á los rústicos , de suerte que Filéas el juez, juró por Pan y las Ninfas que no habia culpa en Dáfnis, ni tampoco en las cabras. Culpados eran la mar y el viento, los cuales tenian otros jueces. La sentencia de Filéas no satisfizo á los metimneños, y avanzaron furiosos, cogieron otra vez á Dáfnis y le querian atar para llevársele. Pero los rústicos se alborotaron, y cayendo sobre ellos como grajos ó como nube de estorninos, pronto libertaron á Dáfnis, que tambien peleaba, y pusieron en fuga á los metimneños, hartándolos de palos y sin cesar de perseguirlos hasta que los echaron de todo aquel territorio. Asi quedó el campo en sosiego, y Cloe llevó á Dáfnis á la gruta de las Ninfas. Allí le lavó la cara, llena de sangre, que habia echado por las lastimadas narices, y le hizo comer un pedazo de torta y una raja de queso que sacó del zurruncillo, y para que mejor se recobrase, le dió un beso todo de miel, con sus blandos labios.

Así se salvó Dáfnis de aquel peligro; mas no pararon allí las cosas. Los metimneños, de vuelta á su tierra, con harta fatiga, á pié en vez de ir en barco, y apaleados en vez de ir divertidos, convocaron en junta á los ciudadanos, y en traje de suplicantes pidieron venganza del insulto recibido, sin decir palabra de verdad, para que no

se burlasen de ellos por haberse dejado apalearse por unos villanos; ántes bien supusieron que los de Mitilene les habian apresado el barco y robado sus bienes, como en tiempo de guerra.

En vista de las heridas, los de la junta lo creyeron todo y consideraron justo vengar á aquellos jóvenes de las principales familias de la ciudad. La guerra contra los de Mitilene fué, pues, decretada sin declaracion prévia, y se dió orden á un capitán para que saliese á la mar con diez naves y talase y saquease las costas del enemigo. Como se acercaba el invierno, no era seguro aventurar mayor escuadra.

Al día siguiente, hechos los aprestos y llevando como remeros á los mismos soldados, recorrió la escuadrilla las costas de Mitilene, y la gente entró á saco muchos lugares, robando ganado y trigo y vino en abundancia, porque estaba recién hecha la vendimia, y cautivando á no pocos hombres de los que trabajaban en el campo. Desembarcó también donde Dáfnis y Cloe apacentaban y se llevó cuanto halló á mano.

Dáfnis á la sazón no guardaba las cabras, sino había ido al bosque á coger ramas verdes para dar en el invierno alimento á los chivos. Cuando vió la invasión desde lo alto, se escondió en el hueco tronco de un quejigo seco. Cloe, en tanto, guardaba el rebaño, y perseguida por los invasores, se re-

fugió en la gruta de las Ninfas, por cuyo amor rogaba que á ella y á su grey perdonasen. De nada valió el ruego. Los metimneños, no sólo hicieron muchas burlas y profanaciones á las imágenes, sino que á las ovejas y á la misma Cloe, como si fuera oveja también, se las llevaron por delante á varazos. Ya entónces tenían las naves cargadas de botin de toda laya, y decidieron no navegar más, sino volverse á sus casas, recelosos del invierno y de los enemigos.

Navegaban, pues, aunque poco y á fuerza de remos, porque el viento no los favorecía, cuando Dáfnis, visto el sosiego que reinaba, bajó á la llanura en que solia apacentar, y no halló cabras ni ovejas, ni halló á Cloe, sino soledad mucha, y por el suelo la flauta con que Cloe se deleitaba. Dáfnis empezó entónces á gritar y á exhalar sollozos lastimeros, y ya corria bajo el haya donde ántes se sentaba, ya hacía la mar para ver si alcanzaba á su amiga, ya á la gruta donde se refugió cuando la perseguian. Allí se echó por tierra y vituperó á las Ninfas de traidoras. « Al pié de vuestras aras, dijo, fué robada Cloe, y lo visteis y lo sufristeis; Cloe, la que os tejia coronas y la que os ofrecia las primicias de la leche y la flauta que veo allí colgada. Jamas lobo me robó una sola cabra, y los enemigos me han robado todo el rebaño y la zagala mi compañera,

Desollarán las cabras; sacrificarán las ovejas. Cloe vivirá lejos en alguna ciudad. ¿Cómo presentarme ahora á mi padre y á mi madre sin cabras y sin Cloe, y tambien sin oficio, pues no quedan cabras que guardar? Aquí me voy á quedar aguardando la muerte ó á algun otro enemigo. Y tú, Cloe, ¿padeces como yo? ¿Te acuerdas de estos prados y de las Ninfas y de mí, ó te consuelan las ovejas y las cabras, prisioneras contigo?

Conforme se lamentaba así, entre gemidos y lágrimas, se apoderó de él un profundo sueño y se le aparecieron las tres Ninfas, grandes y hermosas, medio desnudas, descalzas y suelto el cabello, como las imágenes. Al principio mostraron compadecerse de Dáfnis; luego dijo la mayor, confortándole: «No así nos acuses, ¡oh Dáfnis! Más cuidado que á ti nos merece Cloe. De ella nos compadecemos apenas nació, y la criamos cuando fué expuesta en esta gruta. Nada de común tiene ella con los campos ni con las ovejas de Dryas. Ya hemos dispuesto lo que más le conviene. Ni se la llevarán cautiva á Metimna, ni será entregada á los soldados como parte del despojo. El mismo dios Pan, que está sentado bajo aquel pino, si bien jamas le llevasteis vosotros ofrendas de flores, cede á nuestros ruegos y va en auxilio de Cloe, como más avezado que nos-

otras en los negocios de la guerra, por haber ya militado en muchas, abandonando su agreste retiro. Tremendo enemigo va á caer sobre los metimneños. No te alijas, pues: levántate y vé á consolar á Lamon y á Mirtale, que se revuelcan por el suelo como tú, creyendo que tambien te llevan cautivo. Mañana volverá Cloe, y con ella las ovejas y las cabras. Aún las guardaréis juntos, aún juntos tocaréis la flauta. De lo otro cuidad. Amor.»

Al ver y oir Dáfnis todo esto, despertó, lleno de alegría á par que de pena, y adoró las figuras de las Ninfas, prometiendo sacrificarles la mejor de sus cabras, si se salvaba Cloe. Corrió despues bajo el pino, donde estaba la imágen de Pan, con patas y cuernos de cabra, en una mano la flauta y con la otra deteniendo un chivo, y le adoró tambien, é intercedió con él por Cloe y le prometió sacrificarle un macho. Y como casi iba ya á ponerse el sol, sin cesar él en sus lamentos y plegarias, recogió las ramas que habia cortado y se fué á su cabaña. Con su vuelta quitó á sus padres un gran pesar, trocándole en contento. Luego comió un bocadillo y se fué á dormir, no sin llorar aún y suplicar á las Ninfas que trajesen pronto el nuevo dia, y á Cloe con él, cumpliendo la promesa. La noche aquella le pareció la más larga de todas las noches.

Entre tanto, el capitán de los metimneños, no bien hubo navegado cerca de diez estadios, quiso que reposase su gente, fatigada de la correría. Había allí un cerro que avanzaba sobre la mar, abriéndose en forma de media luna, en cuyo seno convidaban las ondas tranquilas con el más seguro puerto. En él anclaron las naves, léjos aún de la costa, á fin de no recelar asalto ó sorpresa de villanos, y los metimneños se entregaron en paz á sus deportes. Como traían abundancia de todo, fruto de su rapiña, comieron y bebieron con gran fiesta y algazara para celebrar la fácil victoria. Así pasaron el día, y no bien los sorprendió la noche, parecióles de repente que toda la tierra se ardia al rededor con llamas y relámpagos, y que se oía en la mar estrépito impetuoso de remos, como de formidable escuadra que á combatirlos venía. Muchos gritaban á las armas; otros se llamaban mutuamente: éste creíase ya herido; aquél imaginaba que álguien caía muerto á su lado. En suma, todo asemejaba refuendo combate nocturno, sin que hubiese enemigos.

La noche así pasada, amaneció un día más espantoso que la misma noche. Las cabras y los machos de Dáfnis llevaban en los cuernos hiedra con sus corimbos, y los carneros y ovejas de Cloe aullaban como lobos. Ella apareció coronada de ramas de pino. En la mar ocurrieron

tambien muchos portentos. No se podian levar las anclas, que se agarraban al fondo; los remos se rompian al meterlos en el agua para bogar; los delfines, brincando fuera de la mar, azotaban con las colas las naves y desbarataban su trabazon. Y oíase el sonido de una flauta en la más alta cumbre de la roca; mas no deleitaba como flauta, sino aterraba á los oyentes como trompa guerrera. De aqui el general sobresalto, el correr á las armas, y el miedo de enemigos que no se veian. Todos ansiaban que volviese la noche, esperando que les diese tregua.

Á nadie que tuviese sano el entendimiento podia ocultársele que tales visiones y ruidos eran obra de Pan, encolerizado contra los marineros; pero no adivinaban el motivo de su cólera, pues no habian saqueado ningun templo de aquel dios. Por último, á eso de mediodia, no sin disposicion de lo alto, quedóse el capitán dormido, y Pan se le apareció, diciendo:

«; Oh los más impíos y malvados de todos los mortales! ¿Cómo os propasasteis á tal extremo en vuestra audacia loca? Llevasteis la guerra á los campos que me son caros; robasteis las vacas, cabras y corderos de que yo cuido, y arrancasteis de mi propio altar á una virgen, de quien Amor quiere componer muy linda historia. Ni á las Ninfas, que os miraban, ni á mí, que soy Pan, habéis

respetado. Nunca, navegando con tales despojos, volveréis á ver á Metinna, ni escaparéis al són de mi flauta aterradora. Os he de anegar y os he de dar por pasto á los peces, si al punto no devolveis á Cloe á las Ninfas, y á Cloe su rebaño, cabras y corderos. Levántate, pues, y pon en tierra á la muchacha con todo lo que te dije. Yo te llevaré luégo en salvo por mar, y á ella por tierra.»

Todo consternado se despertó con esto Briáxis, así se llamaba el capitán, y llamó á los cabos y principales de las naves, ordenándoles que buscasen sin demora entre los cautivos á la zagala Cloe. En seguida la hallaron, porque estaba sentada con guirnalda de pino, y la trajeron á la presencia del capitán, quien conoció por las señales que á causa de ella habia tenido la vision, y él mismo la llevó á tierra en su mejor barca. Apenas desembarcó la pastorcilla, se oyó de nuevo són de flauta sobre la roca, pero no ya belicoso y espantable, sino suave y pastoril, como para llevar corderos á prado. Y en efecto, los corderos y las ovejas echaron á correr por las escaleras abajo, sin tropiezo, á pesar de la dureza de sus pezuñas, y las cabras con mayor atrevimiento aún, como acostumbradas á saltar por los vericuetos. Y toda la grey rodeó á Cloe, y en coro se puso á retozar, brincar y bular en muestra de ale-

gría. Las cabras, lueyes y demas ganado de otros pastores se quedaron quietos en el fondo de las naves, como si aquel són no los llamára. Las gentes se maravillaron en grande al ver estas cosas, y celebraron á Pan, quien en mar y tierra obró luégo mayores prodigios. Antes de levar ancla, las naves iban ya navegando. Un delfin, que salia con sus brincos sobre las ondas, guiaba la nave capitana. Suavisísima música de flauta conducia cabras y corderos, y nadie veia á quién tocaba. Y todo el rebaño, hechizado con el són, andaba á par que pacia.

Era ya la hora en que se va de nuevo al pasto despues de la siesta, cuando Dáfnis, que estaba oteando desde un alta atalaya, vió venir el ganado y vió venir á Cloe. Entónces gritó: «¡Oh Ninfas! ¡Oh Pan!», bajó á lo llano, abrazó á Cloe, y cayó desmayado de placer. Apénas volvió en si merced á los besos de Cloe y al dulce calor de sus abrazos, se la llevó bajo el aya donde solian, y sentados contra el tronco, le preguntó de qué suerte se salvó de los enemigos. Ella contó todas las circunstancias: la hiedra de las cabras, los aullidos de las ovejas, la corona de ramas de pino que le ciñó las sienes, y la medrosa noche, y cómo hubo en la tierra fuego, extraño ruido en la mar y dos distintos sonos de flauta, uno guerrero y otro pacífico. Dijo, por último, que igno-

rante ella del camino, se le indicaba y la guiaba cierta música misteriosa.

Bien notó en todo Dáfnis el cumplimiento del sueño de las Ninfas y los milagros de Pan, y también refirió él cuanto había visto y oído, y que ya se moría de dolor cuando las Ninfas le salvaron. Después mandó á Cloe á que dijese á Dryas y á Lamon que vinieran con todo lo necesario para hacer un sacrificio. Él, en tanto, tomó la mejor de sus cabras, la coronó de hiedra, conforme se había mostrado á los enemigos, vertió leche entre sus cuernos, la sacrificó á las Ninfas, le suspendió y la desolló, y colgó la piel en la roca.

Presentes ya Cloe y los que la acompañaban, Dáfnis encendió fuego, asó parte de la carne y coció la otra parte, ofreció á las Ninfas las primicias, y les hizo una libacion con un cántaro lleno de mosto. Dispuso luego lechos de hojas verdes para todos los convidados, y se entregó á beber, comer y jugar con ellos, sin dejar de atender al ganado, no viniese el lobo, ó hiciese en él de las suyas. Hermosos cantares se cantaron allí en loor de las Ninfas, compuestos por pastores antiguos. Venida la noche, todos durmieron al raso ó en la gruta. Al salir el sol, se acordaron de Pan; coronaron de pino el manso de la manada y le llevaron bajo el pino, donde

entre libaciones de mosto y cantos en alabanza del Dios, se le sacrificaron, colgándole y desollándole. Las carnes asadas y cocidas las pusieron en el prado sobre hojas verdes. La piel con los cuernos quedó colgada del pino, junto á la imagen del dios, ofrenda pastoral al dios de los pastores. Ofreciéronle tambien las primicias de la carne; vertieron vino del cántaro más hondo, y Cloe cantó, y Dáfnis la acompañó con la zampogna.

Recostáronse despues y se pusieron á comer, cuando por acaso llegó Filétas el vaquero, el cual traía para Pan algunas guirnaldas y racimos de uvas con sarmientos y pámpanos. Le acompañaba su hijo menor Titiro, rapazuelo de pelo rubio y ojos zarcos, vivo y travieso, y que venía saltando más ágil que un chivo. Levantáronse todos para coronar á Pan y colgar los racimos en la copa del pino, y luego volvieron á sentarse, convidando á Filétas á que merendase y bebiese con ellos. Ya algo bebidos, se dieron, segun es propio de los viejos, á referir casos de sus verdes años; de qué suerte guardaban el hato y de cuántas incursiones de bandidos y piratas habian escapado. Este se jactaba de haber muerto un lobo: aquél, de no ceder más que á Pan en tocar la flauta. La última jactancia era de Filétas. Dáfnis y Cloe le rogaron con abinco que les diese á conocer algo de su arte, tocando la flauta en la fiesta

del dios que tanto se huelga de oirla. Filéatas consintió en tocar, y si bien lamentándose de que con la vejez le faltaba resuello, tomó la flauta de Dáfnis; pero halló que era pequeña para lucir en ella toda su maestría, y sólo propia para la boca de un rapaz, y envió á Titiro en busca de su flauta, aunque distaba su casa diez estadios de allí. El chico soltó la ropa que le estorbaba, y casi desnudo echó á correr como un gamo. Lamon, mientras volvía, se puso á contar la fábula de Siringa, tal cual se la contó un cabrero de Sicilia, á quien dió en pago un cabron y una zampoña.

«Siringa, dijo, no era flauta pastoril en lo antiguo, sino virgen hermosa, con buena voz y arte en el canto. Cuidaba cabras, jugaba con las Ninfas y cantaba como ahora. Pan, al verla cuidar las cabras, retozar y cantar, se llegó á ella y le pidió que consintiese en lo que él quería, ofreciéndole en cambio que sus cabras todas parirían muchos cabritillos gemelos. Ella se burló de este amor y se negó á admitir amante que era medio hombre y medio macho de cabrio. Pan entónces la persiguió para lograrla por fuerza. Huyó Siringa de Pan y de su violento arrojo; y fatigada al cabo, se ocultó en un cañaveral y desapareció en una laguna. Cortó Pan las cañas con furia; sin hallar á la linda moza halló desengaño, é imaginó un instrumento, juntando con

cera desiguales cañutos, por ser su amor desigual como ellos. De aquí que la hermosa vírgen de entónces hoy sea flauta sonora.»

Terminada tenía ya Lamón su historia, y Filé-tas le alababa por haberla contado con más dulzura que un cantar, cuando apareció Titiro con la flauta de su padre, la cual era grande, hecha de gruesas cañas y con adornos de bronce sobre las pegaduras de cera. Dijérase que era la propia y primera flauta que fabricó Pan. Filé-tas se levantó, se puso derecho sobre su asiento, y lo primero que hizo fué ensayar si el viento colaba bien por los cañutos, y habiendo notado que el soplo penetraba sin estorbo, sopló con brío juvenil y se oyó al punto como un concierto de muchas flautas: tanto resonaba la suya sola. Poco á poco fué luego mitigando aquella vehemencia y convirtiéndola en suave melodía, y mostró allí todo el arte del buen pastoreo musical: lo que agrada á las vacas y bueyes, lo que conviene para las cabras y lo que gusta á las ovejas. Para las ovejas era el són dulce, grave para el ganado vacuno, y agudo para el cabrío. Todo esto, obra de diversas flautas, lo imitaba él con sólo la suya.

Recostados los circunstantes oían la música con delicia y en silencio, hasta que se alzó Dryas y pidió á Filé-tas que tocase una tonada en loor de

Hizo para que él bailase un baile de lagar. Bailó, pues, imitando, ora que vendimiaba, ora que acarreamba la uva en cestos, ora que la pisaba, ora que llenaba las tinajas, ora que probaba el mosto. Y todas estas cosas las bailó Dryas con tal primor y claridad, que parecía que se estaban viendo viñas, lagar y tinajas, y al propio Dryas vendimiando y bebiendo. Así se lució en el baile el tercer viejo, y fué á besar á Dáfnis y á Cloe. Estos se alzaron al punto y bailaron el cuento de Lamón. Dáfnis hacía de Pan, y de Siringa Cloe. Él pedía amor; ella le burlaba desdeñosa; él sobre las puntas de los piés, para imitar las pezuñas del cabrío, la perseguía corriendo, y Cloe se fingía cansada y se ocultaba por último entre unas matas como si fuese en la laguna. Dáfnis tomó entónces la gran flauta de Filétas, y tocó, ya con fútil tono como de suplicante, ya con tono amoroso para persuadir, ya con suave llamada, como buscando y atrayendo á la fugitiva. Maravillado Filétas, se alzó de su asiento, besó al rapaz, y despues de besarle le regaló la flauta, no sin pedir al cielo que Dáfnis en su día pudiese dejarla á sucesor semejante. Dáfnis, por último, suspendió su pequeña flauta en el ara de Pan, besó á Cloe como si la volviese á hallar despues de una fuga verdadera, y se llevó sus cabras, tocando la flauta grande.

Como la noche venía ya, Cloe condujo también su rebaño, aprovechándose del mismo són, de suerte que cabras y ovejas iban juntas. Dáfnis caminaba cerca de Cloe y ambos platicaron entre sí hasta bien cerrada la noche, concertándose para salir al día siguiente más temprano que de costumbre.

Así lo hicieron en efecto. Apenas rayó el alba, volvieron al prado, y después de saludar primero á las Ninfas y enseguida á Pan, se sentaron bajo la encina, tocaron juntos la flauta, se besaron, se abrazaron, se acostaron muy juntos, y, sin hacer nada más, se levantaron. Pensaron luego en la comida, y bebieron vino con leche. Algo acalorados con esto, y creciendo también en audacia, se enredaron en amorosa disputa y acabaron por exigirse juramento de fidelidad. Dáfnis, acercándose al pino, juró por Pan no vivir ni un solo día sin Cloe, y Cloe, penetrando en la gruta, juró por las Ninfas ser de Dáfnis en vida y en muerte; pero ella, como niña aún, era tan simplecilla, que al salir de la gruta quiso que Dáfnis le hiciese nuevo juramento. «¡Oh Dáfnis! le dijo, este dios Pan es travieso y muy poco de fiar. Se enamoró de Pítis, se enamoró de Siringa, no cesa jamás de perseguir á las Dryadas y se emplea de continuo en servir y complacer á todas las Ninfas pastoriles. Si no cumples la fe jurada, se

reirá y no te castigará, aunque te enredes con más queridas que cañutos tiene tu zampoña. Júrame, pues, por tu rebaño y por la cabra que te crió, no abandonar á Cloe miéntras ella te sea fiel. Y si Cloe te faltáre, perjura á tí y á las Ninfas, húyela, aborrécela, mácala como á un lobo.» En el alma se complació Dáfnis de estas dudas de Cloe ; y de pié en medio del rebaño, la una mano sobre una cabra y sobre un macho la otra, juró amar á Cloe miéntras ella le amára, y si ella amase á otro, en vez de matarla, matarse él. Cloe se holgó del juramento y le creyó, porque, doncellica y pastora, tenía á las cabras y ovejas por divinidades propias de cabrerizos y zagales.



LIBRO TERCERO.

Quando supieron los de Mitilene la expedicion de las diez naves, y, por gente que venia del campo, los robos que habian hecho, no juzgaron decoroso sufrir tal afrenta de los de Metimna y resolvieron mover guerra contra ellos con toda rapidez. Levantaron, pues, tres mil infantes y quinientos caballos; y recelosos de la mar en la estacion del invierno, los enviaron por tierra, al mando de su general Hipaso.

Éste no estragó los campos ni robó ganado ni frutos y enseres de labranza, considerando más propios de bandido que de general tales actos, sino marchó derecho y pronto contra la ciudad de Metimna, esperando sorprenderla con las puertas sin custodia. Ya no distaba de la ciudad más de cien estadios, cuando se presentó un heraldo pidiendo treguas. Los metimneños habian averiguado por los cautivos que los de Mitilene nada sabian de lo ocurrido, y que eran gafanes

y pastores los que habían maltratado á los jóvenes, por lo cual reconocían que se habían atrevido con más acritud que prudencia contra la vecina ciudad, y sólo deseaban devolver el botín, tratarse de amigos y comerciar como ántes por mar y tierra. Hipaso, aunque tenía plenos poderes para negociar, envió al heraldo á Mitilene, y acampado á diez estadios de Metimna, aguardó la resolución de sus conciudadanos. A los dos días vino el mensajero con orden de recibir la restitución y de volverse sin causar daño, porque, al escoger entre la paz y la guerra, habían hallado la paz más útil. Así terminó la guerra entre Mitilene y Metimna, con fin tan inesperado como el principio.

Llegó el invierno, para Dáfnis y Cloe más que la guerra crudo. De repente cayó mucha nieve: cubrió los caminos y encerró á los rústicos en sus chozas. Con ímpetu se despeñaban los torrentes; se helaba el agua; parecían muertos los árboles, y no se veía el suelo sino al borde de arroyos y manantiales. Nadie, pues, llevaba á pacer el ganado ni se asomaba á la puerta, sino todos encendían gran candela en el hogar, no bien cantaba el gallo, y ya hilaban lino, ya tejían pelo de cabra, ya tramaban lazos para cazar pájaros. Entónces era menester andar solícitos en dar paja á los bueyes en el tinao, fronda en el aprisco á las cabras

y ovejas, y fabuco y bellotas á los cerdos en la pocilga.

Con esta forzosa permanencia dentro de casa, se holgaban los demas pastores y labriegos, porque descansaban algo de sus faenas, comian bien y dormian á pierna tendida. Así es que el invierno se les antojaba más dulce que el verano, que el otoño, y hasta que la misma primavera. Pero Dáfnis y Cloe, retrayendo á la memoria los pasados deleites; cómo se besaban, cómo se abrazaban, y cómo merendaban juntos, se pasaban las noches muy afligidos y sin dormir, ansiosos de que volviese la primavera, que era para ellos volver de la muerte á la vida. Cuando por dicha topaban con el zurrón en que habian llevado la merienda, ó veían el cantarillo en que habian bebido, ó la zampoña, presente amoroso, abandonada ahora, la pena de ambos se acrecentaba. Con fervor pedían á las Ninfas y á Pan que los librasen de tantos males, dejando que ellos y su ganado salieran á tomar el sol; pero, á par que pedían, buscaban medio de verse, Cloe andaba con terribles vacilaciones y sin saber qué hacer, porque no se apartaba de la que tenía por madre, aprendiendo á cardar lana y á manejar el huso y escuchándola hablar de casamiento; pero Dáfnis, con mayor libertad, y más ladino tambien que la muchacha, inventó esta treta para verla.

Delante de la vivienda de Dryas, contra la propia pared habia dos grandes arrayanes y una mata de hiedra, tan cerca los arrayanes el uno del otro, que la hiedra que crecia en medio los ceñia, enredando en ambos sus hojas y largos tallos á modo de parra, y formando gruta de tupida verdura. Por dentro colgaban, como racimos en la vid, muchos y gruesos corimbos. Acudia, pues, allí multitud de pájaros invernizos, mirlos, torcos, palomas zuritas y torcaces, y otros que comen granos de hiedra á falta de mejor alimento. So color de cazar estos pájaros, Dáfnis salió de su casa con el zurrón lleno de bollos de miel, y llevando asimismo, para que le dieran más crédito, lazos y liga. Su habitacion distaba de la de Cloe cerca de diez estadios; pero la nieve, no bien endurecida, hubiera hecho trabajoso el camino, si no fuese que para Amor todo es llano: fuego, agua y nieve de Escitia. Dáfnis, pues, se plantó de una carrera á la puerta de Dryas; sacudió la nieve de los piés; tendió lazos; colocó largas varillas untadas con liga, y se puso en acecho de los pájaros y tambien de Cloe.

En cuanto á los pájaros, acudieron muchos y quedaron presos. No corta tarea tuvo Dáfnis en cogellos, matarlos y desplumarlos. Pero nadie salia de la casa, ni hombre, ni mujer, ni gallo, ni gallina. Todos, sin duda, estaban dentro, sentados al amor

de la lumbre. Dáfnis vacilaba; temía haber salido á pájaros con malos auspicios; y se atrevía, no obstante, á imaginar un pretexto para entrar en la casa, cavilando dónde hallar el más plausible. «Pediré canchela.—¿Cómo es eso? ¿No tienes á nadie más cerca á quien pedirla?—Pediré pan.—Tu zurrón está bien provisto.—Diré que me falta vino.—Há poco que hiciste la vendimia.—Un lobo me persigue.—¿Dónde están las huellas de ese lobo?—Vine á cazar pájaros.—Pues véte, ya que los has cazado.—Quiero ver á Cloe.—No es fácil declarar esto al padre y á la madre de la muchacha. Más vale callarse. No hay cosa que no excite las sospechas. Me iré. Veré á Cloe esta primavera. No consienten los hados, á lo que barrunto, que yo la vea en invierno.» Así discurría para sí, y, recogiendo lo que había cazado, se disponía á partir, cuando, por misericordia de Amor, ocurrió lo que sigue.

Estaban á la mesa Dryas y su familia. Se distribuía la carne, se repartía el pan y el jarro se llenaba de vino, en ocasión que uno de los perros del ganado, aprovechándose del descuido de los dueños, cogió un pedazo de carne y huyó con él fuera de casa. Irritado Dryas, tanto más que la carne robada era su ración, agarra un palo y corre tras el rastro del perro, como otro perro. En esta persecución, pasa cerca de la hiedra y los

arrayanes; ve á Dáfñis que se echaba ya al hombro su presa, resuelto á irse; olvida al punto carne y perro, y exclamando en alta voz: «¡Salud! ¡oh hijo mio!», le abraza, le besa, le toma de la mano y le hace que entre en su morada.

Poco faltó para que, al verse Dáfñis y Cloe, no cayesen ambos al suelo. Procuraron, no obstante, tenerse firmes; se saludaron, y se volvieron á besar, y esto casi fué arrimo para no caer ambos.

Despues que logró Dáfñis, contra su esperanza, ver y besar á Cloe, se sentó junto al hogar; puso sobre la mesa las palomas y los mirlos que traia al hombro, y contó que, harto de encierro casero, habia salido á coger pájaros, y de qué modo habia cogido, ya con lazo, ya con liga, los que venian á picar en la hiedra y en los arrayanes. Los allí presentes alabaron mucho su habilidad y le convidaron á comer de lo que el perro habia dejado. Cloe, por orden de sus padres, le escanció la bebida, y con alegre rostro sirvió á los otros primero, y á Dáfñis el último, fingiéndose muy enojada de que, habiendo él venido hasta allí, iba á irse sin verla. A pesar del enojo, Cloe, ántes de presentar el vaso á Dáfñis, bebió un poco, y le dió lo demas. Dáfñis, aunque sediento, bebió con lentitud para que durase más y fuese mayor su deleite. Limpia ya la mesa de

pan y de carne, y áun sentados á ella, le preguntaron por Mirtale y Lamou, y los declararon felices de tener en su vejez tal apoyo; encomio de que gustó Dáfnis en extremo por escucharle Cloe. Rogáronle despues que se quedase allí hasta el dia siguiente, porque tenian que hacer un sacrificio á Baco, y Dáfnis, de puro contento, por poco los adora como si fuesen el dios. A escape sacó de su zurrón cuanto bollo de miel en él traia, y dió á guisar para la cena los pájaros que habia cazado. Se llenó de nuevo el jarro de vino; se atizó y encandiló el fuego; y, apénas llegó la noche, se pusieron otra vez á la mesa, donde se divirtieron contando cuentos y entonando canciones; hasta que los ganó el sueño y se fueron á dormir, Cloe con su madre, y Dáfnis con Dryas. Cloe se complació con la idea de volver á ver por la mañana á Dáfnis, y Dáfnis, lleno de satisfaccion de dormir con el padre de Cloe, le abrazó y besó muchas veces, soñando que á Cloe abrazaba y besaba.

Al amanecer era el frio atroz, y el viento del norte todo lo helaba. De pié ya la gente, sacrificó á Baco un borrego añal; encendió lumbre, y preparó el alunerzo. Mientras Napé amasaba el pan y Dryas guisaba el borrego, Dáfnis y Cloe, estando de vagar, salieron de la casa bajo los arroyos y la hiedra, y, tendiendo lazos otra vez y

poniendo liga, pillaron multitud de pájaros. Durante la caza fué aquello un no cesar de besarse, entreverando los besos con pláticas, también sabrosas. — Por tí vine, Cloe. — Lo sé, Dáfnis. — Por tí mato estos mirlos sin ventura. ¿ En qué aprecio me tienes? ¿ Te acordaste siempre de mí? — ¡ No me habia de acordar! Así me quieran bien las Ninfas, por quienes juré en la gruta, á donde concurrirémos apénas se derrita la nieve. — Pero cuánta hay, ¡ oh Cloe! Yo temo derretirme ántes que ella. — Animate, Dáfnis; el sol calienta ya mucho. — Ojalá que ardiese con la viva llama en que arde mi corazón. — Me burlas con lisonjas, y luégo me engañarás. — Nunca: por las cabras, por las que quisiste que te lo jurase.

Así charlaban, respondiendo Cloe á Dáfnis como un eco, cuando los llamó Napé, y ellos entraron con más abundante caza que la víspera. Hicieron luégo una libacion á Baco, y comieron coronados de hiedra. Llegó, por último, la hora, y no sin cantar ántes alegres himnos en loor del dios, despidieron á Dáfnis, llenando su zurron de carne y de pan. Devolviéronle, además, los toros y las palomas, para que se regalasen comiéndolos Lamón y Mirtale, ya que ellos cazarian más en cuanto durase el invierno y no faltase hiedra para añagaza. Dáfnis, al irse, besó primero á los padres, y á Cloe la última, á fin de guardar es

toda su pureza el dejo del beso. En adelante volvió Dáfuis por allí no pocas veces, valiéndose de otras artimañas, de modo que el invierno no se pasó del todo mal.

Apénas renació la primavera, se derritió la nieve, se descubrió el suelo y la hierba retoñó, salieron todos los zagales á apacentar sus ganados, y ántes que todos Dáfuis y Cloe, como siervos que eran del pastor más poderoso. Lo primero fué correr á la gruta de las Ninfas, luégo á Pan y al pino, y, por último, bajo la encina, donde se sentaron, mirando pacer y besándose. Buscaron flores para coronar á las Ninfas, y, aunque las flores apénas empezaban á entreabrirse, acariciadas por el céfiro y reanimadas por el sol, hallaron narcisos, violetas, corregüelas y otras vernaes primicias. Con estas flores coronaron las imágenes é hicieron ante ellas libaciones de la nueva leche de sus ovejas y sus cabras. Tocaron también la flauta como para competir con los ruiseñores, quienes respondían de entre la enramada, expresando poco á poco el nombre de Itys, cual si tratasen de recordar el canto despues de largo silencio. Por donde quiera balaba el ganado; los corderillos ya retozaban, ya se inclinaban bajo las madres para chupar el pezon de la ubre; y los moruecos perseguían á las ovejas que aún no habían tenido cria, y cada uno cubría la suya. Las

cabras eran también perseguidas por los machos con más lascivos saltos, y los machos reñían por ellas, y cada cual tenía sus cabras, y cuidaba de que no viniera otro y á hurto las gozase. Tales escenas, cuya vista hubiera remozado y enardecido á los helados viejos, enardecían más á estos mozos, llenos de fervor y de brío. Y anhelando hallar, desde hacía tiempo, el fin del Amor, lo que oían los abrasaba, lo que veían los amartelaba, y todo los inducía á buscar algo de más rico y satisfactorio que el beso y el abrazo. Buscábalo singularmente Dáfnis, quien por el reposo casero y holganza del invierno estaba rijoso y lúcido, y con el beso se emberrenchinaba, y con el abrazo se alborotaba, y al ejecutar las cosas, era ya más curioso y atrevido. Pedia, pues, á Cloe que se prestase á cuanto él quisiera, y que lo de acostarse juntos desnudos fuese por más tiempo que ántes, ya que esto era lo que faltaba hacer bien de cuanto les enseñó Filétas, como único remedio para calmar el amor.

Cloe le preguntó qué imaginaba él que habría más allá del beso, del abrazo, y hasta del acostarse juntos, y qué resolvía hacer si volvían á la yácija desnudos ambos. — Lo que hacen los moruecos con las ovejas, y con las cabras los machos, contestó él. — Mira cómo, despues de la obra, ni las ovejas huyen ni los carneros se can-

san en perseguirlas, sino que pacen quietos y juntos, como satisfechos de un comun deleite. Dulce, á lo que entiendo, es la obra, y vence lo amargo de amor.—¿No reparaste, repuso Cloe, que las ovejas y los carneros, las cabras y sus machos, hacen esas cosas de pié, saltando ellos encima y sosteniéndolos ellas? ¿Para qué, pues, he de tenderme contigo desnuda? ¿No está el ganado más vestido que yo con su pelo ó con su lana? Dáfnis no pudo ménos de convenir en que así era. Tendióse, no obstante, al lado de Cloe y meditó largo rato, sin atinar con el modo de calmar la vehemencia de su deseo. Hizo despues que ella se alzara, y la abrazó por detras, imitando á los carneritos: pero con esto nada logró, quedando más confuso y echándose á llorar al ver que para tales negocios era más rudo que las bestias.

Tenia Dáfnis por vecino á un labrador propietario, llamado Crómis, sujeto ya de edad madura, quien habia traído de la ciudad á una mujercita, linda, de pocos años, con gustos más delicados y más cuidadosa de su persona que las campesinas. Esta tal, que se llamaba Lycenia, con ver de diario á Dáfnis cuando llevaba por la mañana las cabras al pasto, y cuando por la noche las recogia á la majada, entró en codicia de tomarle por amante, engatusándole con regalillos, y tan socchona anduvo, que consiguió hablar con él á

solas, y le dió una flauta, un panal de miel y un zurrón de piel de venado, si bien se avergonzó y vaciló en declararse, conjeturando que él amaba á Cloe, al verle siempre tan empleado en servirla. Al principio, sólo presumió esta inclinación por risas y señas que sorprendió entre ambos; pero luégo pretextó con Crómis que iba á visitar á una vecina que estaba de parto; los siguió una mañana; se recató entre zarzas, para que ellos no la viesen; y vió cuanto hicieron, y escuchó cuanto dijeron, sin ocultársele siquiera el llanto de Dáfnis. Compadecida entónces, creyó propicia la ocasion de hacer dos veces el bien, mostrando el camino de salvacion á aquellos cuitadillos, y logrando ella su gusto.

Con tal propósito, salió al día siguiente, como para ir á ver de nuevo á la parida, y se fué derecha á la encina donde Dáfnis y Cloe se sentaban. Fingiéndose con primor toda consternada, — «¡Sálvame, dijo, oh Dáfnis! ¡Ay, infeliz de mí! ¡Un águila me ha robado el más hermoso de mis veinte gansos! Fatigada con tanto peso, no ha podido volar hasta lo alto de aquel peñon, donde anida, y se bajó con su presa á lo hondo del soto. Te lo ruego por Pan y las Ninfas: entra conmigo en la espesura; liberta mi ganso. Mira que no me atrevo á entrar sola, de puro medrosa. No dejes que se descabale mi manada.

«Quién sabe si de paso no matarás el águila, y con eso ya no robará corderos y cabritos? Miétras, guardará Cloe ambos rebaños. Harto la conocen las cabras, de verla siempre en tu compañía.»

Dáfnis, sin prever nada de lo que iba á pasar, se levantó muy listo, empuñó su cayado y siguió á Lycenia. Llevósele ésta léjos de Cloe, á lo más intricado y esquivo del soto, y allí le mandó que se sentase á su lado, cerca de una fuenteçilla.— «Oh Dáfnis, le dijo, tú amas á Cloe! Anoche me lo revelaron las Ninfas. Se me aparecieron en sueño; me informaron de tus lágrimas de ayer, y me ordenaron que te salvase, enseñándote las obras de Amor, las cuales no estriban sólo en beso y en abrazo y en remedar á los carneros, sino en brincos y retozos más dulces, y cuyo deleite dura más. Así, pues, si quieres desechar el mal que te aflige, y conocer por experiencia los gustos que anhelas, entrégate á mi cuidado cual aprendiz suuiso, y yo, por gracia y merced de las Ninfas, seré tu maestra.»

Dáfnis, sin refrenar su alegría, como cabrerillo cáudido y rapaz enamorado, se arrodilló á los piés de Lycenia y le suplicó que cuanto ántes le enseñase aquel oficio para ejercerle luégo con Cloe. Y como si fuera algo de raro y revelado por el cielo lo que Lycenia le habia de enseñar, prometió darle en pago un chivo, quesos frescos de

nata, y hasta la cabra misma. Halló Lyccenia aquella liberalidad pastoril más sencilla y grata de lo que presuñia, y empezó en seguida á instruir á Dáfnis. Mandóle que volviese á sentarse á la verita de ella; que le diese besos, tales y tantos como él solía dar; que mientras la besaba la abrazase, y por último, que se tendiese á la larga.

Luégo que se sentó y que besó, y que se tendió, habiéndose cerciorado ella de que todo estaba alerta y en su punto, hizo que él se levantas de un lado, y se deslizó con suma destreza debajo de él, poniéndole en el camino por tanto tiempo buscado en balde. Despues nada hubo fuera de lo que se usa. Naturaleza misma enseñó á Dáfnis lo demas.

Terminada la leccion amatoria, Dáfnis, que guardaba su candor pastoril, quiso correr en busca de Cloe para hacer con ella lo que acababa de aprender, harto temeroso de que con la tardanza se le olvidase; pero Lyccenia le contuvo, diciéndole: « Otra cosa te importa saber, ¡oh Dáfnis! mí, como soy mujer, no me hiciste daño alguno porque ya otro hombre me enseñó el oficio, y tomó mi doncelléz en pago; pero Cloe, cuando lucháre contigo esta lucha, gemirá, llorará y derramará sangre cual si estuviere herida. No por ello te asustes, sino cuando la persuadas á que preste á todo, tráctela á este sitio, para que,

rita, nadie la oiga ; si llora, nadie la vea, y si derrama sangre, se lave en la fuente. No te olvides, por último, de que yo te he hecho hombre antes de Cloe. »

No bien Lycenia dió estos preceptos, se fué por otro lado del soto, como si lucase el ganso todavía. Dáfnis, en tanto, con la preocupacion de lo que habia oido, cejó de su primer ímpetu, y no se atrevió á perturbar á Cloe sino con el beso y el abrazo, á fin de que no gritase como perseguida de enemigos, ni llorase como lastimada, ni como herida vertiese sangre, pues, escarmentado él por los recientes lances de la guerra, tenia miedo de la sangre, y sólo de heridas imaginaba que saliese. Así fué que tomó la determinacion de no deleitarse con ella sino en lo que tenia por costumbre ; y, dejando el soto, volvió al lugar donde ella estaba sentada, tejiendo guirnaldas de violetas ; le refirió que habia arrancado de las garras mismas del águila el ganso de Lycenia, y la besó apretadamente como Lycenia le habia besado en el deleite, ya que esto no pensaba que trajese peligro. Ella ajustó á la cabeza de él la guirnalda de violetas, y le besó el cabello, á su vez más que las violetas precioso. Luégo sacó del zurrón pan de higos y bollos, y se los dió á comer ; y, conforme él comia, se lo quitaba ella de la boca y comia á su vez, como los pajari-

llos pequeñuelos comen del pico de la madre.

Miéntas que comían, y más que comían se acariciaban, se descubrió una barca de pescadores, que bogaba no léjos de la costa. No hacia viento; la calma era completa, y era menester remar. Los pescadores remaban con grande empuje para llevar fresco el pescado á gentes ricas de la ciudad. Lo que suelen hacer los marineros para engañar ó aliviar sus fatigas, lo hacian éstos también á par que remaban; uno de ellos llevaba la voz y entonaba un cantar marino, y los restantes, por marcados intervalos, unían en coro sus voces en consonancia con la del principal cantor. Cuando iban por alta mar, el canto se perdía en la extensión y se desvanecía en el aire; pero cuando doblaron la punta de un escollo y entraron en una ensenada profunda, en forma de media luna, oyó mejor la música y sonó más claro en tierra el estribillo de los navegantes. En el fondo de aquella ensenada habia una garganta ó estrechura de cerros, donde se colaba el són como en un cañuto; luégo, una voz imitadora lo repetía todo, ya repetía el ruido de los remos, ya repetía el cantar; y era cosa de gusto el oírlo, pues primero llegaba el són que venia directo de la mar, y el són que venia de la tierra llegaba más tarde. Dáfnis, que sabia lo que era aquello, sólo atendia á la mar; se embolesaba al ver la barca, que

más volaba que corría, y procuraba retener algo de aquéllos cantares para tocarlos luego en su flauta. Pero Cloe, que hasta entónces no había oído eso que llaman eco, ya miraba hácia la mar para ver á los que cantaban, ya se volvía hácia el bosque, buscando á los que respondían; y cuando pasó la barca y sobrevino silencio en la mar y en el valle, preguntó á Dáfnis si más allá del escollo había otra mar, y otra nave que bogaba, y otros marineros que cantaban, y por qué ya callaban todos. Dáfnis sonrió con dulzura; la besó con más dulce beso; ciñó á sus sienes la guirnalda de violetas, y empezó á contarle la fábula de Eco, no sin concertar ántes que ella le diese diez besos más en pago de la enseñanza.— «Hay, dijo, niña mía, muchas castas de Ninfas. Las hay de las praderas, de los bosques y de los lagos: todas bellas; músicas todas. Hija de Ninfa fué Eco; mortal, por serlo su padre; hermosa, cual de hermosa madre nacida. Las Ninfas la criaron. En tocar la flauta, en pulsar la lira y la cítara, y en toda clase de cantar, tuvo á las Musas por maestras. Así es que, cuando llegó á la flor de su mocedad, con las Ninfas danzaba y con las Musas cantaba; pero huía de todo varón, ya dios, ya hombre, por amor de la donceller. Pan se enfureció contra ella, envidioso de su música y desdeñado de su hermosura, é infundió su furor

en el alma de los pastores. Éstos, como perros ó lobos, la despedazaron mientras cantaba, y esparcieron por toda la tierra sus miembros, llenos de armonía. Y la tierra los escondió en su seno por complacer á las Ninfas, y dispuso que conservasen la virtud de cantar. Las Musas, por último, decretaron que lo imitasen todo en la voz, como la doncella hizo cuando vivía : hombres, dioses, instrumentos y fieras ; que imitasen, en suma, á Pan mismo cuando toca la flauta. Pan, apenas lo oye, brinca y corre por las montañas, no ya porque ame á la Ninfa, sino anhelando averiguar quién es su discípulo oculto. »

En premio de la historia, Cloe dió á Dáfnis, no sólo diez, sino muchos más besos; y Eco casi la repitió, como para dar testimonio de que no era mentira.

El sol calentaba más cada día, porque había pasado la primavera y empezaba el verano. Los pasatiempos de ambos eran propios de la nueva estación. Él nadaba en los ríos, ella se bañaba en las fuentes ; él tocaba la flauta á porfía con el viento que resonaba en los pinos, ella cantaba en competencia con los ruiseñores; ambos cogían saltamontes y parleras cigarras, formaban ramilletes de flores, sacudían los árboles ó trepaban á ellos y se comían la fruta. Al cabo se acostaban desnudos en una piel de cabra. Pronto Cloe

hubiera sido mujer, si la sangre no aterrara á Dafnis, quien, receloso con frecuencia de no ser dueño de sí, impedía á Cloe que se desnudara. Pasmábase ella, si bien por vergüenza no preguntaba la causa.

En aquella estacion se presentó para Cloe un enjambre de novios. De muchas partes acudían á Dryas, pidiéndosela por mujer; unos traían buenos presentes; otros los prometían mejores. Así fué que Napé, estimulada por las promesas, era de opinion de casar á Cloe cuanto ántes, y no guardar por más tiempo á mozueta ya tan granada, la cual, el día ménos pensado, perdería su doncellez en medio del campo y se casaría por manzanas y flores con un pastor cualquiera; que lo más conveniente sería hacerla pronto señora de su casa, aceptar los presentes, y guardarlos para el hijo legítimo de ellos, que no hacía mucho les había nacido. Dryas se dejaba vencer á menudo de tales razones, ya que le ofrecían prendas de más valer que las que suelen ofrecerse por una pobre zagala; pero, pensando luégo que la muchacha valía demasiado para casarse con un rústico, y que, si hallaba un día á sus verdaderos padres, éstos los harían dichosos á todos, se resistía siempre á responder, y así iba dando largas al asunto, no sin aprovecharse miéntras de no pocos presentes.

Al saber estas cosas tuvo Cloe gran pesar, si bien se le ocultó á Dáfnis por temor de affigirle. Viendo, no obstante, que él la importunaba con preguntas, y que ya estaba más triste de no saber nada que lo que pudiera estar de saberlo todo, se atrevió al fin á contárselo. Le habló de los novios, muchos y ricos; de las razones que daba Napé para apresurar la boda, y de que Dryas no mostraba oponerse, sino lo demoraba para las próximas vendimias. Dáfnis, con tales nuevas, estuvo á pique de perder el juicio; se echó por tierra, lloró, y afirmó que él se moriría si Cloe le faltaba, y no sólo él, sino también se morirían los carneros sin tal pastora. Despues, reflexionándolo mejor, cobraba ánimo y resolvía hablar al padre de ella y ponerse en la lista de los pretendientes, esperando vencerlos. Sólo una cosa le sobresaltaba: que Lamon no era rico. Esto debilitaba mucho su esperanza. Decidióse, con todo, á pedir á Cloe, y ella convino en que lo hiciese. Nada al principio se atrevió á decir á Lamon; pero, confiando más en Mirtale, le descubrió su amor y le dijo que quería casarse con Cloe. Mirtale lo participó todo á Lamon por la noche. Éste recibió con dureza la noticia y regañó á su mujer porque quería casar con una hija de pastores á un muchacho que había de tener grandes riquezas, si no mentían las prendas halladas, y que á

ellos, si venian á descubrirse los padres, los haria horros y dueños de mayores campos. Mirtale, temerosa de que Dáfnis, por despecho amoroso, y perdida toda esperanza de boda, osára darse muerte, alegó otros motivos ménos importantes que los que habia dado Lamón. «Somos pobres, le dijo, hijo mio, y necesitamos novia que más bien traiga algo que no que se lo lleve. Ellos son ricos, pero quieren novios ricos. Vé, no obstante; convence á Cloe, y haz que Cloe convenza á su padre, á fin de que no pidan mucho y te la den. Ella te ama, y sin duda gustará más de acostarse con un buen mozo pobre que no con un jinio rico.»

No esperaba Mirtale que Dryas diese nunca su consentimiento, disponiendo, como disponia, de más ricos novios, que le ofrecian buenos presentes. Dáfnis no tenia que argüir contra lo dicho por su madre; pero se afligió mucho, é hizo lo que suelen hacer los enamorados pobres: lloró, y pidió auxilio á las Ninfas. Ellas volvieron á aparecersele por la noche, mientras dormia, en la propia forma que la primera vez, y la mayor le dijo: «A otro dios incumbe tratar de tu boda con Cloe. Nosotras te daremos con qué ablandar á Dryas. La nave de los nancebos de Metimna, cuya amarra de mimbre se comieron tus cabras, se fué aquel dia muy lejos de tierra, empujada por

el viento; mas por la noche sopló viento contrario; alborotó la mar, y arrojó la nave contra unos altos peñascos. La nave pereció, y con ella cuanto encerraba, salvo una bolsa con tres mil dracmas, que con los restos de la nave trajo á la costa la onda, y está allí oculta entre algas, cerca de un delfin muerto, por lo cual nadie de los que pasan se ha aproximado, huyendo del hedor de aquella podredumbre. Vé allí; toma la bolsa, y dala. Así conviene, para acreditar, por lo pronto, que no eres pobre. Ya vendrá tiempo en que seas rico.

Dicho esto, desaparecieron las Ninfas en la noche. Cuando vino el dia, se levantó Dáfnis rebotando de gozo; llevó sus cabras al pasto con la mayor premura, y despues de besar á Cloe y de adorar á las Ninfas, se fué hácia la mar, como si quisiera ser rociado por las olas. Allí, por la orilla y sobre la arena, vagaba en busca de los tres mil dracmas. No empleó largo tiempo ni fatiga en hallarlos. El delfin no olia bien, y su podredumbre le dió en las narices y le guió por el camino hasta llegar al sitio indicado. Ya en él, apartó las algas y descubrió la bolsa llena de dinero. La recogió; la guardó en el zurrón; y ántes de irse, dió gracias por todo á las Ninfas y á la misma mar, pues, aunque cabrero, pareciale la mar más dulce que la tierra, desde que le ayudaba para conseguir casarse con Cloe.

Dueño de los tres mil draemas, nada creía que le faltaba ya. Se consideraba, no sólo más pudiente que los labriegos de por allí, sino más rico que todos los hombres. Se fué al punto donde estaba Cloe; le contó el sueño; le mostró la bolsa; le rogó que estuviese á la mira del ganado durante su ausencia, y corrió con gran dennedo en busca de Dryas, á quien halló en la era, trillando trigo con su mujer Napé, y á quien dijo estas valerosas palabras: — «Dame á Cloe por mujer. Yo sé tañer la zampoña con maestría, poder viñas y plantar árboles. Sé tambien arar la tierra y aventar la miés con el bieldo. En lo tocante á pastoreo, preguntale á Cloe. Cincuenta cabras me entregaron, y ya tengo doble número. He criado tambien grandes y hermosos machos, cuando ántes era menester llevar las cabras á que otros las padreasen. Soy muy mozo aún, vecino vuestro y de irrepreensible conducta. Me crió una cabra, como á Cloe una oveja. Si en todo esto me aventajo á los demas novios, en generosa largueza no he de quedarme tampoco atras. Ellos te dan tal ó cual cabra ú oveja, ó alguna yunta de bueyes con roña, ó acchaduras de trigo para mantener unas cuantas gallinas. Yo, en cambio, te doy estas tres mil monedas. Pero no se lo digas á nadie, ni á mi padre Lamón.» Y al dar el dinero, abrazó y besó á Dryas.

Éste y Napé, al recibir, sin esperarlo, tamaña suma, prometieron en seguida á Dáfnis que le darian á Cloe y que tratarian de persuadir á Lamón. Dáfnis se quedó con Napé, haciendo andar á los bueyes sobre la parva y desmenuzando espigas con el trillo, miéntras que Dryas, despues de guardar la bolsa y el dinero, se fué más que de priesa á ver á Lamón y á Mirtale, contra todo uso y costumbre, para pedirles al novio.

Hallábanse éstos midiendo cebada, que acababan de cribar, y lamentándose de que apénas habian cogido lo que sembraron. Dryas pensó consolarlos con asegurar que era general la mala cosecha, y luégo pidió á Dáfnis para marido de Cloe, diciendo que otros le daban mucho, pero que él preferia no tomar nada de Lamón y Mirtale, sino que se sentia inclinado á socorrerlos con su propia hacienda. «Ademas, añadió, los chicos han crecido viéndose siempre; cuidando del hato se han encariñado de manera que no es fácil separarlos, y ya están ambos en edad de dormir juntos.» Estas y otras razones, no ménos persuasivas, alegó Dryas, como quien habia tomado tres mil dracmas para persuadirlos.

Lamón no podia excusarse con la pobreza, porque los padres de la novia no le desdeñaban por pobre, ni con la poca edad de Dáfnis, que era ya un garzón muy apuesto. La verdad no queria

confesarla. No osaba decir que consideraba á Dáfnis mejor partido. Se calló, pues, por un rato, y al cabo respondió así: «Noble es vuestro proceder al dar á los vecinos preferencia sobre los extraños, y al poner por cima de la riqueza á la pobreza honrada. Que Pan y las Niñas os concedan en premio su amor. En cuanto á mí, no desecho ménos que vosotros la boda. Loco estaria yo si no descase amistad y unión con vuestra familia, cuando me hallo tan cerca de la vejez y necesito brazos y auxilio para mis faenas. De Cloe no hay más que pedir; linda zagala en la flor de su edad, y buena como pocas. Lo malo es que yo soy siervo, y de nada dispongo. Debo, pues, informar á mi amo para que dé su permiso. Diferamos la boda para el otoño. Para entónces dicen los que llegan de la ciudad que vendrá el amo por aquí. Para entónces serán marido y mujer; ámense entre tanto como hermanos. Entiende, con todo, ¡oh Dryas! que vas á tener un yerno que vale más que nosotros.» Dicho esto, le besó y le ofreció de beber, porque estaban ya en todo el fervor del mediodía, y le acompañó un buen trecho de camino, con mil atenciones y muestras de afecto.

No oyó en balde Dryas las últimas palabras de Lamón, y mientras caminaba, iba cavilando así sobre quién sería Dáfnis: «Le erió una cabra, cual si por él velasen los dioses. Es hermoso, y

en nada se parece á ese vejete chato y á esa mujerzuela pelona. Se proporcionó tres mil dracmas, y no hay zagal que logre reunir otros tantos púnétanos. ¿Le expondría álguien como á Cloe? ¿Le encontraría Lamon como yo la encontré, con prendas parecidas y á propósito para un futuro reconocimiento? ¡Oh venerando Pan y Ninfas muy amadas, permitid que así sea! Tal vez, si él descubre á sus padres, logrará que Cloe sea también reconocida por los suyos.»

Así iba Dryas discurriendo y soñando hasta que llegó á la era, donde esperaba Dáfnis, ansioso de oír las nuevas que traía. Dióle ánimo, llamándole yerno, le prometió que las bodas se celebrarían en el otoño, y le estrechó la mano en señal de que Cloe no sería de otro, sino suya. Más veloz que el pensamiento, sin comer ni beber, corrió Dáfnis en busca de Cloe. Estaba ella ordeñando y haciendo quesos, y él le anunció la buena nueva. De allí en adelante la besaba, sin recatarse, como á su futura; compartía sus afanes; recogía la leche en colodras; apretaba los quesos en zarzos, y ponía á mamar bajo las madres á cabritillos y corderos.

Después de cumplir bien con su oficio, los dos se bañaban, comían, bebían é iban á coger fruta en sazón. Había entónces grande abundancia de ella, por ser el momento más feraz del verano:

manzanas á manta, peras, acerolas y membrillos. Fruta había caida por el suelo ; otra, pendiente aún en el árbol ; la caída, más olorosa ; más lozana y fresca á la vista la que de las ramas colgaba. Esta relucia como el oro ; aquélla embriagaba con su olor, como el vino.

Entre los frutales se veia uno, tan esquilnado ya, que no tenía ni fruta ni hoja. Desnudas estaban todas sus ramas. Una manzana sola pendia aún en la cima, grande, hermosa, y venciendo á las demas en fragancia. Quizá quien hizo el esquilmo no se atrevió á subir tan alto para cogerla ; quizá la dejó por descuido ; quizá la bella manzana se guardaba allí para un pastor enamorado. Apénas la vió Dáfnis, quiso subir á alcanzarla. Cloe se opuso, pero él no hizo caso ; y desatendida ella, se fué con enojo donde estaba el rebaño. Dáfnis, en tanto, subió hasta alcanzar la manzana ; se la trajo á Cloe, y le dijo para quitarle el enojo.

« Esta manzana ¡ oh virgen ! es creacion de las Horas divinas : árbol fecundo le dió sustento ; el sol la maduró y sazonó ; nos la conserva la Fortuna. Ciego y necio hubiera sido yo si no la hubiera visto y si la hubiera dejado para que, ó bien viniese á caer por tierra, la pisotearsen las reses y la envenenasen los reptiles, ó bien permaneciese en la cumbre hasta que el tiempo la acabára, sin

más fin que admiracion estéril. Vénus recibió una manzana en premio de su hermosura. Toma tú ésta por galardón de igual victoria. Ambas son bellas, y de condicion semejante son vuestros jueces, pastor él, y yo cabrero.»

Esto dijo, y le echó la manzana en el regazo. No bien se acercó, le besó ella. Él no se arrepintió de la audacia de haber subido tan alto por un besó más rico que la manzana de oro.

LIBRO CUARTO.

Por aquel tiempo llegó de Mitilene un siervo, compañero de Lamón, á quien anunció que poco antes de la vendimia vendría el amo para ver qué daños había causado en sus tierras la incursión de los metimneos. Y como ya iba yéndose el verano, y el otoño se venía encima, Lamón se afanó por disponer un recibimiento en el que todo fuera grato á los ojos. Limpió las fuentes para que el agua corriese pura y cristalina; sacó el estiércol de establo y corrales para que no molestara su mal olor, y aderezó el huerto para que pareciese más ameno.

El huerto era de suyo lindísimo y digno de un rey. Medía en longitud más de un estadio; estaba en una altura, y contenía sobre cuatro yugadas de tierra. Semejaba extenso llano, y había en él toda clase de árboles: manzanos, arrayanes, perales, granados, higueras y olivos. En algunos puntos la vid trepaba á los árboles, y, enlazada

á ellos, lucia sus frutos en competencia con manzanas y peras. Esto en cuanto á los frutales; pero tambien habia allí árboles selváticos y de sombra, como cipreses, laureos, adelfas, plátanos y pinos; en todos los cuales, en vez de la vid, se entrelazaba la hiedra, cuyos corimbos, que eran grandes y negreaban ya, remedaban racimos de uvas. Las plantas que daban fruta estaban en el centro, como para mayor defensa; las estériles, en torno, como muralla. Lo rodeaba y amparaba todo una débil cerca ó vallado. No habia cosa que no estuviese con cierto orden y primor. Los troncos, separados de los troncos, y en lo alto, mezclándose las ramas y confundiéndose el follaje. Diríase que el arte se habia esmerado á porfía con la naturaleza. Habia, en cuadros y eras, multitud de flores, que la tierra daba de sí sin cultivo, ó que la industria cultivaba: rosas, azucenas y jacinthos, criados por la mano del hombre; violetas, correjíuelas y narcisos, espontáneamente nacidos. Allí habia, en suma, sombra en estío, flores en primavera, frutos en toda estacion, y los más deliciosos y exquisitos en otoño. Desde allí se oteaba la ancha vega, y se contemplaban pastores y ganados, y se descubria la mar, y se veian los que por ella iban navegando, lo cual no era pequeña parte de los gustos con que brindaba aquel huerto. En el centro mismo, así de lo largo como

de lo ancho, se levantaban un templo y un ara de Baco; el ara, revestida de hiedra, y de pámpanos el templo, por fuera. La historia del dios estaba dentro pintada: Semele, pariendo; Ariadna, dormida; encadenado, Licurgo; despedazado, Penteo; vencidos, los indios; los tirrenos, transformados. Por donde quiera, los Sátiros; por donde quiera, las Bacantes, que danzaban. Ni faltaba allí Pan, quien, sentado sobre una piedra, tañía la zampoña, y daba el mismo són y compas al pisoteo de los Sátiros en el lagar y al baile de las Ménades.

Tal era el huerto que Lamón se afanaba por cuidar, podando las ramas secas y enredando en festones la vid á los árboles. A Baco le coronaba de flores. Derivaba sin dificultad el agua por las limpias acequias. Había una fuente, que Dáfnis había descubierto, la cual regaba las flores. Llamábanla fuente de Dáfnis. Lamón, por último, encomendó á éste que engordase las cabras lo más que pudiera, porque el amo, que no había venido en tanto tiempo, iba ahora á verlo todo.

Muy confiado estaba Dáfnis en que alcanzaria grandes elogios por las cabras. Las tenía en doble número de las que le habían entregado; el lobo no se había llevado ninguna, y todas estaban más lúcias y medradas que las ovejas. Deseoso, no obstante, de hacerse propicio al amo para

que consintiese en la boda, ponía el mayor cuidado y solicitud en llevar á pacer las cabras apénas amanecía, y en volver al aprisco tarde. Dos veces al día las llevaba á beber, y siempre buscaba para ellas los mejores pastos. Se procuró barreños y tarros nuevos, muchas colodras y zarzos más capaces. Y llegó á tal punto su esmero, que barnizó con aceite los cuernos á las cabras, y al pelo le sacó lustre. Al ver cabras tan compuestas, las hubiera tomado cualquiera por el propio sagrado rebaño del dios Pan. Compartía Cloe estos afanes con Dáfnis, y, descuidadas sus ovejas, sólo á las cabras atendía, de suerte que imaginaba Dáfnis que, por emplearse en ellas Cloe, se ponían tan hermosas.

Atareados andaban en esto, cuando llegó de la ciudad segundo mensajero con órden de vendimiar cuanto ántes. Él debía quedarse allí hasta que las uvas se hicieran mosto, y entónces volver á la ciudad para acompañar al amo, que no vendría hasta el fin del otoño. A este mensajero, que se llamaba Eudromo, porque su oficio era correr, le trataban todos con la mayor consideracion. Entre tanto cogieron las uvas, las acarrearón al lagar, y echaron el mosto en las tinajas, no sin dejar en las cepas los racimos más gruesos, á fin de que los que iban á venir disfrutasen algo y tuviesen cierta idea de la vendimia.

Cuando Eudromo preparaba su regreso á la ciudad, Dáfnis le hizo cuantos regalillos podian esperarse de un cabrero; le dió quesos bien cuajados, un cabrito recién nacido y una blanca piel de cabra, de pelo largo, para que se abrigase durante el invierno en sus caminatas. Eudromo quedó harto pagado del obsequio, y prometió á Dáfnis decir de él al amo mil cosas buenas. So fué, pues, á la ciudad muy amigo de Dáfuis.

Se quedó éste receloso y asustado. Y no era menor el miedo de Cloe, porque él era un muchachuelo, sólo acostumbrado á ver cabras y risecos y á tratar con gente rústica y con Cloe, y ahora tenía que ver al señor, de quien ignoraba antes hasta el nombre. Todo se le volvía cavilar cómo se acercaría al señor y le hablaría; y su corazón se azoraba al pensar en que la boda pudiera desvanecerse como un sueño. De aquí que los besos fuesen más frecuentes, y los abrazos más largos y apretados; pero se besaban con timidez y se abrazaban con tristeza y á hurtadillas, como si el amo estuviera allí y pudiera verlos.

En medio de estas desazones tuvieron un disgusto más grave. Un vaquero de aviesa condición, llamado Lámpis, había pedido á Dryas la mano de Cloe, y le había hecho muchos regalos á fin de que conviniese en el casamiento. Sabedor Lámpis de que Dáfuis la tendría por mujer, si no

se oponía el amo, buscó trazas de enemistarle con él; y, como lo que más le agradaba era el huerto, resolvió afearle y destrozarle. Si se ponía á talar el arbolado, podrian oír el ruido y sorprenderle, y así prefirió arrancar las flores. Guarecido, pues, por la oscuridad de la noche, saltó por cima de la cerca, arrancó unas plantas y quebró otras, y holló y pisoteó las demas, como los cerdos. Despues se fugó con cautela y sin que le viesen.

No bien vino el dia, entró Lamon en el huerto para regar las flores con el agua de la fuente, y al ver aquella desolacion, que no la hubiera hecho más cruel un ladron foragido, se desgarró el sayo y puso el grito en el cielo, con tal furor, que Mirtale, soltando la hacienda que traía entre manos, y Dáfnis, abandonando las cabras que llevaba á paecer, acudieron á saber lo que pasaba. Al saberlo, gritaron tambien y se echaron á llorar. Y no era maravilla que, temerosos del enojo del señor, hiciesen aquel duelo por las flores. Un extraño, si hubiera pasado por allí, hubiera llorado como ellos. Aquel sitio habia perdido su gracia y su adorno. No quedaba sino fango y broza. Si alguna flor se habia salvado de la injuria, resplandecía aún y estaba hermosa, aunque mustia y tronchada. Las abejas revolaban en torno, y sonaba á lamentacion su incesante susurro.

Lamon decia, lleno de angustia: «¡Ay de mis

rosales, que me los han roto! ¡Ay de mis violetas pisoteadas! ¡Ay de mis jacintos y narcisos, arrancados de raíz por algun mal hombre! Vendrá la primavera, y no renacerán mis flores; vendrá el verano, y no desplegarán su pompa y lozania; vendrá el otoño, y nadie hará con ellas guirnaldas y ramilletes. Y tú, señor Baco, ¿por qué no tuviste piedad de las infelices, entre las que habitabas, á las que veías, y con las que te coroné tantas veces? ¿Con qué cara enseñaré ahora el huerto al amo? ¿Qué dirá al verle? Sin duda mandará ahorcar de un pino á este viejo sin ventura, como ahorcaron á Marsyas. ¿Y quién sabe si no ahorrarán conmigo á Dáfnis, creyendo que por descuido suyo hicieron el destrozo las cabras?»

Con tales lamentaciones se acongojaban más y más, y no lloraban por las flores, sino por ellos mismos. Cloe sollozaba y gemía como si Dáfnis hubiese de ser ahorcado; pedia al cielo que el señor ya no viniese, y pasaba dias amargos imaginando que por lo ménos azotarían á su amigo.

Aquella noche llegó Eudromo con la noticia de que el señor mayor sólo tardaría ya tres dias en venir, y de que su hijo estaria allí al dia siguiente. Se pusieron entónces á discurrir cómo salir de aquel apuro, y pidieron consejo á Eudromo, el cual tenía buena voluntad á Dáfnis, y fué de pa-

recer que declarasen primero al señor mozo lo que habia pasado, pues él prometia interceder en favor de ellos, ya que dicho señor le queria y estimaba por ser su hermano de leche. Ellos convinieron en hacerlo así.

Al siguiente dia, el señor mozo, que se llamaba Astilo, llegó á caballo, en compañía de su parásito Gnaton. Éste afeitaba sus barbas hacía no pocos años. Astilo era un mancebo barbiponiente. Lamon, seguido de Mirtale y de Dáfnis, se prosternó á los piés del amo mozo, y le rogó se compadeciese de un viejo infortunado y le salvase de la ira de su padre, pues él de nada tenía culpa. Luégo le contó el caso sin rodeos. Astilo tuvo piedad del suplicante; fué al huerto; vió el estrago causado en las flores, y prometió que, para disculpar á Lamon y á Dáfnis, supondría que sus caballos se habian desatado del pesebre, pisoteándolo todo, desgajándolo y arrancándolo. Lamon y Mirtale, consolados con esto, colmaron al jóven de bendiciones, y Dáfnis además le hizo varios presentes: chivos, quesos, racimos con pámpanos aún, nidos de pájaros y manzanas con rama y hojas. Sobresalía entre estos presentes el vino de Lésbos, que huele á flores, y es el más grato al paladar de cuantos se beben. Astilo encareció la bondad de todo, y se fué á cazar liebres, como mancebo rico, que sólo pen-

saba en divertirse, y que había venido al campo á disfrutar de nuevos placeres.

Gnaton, por el contrario, no hallaba placer sino en la comida y en beber hasta emborracharse; era como un sumidero, todo gula, y todo lascivia y pereza. Así fué que no quiso ir á cazar con Astilo, y para entretener el tiempo, bajó hácia la playa, donde se encontró á Dáfnis guardando su ganado. Junto á Dáfnis, estaba Cloe, hermosa como nunca. La vió Gnaton, y quedó al punto prendado de ella. Pensó que en la ciudad no había visto jamas más linda moza. Dáfnis, á quien apenas apuntaba el bozo, y que parecía más niño y más dulce aún de lo que era, no infundió el menor respeto al parásito. Y como la zagala era sencilla y humilde, juzgó fácil empresa deslumbrarla y lograrla. A este fin, empezó por elogiar sus ovejas; luégo la elogió á ella; luégo trató de alejar á Dáfnis, y no pudo conseguirlo; y, por último, movido de una pasión que á los más cuerdos roba la prudencia, tomó á Cloe entre sus brazos y la besó repetidas veces, aunque ella se resistía. Dáfnis acudió á interponerse, y se interpuso entre ambos cuando Gnaton queria renovar los besos, haciendo poca cuenta de quién se le oponia, y creyéndole débil, ó tan respetuoso, que el respeto le ataria las manos. Por dicha no fué así; Dáfnis rechazó á Gnaton con tremendo brío,

y como Gnaton, según su costumbre, estaba borracho y poco firme sobre sus piernas, dió consigo en el suelo cuan largo era, donde Dáfnis, ciego de cólera, le pateó á su sabor y con alguna saña. Viendo despues que el vencido y pateado no bullia, Dáfnis tuvo miedo de su proeza y echó á huir, seguido de Cloe, dejando abandonado el bato.

Con la afrenta y el dolor se le disiparon un poco á Gnaton los vapores del vino; calculó que era muy ridículo quejarse y contar lo que habia ocurrido, y determinó callárselo; pero, más empeñado que ántes en conseguir su propósito, resolvió pedir á Astilo, que nada le negaba, que se llevase á Dáfnis á la ciudad, y quedase él luego algun tiempo en aquel campo, donde ya sin estorbo podria lograr á Cloe. Por lo pronto, sin embargo, no pudo Gnaton hallar momento oportuno de hacer su peticion. Dionisofanes y su mujer Clearista acababan de llegar, y todo era ruido y alboroto de caballerías y criados, de hombres y mujeres. Gnaton tuvo tiempo de preparar un elegante y prolijo discurso, en que pintaba á Astilo su amor á fin de conmooverle.

Dionisofanes tenía ya entrecanos barba y cabellos, pero era un señor alto y hermoso, y tan robusto, que daria envidia á los mancebos. Era además rico como pocos, y muy digno y respetable.

Lo primero que hizo, el día en que llegó, fué sacrificar á los dioses que gobiernan las cosas campestres : á Cérés, á Baco, á Pan y á las Ninfas. Luego dió un banquete á todas las personas que estaban allí. En los días siguientes inspeccionó los trabajos de Lamón. Y habiendo visto en los campos los hondos surcos del arado, la lozanía de pámpanos en las viñas, y el huerto tan ameno (pues en lo tocante al estrago de las flores Astilo tomó para sí la culpa), se alegró mucho, alabó á Lamón y le prometió la libertad.

Después de esto, fué á ver las cabras y á ver al cabrero que las cuidaba. Cloe se escondió entre la arboleda, temerosa y avergonzada de aquel genio. Dáfnis quedó solo, y se mostró revestido de una peluda piel de cabra y llevando un zurrón flamante al hombro, en la mano izquierda quesos recién enajados, y en la derecha dos cabritillos de leche. Ni Apolo, cuando estuvo de pastor al servicio de Laomedonte, apareció tal como entonces apareció Dáfnis, quien, lleno de rubor, sin hablar palabra y los ojos inclinados al suelo, presentó sus dones. Lamón dijo : « Éste ¡ oh señor! es tu cabrero. Me entregaste cincuenta cabras y dos machos, y él las ha aumentado hasta ciento. Mira qué gordas y lúcias están ; qué pelo tan largo y espeso, y qué cuernos tan enteros y sanos ! Estas cabras, además, han aprendido la

música, y al són de la zampoña lo hacen todos.

Clearista, que estaba allí presente, deseó ver aquella habilidad de las cabras, y mandó á Dáfnis que tañese la zampoña como solia, ofreciendo en premio, si lo hacía bien, regularle camisa, un sayo y un par de zapatos. Dáfnis al punto puestos todos en cerco en torno de él, y de pié á bajo la copa del haya, sacó la zampoña del zarron, y apénas la hizo sonar un poco, las cabras se pararon atentas y levantaron las cabezas. Después tocó el toque del pasto, y las cabras bajaron las cabezas y pacieron. Dió en seguida la zampoña un són blando y suave, y las cabras se echaron. Luégo fué agudo el són, y las cabras huyeron al soto como perseguidas por un lobo. Tocó, por último, llamada, y, saliendo del soto, las cabras todas corrieron á echarse á sus piés. Nadie vió jamas siervo alguno que obedeciese más listo á una señal de su amo. De aquí que todos los circunstantes se quedaron pasmados, y sobre todo Clearista, la cual juró que daría más de lo ofrecido á aquel cabrero tan músico y tan guapo. Después todos se fueron á la quinta y comieron, y enviaron á Dáfnis de la comida de los señores. Él la compartió con su zagala, muy complacido de probar los manjares de la ciudad, y con grandes esperanzas de lograr el permiso de los amos para su casamiento.

Gnaton, entre tanto, más obstinado aún en su amor, á pesar de la pateadura, y creyendo que su vida sin Cloe sería amarga y sin objeto, se aprovechó de un instante en que Astilo se paseaba en el huerto á sus solas ; le llevó al templo de Baco y le besó las manos y los piés. Astilo le preguntó por qué hacía tales extremos ; le mandó que se explicase, y juró darle auxilio en su cuita. « Ya se perdió y pereció Gnaton, mi amo, dijo Gnaton entónces. Yo, que hasta aquí no amaba más que una buena mesa, y nada hallaba más lindo y apetitoso que el vino añejo, y estimaba á tu cocinero más digno de adoracion y de afecto que á todas las muchachas de Mitilene, sólo juzgo ahora digna y amable á la zagala Cloe. Yo me abstendria de comer todos los delicados manjares que de ordinario se sirven en tu casa, carnes, pescados, bollos y confites de miel, y convertido en cordelito, me alimentaria de la hierba, dejándome guiar por la voz de Cloe y por su cayado. Salva á tu Gnaton ; vence su amor invencible. De lo contrario, lo juro por el dios de mi mayor devocion, agarro un cuchillo, me lleno bien la panza de comida, me mato á la puerta de Cloe, y no tendrás á quién llamar Gnatoncillo, jugando y burlando, como es tu costumbre. »

No pudo aquel magnánimo mancebo, que ademas conocia lo que son penas de amor, ver sin

piedad las lágrimas de Gnaton, que de nuevo le besaba los piés. Prometióle, pues, que pediría á Dáfnis á su padre y que se le llevaría á la ciudad como criado, dejando á Cloe sin aquel estorbo, á fin de que Gnaton la tuviese á todo su talento. Deseoso luego Astilo de embromar á Gnaton, le preguntó, riendo, si no le daba vergüenza de amar á una rústica y de acostarse con una zagala que por fuerza habia de oler picaramente. Pero Gnaton, que habia aprendido en los banquetes de mozos alegres y enamorados cuanto hay que saber y decir en la materia, contestó, defendiéndose: «El que ama, señor mio, no repara en nada de eso. No hay en el mundo objeto que no pueda inspirar una pasión, con tal de que en él resplandezca la hermosura. Ha habido amadores de una planta, de un río y de una fiera. ¿Y quién más digno de lástima que el amador á quien infunde miedo el amado? En cuanto á mí, si la que amo es por la suerte de servil condicion, por la belleza es y puede ser señora. Sus cabellos son rubios como las espigas granadas; sus ojos brillan bajo las cejas como piedras preciosas en engaste de oro; su cara está teñida de suave rubor, y en su fresca boca se ven dientes como el marfil de blancos. ¿Quién tan insensible al amor, que no anhele besar tal boca? En esto de amar á las pastoras y gente del campo, ¿qué hago yo más que imitar á

las deidades? Vaquero fué Anquises, y Vénus le tomó para querido. Pítis, amada de Pan y de Bóreas, y Maya misma, tan amada de Júpiter, ¿eran al cabo más que pastoras? No menospreciamos á Cloe porque lo es, sino demos gracias á los dioses de que, enamorados de ella, no nos la roban y se la llevan al cielo.»

Astilo rió y celebró este discurso, diciendo que Amor hacía á los grandes oradores. Luégo trató de hallar ocasion en que pedir á su padre que le diese á Dáfnis para criado.

Eudromo habia estado escondido, oyendo toda la conversacion, y como queria á Dáfnis y le tenia por excelente mozo, se affligió mucho de que la gentil zagala viniese á ser ludibrio de aquel borracho, y fué al punto á contárselo todo á Lamou y al mismo Dáfnis. Consternado éste, pensó en huir robando á Cloe ó en matarla y matarse; pero Lamou, llamando á Mirtale al patio, le dijo: «Estamos perdidos, mujer. Llegó ya la ocasion de revelar lo que tenemos oculto. Queden singuia las cabras y quedémonos sin apoyo; pero, por Pan y por las Ninfas, aunque yo me trueque en buey atado al pesebre, no me callaré sobre la condicion de Dáfnis, sino que referiré cómo fué hallado y alimentado, y mostraré las prendas que estaban expuestas junto á él. Es menester que sepa Gnaton quién es el mozo de cuya novia quiere burlarse. Tú, tén prontas las se-

fiales de reconocimiento.» Dichas estas palabras, ambos entraron de nuevo en la habitación.

Habiendo hallado Astilo propicio á su padre, le pidió que le dejase llevar á Dáfnis á Mitilene, asegurando que era un gallardo mancebo, más propio para la ciudad que para el campo, y que pronto aprendería á servir bien y á tener modales urbanos. Accediendo gustoso el padre, llamó á Lamón y á Mirtale, y les dió como buena nueva la de que Dáfnis, en vez de estar al servicio de las cabras, iba á entrar en el de su hijo. En cambio del cabrero que les quitaba, les ofreció, por último, dos cabreros. Entónces Lamón, cuando ya todos los criados habían acudido y se alegraban de tener tan gentil compañero, pidió licencia para hablar, y habló de esta suerte : « Escucha ¡oh señor! la verdad misma de los labios de este virgo. Juro por Pan y por las Ninfas que *no te engañaré en nada*. Yo no soy el padre de Dáfnis, ni tuvo Mirtale la dicha de ser madre suya. Otros padres le expusieron cuando pequeño, por tener ya, sin duda, hijos de sobra. Yo le encontré abandonado y tomando la leche de una cabra, á la cual, cuando murió de muerte natural, dí sepultura cerca del huerto, con el amor que se debe á quien hizo tan bien el oficio de madre. Yo encontré, además, con el niño ciertas alhajas, que pueden servir en su día para recono-

cerle. Confieso, señor, que conservo aún dichas alhajas. Por ellas se verá que Dáfnis es de clase superior á la nuestra. No creas, sin embargo, que me duele que Dáfnis sea criado de tu hijo; sería un galan servidor para dueño no ménos galan. Lo que me duele, y lo que no puedo tolerar, es que todo se haga por un liviano antojo de Gnaton y por sus dañados propósitos.»

Dicho esto, Lamon se calló y derramó abundantes lágrimas. Gnaton, envalentonado, le amenazó con una paliza; pero Dionisofanes, pastuado de lo que acababa de oír, impuso silencio á Gnaton, arqueando las cejas y mirándole foseo; luégo interrogó á Lamon, y le mandó que dijese la verdad, y que no procurase oponerse con embustes á la voluntad de su hijo. Lamon se sostuvo en lo dicho, lo juró por todos los dioses, y pidió que le diesen tormento si mentía. Llegó en esto Cleoristo, y no bien averiguó lo que pasaba, «¿por qué, dijo, habia de mentir Lamon? ¿No le dan dos cabreros en vez de uno? ¿Cómo ha de inventar un rústico tan sutil patraña? Por otra parte, ¿no es increíble que de tan pobre viejo y de tan ruin madre haya nacido tan hermoso muchacho?» Decidieron, pues, no engolfarse en más conjeturas, sino ver y examinar las prendas, por si denunciaban, en efecto, la superior condicion que Lamon presumia.

Mirtale fué al punto á sacarlas de un viejo zurrón en que las tenía guardadas. Cuando las trajo, el primero que las vió fué Dionisofanes. Al mirar la mantilla de púrpura, la hebilla de oro y el puñalito con puño de marfil, dió un grito, exclamando: «¡Oh señor Júpiter!», y llamó á su mujer para que examinase aquellas prendas. Ésta, no bien las hubo mirado, exclamó de la misma manera: «¡Oh queridas Parcas! ¿No son éstas las prendas que expusimos con nuestro propio hijo cuando le enviamos con la sierva Sofrosina para que le abandonase en el campo? No son otras; son éstas, marido. El muchacho es nuestra sangre. Hijo tuyo es el que guarda tus cabras.»

Mientras ella hablaba así, y Dionisofanes besaba las prendas del reconocimiento, llorando de puro gozo, Astilo se enteró de que Dáfnis era su hermano; se desembarazó de la capa y dió á correr por el huerto para ser el primero en abrazarle. Al ver Dáfnis que venía en pos de él tanta gente corriendo y llamándole por su nombre, pensó que querían prenderle; tiró al suelo el zurrón y la zampona, y huyó hácia la mar, resuelto á arrojarse en ella desde lo alto de una roca. Y de seguro lo hubiera hecho, siendo así, por extraño caso, tan pronto hallado como perdido, si Astilo, recelando su intento, no le gritase otra vez: «Tente, Dáfnis, y no temas. Yo soy tu hermano. Soy

tus padres los que hace poco eran tus amos. Lammon nos contó lo de la cabra y nos enseñó las prendas. Vuélvete y mira qué alegres y risueños estamos. Bésame á mí primero. ¡Juro por las Ninfas que no te engaño!»

Paróse Dáfnis al oír este juramento, y Astilo le alcanzó y le estrechó en sus brazos. Despues acudió multitud de criados y de criadas, y, por último, llegaron el padre y la madre. Todos le abrazaron y le besaron con lágrimas de contento. Él, por su parte, estuvo cariñoso con todos, y en particular con su madre y su padre; á quienes, como si de antiguo los conociese, estrechaba contra su seno, sin hartarse de abrazarlos; tan rápida y poderosa impone naturaleza su ley. Casi se olvidó Dáfnis por un instante de Cloe.

Con esto se le llevaron á la quinta y le dieron, para que se vistiese, un costoso vestido nuevo. Sentándose despues con Astilo al lado de su padre, le oyó decir estas razones: «Yo, hijos míos, me casé muy temprano, y á poco fui padre, segun yo pensaba, muy dichoso. Primero tuve un hijo, luégo una hija, y Astilo fué el tercero. Estos tres eran los que convenian para mi casa y mi hacienda. Vino este otro despues de todos, y tuve que exponerle. No se expusieron, á la verdad, estas prendas como señales para reconocerle más tarde, sino como ornamento de su sepulcro.

La fortuna lo dispuso de otra manera. Mi hijo mayor, y tambien mi hija, murieron ambos de la misma enfermedad y en el mismo dia. Tú, Dáfnis, por la providencia de los dioses, te has salvado para que yo tenga en la vejez doble apoyo. No me aborrezcas por haberte expuesto. Muy á despecho mio lo hice. Y tú, Astilo, no te aflijas de contar ahora sólo con parte cuando contabas con toda la herencia. El mayor bien para un hombre discreto es un buen hermano. Amaos, pues, mis hijos; y en cuanto á los bienes, nada tendréis que envidiar á los príncipes. Ambos poseeréis pingües fincas y siervos ágiles, y oro y plata, y todas aquellas cosas que poseen los ricos y poderosos. Mas desde luego doy á Dáfnis este campo, en que se ha criado, con Lamón y Mirtale, y con las cabras de que él mismo ha sido pastor.»

Apénas acabó dichas palabras, Dáfnis se levantó y dijo: «En buena ocasion me lo traes á la memoria, padre mio. Voy á llevar á beber á las cabras, que aguardan sedientas el són de mi zampoña, miéntras que estoy aquí sentado.» Todos rieron de que, habiendo llegado á ser señor, quisiese ser cabrero todavía, y enviaron á un nuevo cabrero á que cuidase de las cabras. Sacrificaron despues á Júpiter Salvador y dispusieron un banquete. A este banquete, el único que faltó fué Gnaton, el cual, lleno de miedo, se pasó el dia

y la noche en el templo de Baco, orando y haciendo penitencia.

Pronto cundió la fama por todas partes de que Dionisofanes habia hallado á su hijo, y de que el cabrerillo Dáfnis se habia cambiado en señor terrateniente, y de acá y de acullá acudieron los rústicos á felicitar al mozo y á traer presentes á su padre. Entre ellos vino Dryas, el padre adoptivo de Cloe. Dionisofanes los detuvo á todos para que participasen del regocijo y de la fiesta. De antemano se habia preparado vino en abundancia, mucho pan, chochas y patos, lechoncillos y gran variedad de tortas y confites de miel. Se mataban, ademias, no pocas víctimas á los dioses tutelares de aquellos sitios. Dáfnis, en tanto, reunió todos sus trastos pastoriles para repartirlos como ofrenda entre los dioses. Consagró á Baco el zurrón y el pellico; á Pan, el pífano y la zampoña, y á las Niufas, el cayado y los dornajos y colodras, que él mismo habia hecho; pero la vida de la primera juventud es áun más grata que la riqueza, y Dáfnis se apartaba con lágrimas de cada uno de estos objetos. No ofreció las colodras, sin ordeñar ántes las cabras; ni el pellico, sin ponérsele por última vez; ni la zampoña, sin tañerla. Todo lo besó; habló con las cabras, y llamó por sus nombres á los machos. Bebió, por último, en la fuente, donde tantas veces habia bebido con

Cloe; pero no se atrevió á hablar aún de su amor, aguardando ocasion propicia.

Miéntas Dáfnis andaba en tales sacrificios, Cloe, solitaria y llorosa, estaba sentada viendo pacer su ganado y se lamentaba de esta suerte: «Dáfnis me olvida. Sin duda piensa ya en una novia rica. ¿Por qué exigí que jurase, no por las Ninfas, sino por las cabras? Las abandona como á mí. Ni al hacer ofrendas á Pan y á las Ninfas descó ver á Cloe. Tal vez halló más bonitas que yo á las criadas de su madre. Adios, Dáfnis, y sé dichoso. Yo no viviré.»

Exhalando estaba Cloe estas sentidas quejas, cuando el vaquero Lámpis, acompañado de algunos labriegos, vino á robarla, creyendo que Dáfnis ya no se casaria con ella, y que Dryas consentiria luégo en dársela á él. La cuitada, resistiéndose al raptó, daba lastimeros gritos, y álguien que la oyó, fué á decírselo á Napé. Napé se lo dijo á Dryas, y Dryas á Dáfnis. Éste, fuera de sí, sin atreverse á decir nada á su padre, y no pudiendo, con todo, tolerar aquella injuria, salió del huerto, diciendo: «¡Mal haya el reconocimiento de mi padre! ¡Cuánto más valiera seguir de pastor! ¡Cuánto más feliz era yo cuando siervo! Entónces veia á Cloe. Ahora Lámpis la roba, se la lleva, y esta noche dormiré á su lado. Y yo como y bebo y me deleito. En vano juré por Pan, por las Ninfas y por las cabras.»

Gnaton, que estaba oculto en el templo de Baco, oyó estas lamentaciones de Dáfnis, y juzgando oportuna la ocasión de ganarse su voluntad y de conseguir que le perdonara, salió de su escondite y dijo á Dáfnis que él era allí el amo y que podía disponer de los criados para cualquiera empresa. Llamando entónces Dáfnis á algunos de los que servían á Astilo, se fué con ellos y con Gnaton á casa de Lámpis con tal diligencia y prontitud, que le sorprendió cuando acababa de llegar con Cloe, y la sacó por fuerza de entre sus manos, dando de palos á los rústicos que habian concurrido al robo y queriendo llevar cautivo á Lámpis, que logró fugarse.

Dáfnis perdonó á Gnaton, y le concedió su amistad despues de tan buen consejo y auxilio; y libertada ya Cloe, convino con ella en callar aún lo de la boda, en verse de oculto, y en que Dáfnis descubriese sólo su amor á su madre. Pero Dryas no lo consintió, y halló más conveniente decirselo *todo al padre*, confiado en que le persuadiria. Al dia siguiente, pues, se echó en el zurrón las prendas de reconocimiento, y se fué en busca de Dionisofanes y de Clearista, á quienes halló sentados en el huerto. Astilo y el propio Dáfnis estaban tambien allí. En silencio todos, habló Dryas de esta manera: « Igual necesidad que á Lamón me manda descubriros un secreto

que he guardado hasta ahora. Ni yo he engendrado á la zagala Cloe, ni he sido el primero en sustentarla. Otro fué su padre, y yo la encontré en la gruta de las Ninfas, alimentada por una oveja. Maravillado del hallazgo, tomé conmigo á la niña y la crié en mi casa. Testimonio de la verdad de lo que digo da su propia hermosura, en nada semejante á nosotros. Testimonio dan tambien estas prendas, más ricas que las que suelen tener los pastores. Vedlas, y buscad á los padres de la doncella, quien tal vez os parezca un dia digna consorte de Dáfnis.»

No sin intencion dejó escapar Dryas estas últimas palabras. Dionisofanes no las oyó en balde tampoco, sino que, dirigiendo la mirada hácia Dáfnis, y advirtiendo que se ponía pálido y que no acertaba á ocultar el llanto, comprendió que tenía amores con Cloe. Y con la solicitud que hubiera tenido por su propia hija, y no por una extraña, examinó atentamente las razones del viejo.

Vió tambien las prendas, es á saber, las chinelas, la toquilla y las ajorecas, y luégo hizo venir á Cloe á su presencia, y la exhortó á que se alegrase, pues ya tenía marido, y pronto hallaría tambien á su padre y á su madre. Por último, Clearista se llevó consigo á la doncella y la aderezó y compuso como si fuese mujer de su hijo.

Dionisofanes, apartándose á un lado con Dáf-

nis, le preguntó en confianza y con sigilo si Cloe conservaba aún la doncelléz. Dáfnis juró que no había pasado del beso, del abrazo y de las mutuas promesas, con lo cual se holgó el padre, y les dijo que se pusieran á comer con él.

Allí se hubiera podido aprender cuánto el adorno realza la hermosura, porque Cloe, bien vestida, graciosamente peinado y trenzado el cabello, y recién lavada la cara, parecía más bella que nunca, tanto, que el propio Dáfnis apenas la reconocía. Jurára cualquiera, sin ver otras prendas y señales, que no era Dryas el padre de tan gallarda moza. Dryas, no obstante, estaba en el festín con Napé, y tenían por compañeros en el mismo lecho á Lamon y á Mirtale.

Pocos dias despues se hicieron sacrificios á los dioses y ofrendas por amor de Cloe, y ella les consagró sus baratijas pastoriles: flauta, zurrón, pellico y colodras. Vertió, ademas, vino en la fuente de la gruta, porque allí encontró amparo; adornó con flores el sepulcro de la oveja, que le mostró Dryas; volvió aún á tocar la flauta para alegrar el ganado, y á las propias Niufas les dió música, pidiéndoles que parecieran pronto sus padres, y que fueran dignos de la alianza con Dáfnis.

Despues que se hartaron de diversiones campesinas, decidieron volver á la ciudad, á fin de bus-

car á los padres de Cloe y no retardar más su boda con Dáfnis. Muy de mañana cargaron el equipaje, y dieron á Dryas tres mil dracmas, y á Lamón la mitad de las mieses y de la vendimia de aquellos campos, las cabras y los cabreros, cuatro yuntas de bueyes, buenos pellicos para el invierno, y la libertad de su mujer. Se fueron, por último, á Mitilene con mucho aparato y pompa de carros y de caballos.

Como llegaron muy de noche á la ciudad, nadie se enteró de lo ocurrido; pero al día siguiente se reunió á las puertas de Dionisofanes gran multitud de hombres y de mujeres; ellos, para felicitarle por haber hallado á su hijo, sobre todo viéndole tan guapo mozo, y las mujeres para holgarse con Clearista de que habia logrado á la vez hijo y nuera. Cloe las sorprendió á todas por su rara hermosura, que les pareció sin par. En suma, nadie hablaba en la ciudad sino del muchacho y de la zagala, augurando mil venturas de su enlace. Rogaban tambien á los dioses que Cloe hallase padres dignos de su beldad, y hubo no pocas mujeres ricas que de buena gana hubieran pasado por madres de hija tan hermosa.

Entre tanto, Dionisofanes, despues de mucho cavilar, se quedó profundamente dormido y tuvo un sueño. Creyó ver á las Ninfas pidiendo á Amor que se llevase pronto á cabo la boda pro-

netida. Y Amor, aflojando la cuerda del arco, y poniéndosele al hombro junto á la aljaba, ordenó á Dionisofanes que convidase á un gran banquete á todos los sujetos de más fuste de la ciudad, y que, al ir á llenar los últimos vasos, mostrase á los convidados las prendas halladas con Cloe, y mandase cantar el canto de Himeneo.

Vistó y oído este sueño, Dionisofanes madrugó, y dispuso una opípara comida, donde hubiese cuanto se cria de más delicado y sabroso en tierra y en mar, en rios y en lagos. Luégo convidó á su mesa á todos los señores principales.

Ya era de noche, y estaba lleno el vaso con que suele hacerse libacion á Mercurio, cuando entró un criado trayendo las prendas en un azafate de plata, y dando vuelta á la mesa, se las enseñó á todos. Ninguno las reconoció; pero un cierto Megácles, que por su ancianidad estaba reclinado en un extremo, las reconoció apénas las vió, y dijo con voz alta y firme: «¡Cielos! ¿qué veo? ¿Qué ha sido de tí, hija mia? ¿Vives aún? ¿Qué pastor guardó, por dicha, estas prendas? Ruégote ¡oh Dionisofanes! que me digas dónde las hallaste. No envidies, pues tienes á Dáfnis, que yo tambien la tenga.»

Quiso Dionisofanes que, ántes de todo, contase Megácles cómo habia expuesto á la niña, y éste con el mismo tono de voz dijo: «Tiempo há que

me veía yo muy pobre, por haber gastado casi todos mis bienes en juegos públicos y en naves de guerra. Estando en estos apuros, me nació una hija. Se me hizo muy duro criarla en tanta pobreza, y la expuse con esas alhajas, calculando que muchas personas, que no tienen hijos naturales, desean ser padres, adoptando por hijos á los expósitos. La niña lo fué en la gruta de las Ninfas y confiándola yo á su cuidado. Desde entónces mis riquezas han aumentado de dia en dia, sin tener yo heredero á quien dejarlas, porque no volví á tener otra hija; y como si los dioses quisieran burlarse de mí, se me aparecían en sueño por la noche, ofreciéndome que me haría padre una oveja.»

Dionisofanes hizo, al oír tales palabras, mayores exclamaciones aún que las que Megácles había hecho, y dejando el festin, fué á buscar á Cloe y la trajo muy adornada y bizarra. Al entregársela á su padre, le dijo: «Esta es la niña que expusiste. Por disposición de los dioses, te la ha criado una oveja, como una cabra á Dáfnis. Tómala con las prendas, y al tomarla, dácela á Dáfnis por mujer. Los dos expusimos á nuestros hijos, y los dos los hallamos ahora. Amor, Pan y las Ninfas nos los han salvado.»

Megácles convino en todo, y mandó llamar á su mujer, cuyo nombre era Rodé, teniendo siem-

pre á Cloe entre sus brazos. Megácles y Rodé se quedaron á dormir allí , porque Dáfnis habia jurado que nadie, ni su propio padre, sacaria á Cloe de la casa. A la mañana siguiente, Cloe y Dáfnis decidieron volverse al campo, porque no podian sufrir la vida de la ciudad y deseaban hacer bodas pastorales. Regresaron, pues, á la quinta donde estaba Lamou, é hicieron que Megácles conociese á Dryas, y Rodé á Napé. Todo se preparó allí con esplendidez para la fiesta de la boda.

Megácles consagró á su hija Cloe á las Ninfas, y suspendió como ofrenda en la gruta, á más de otros objetos ricos, las prendas de reconocimiento. A Dryas, sobre los tres mil dracmas recibidos, le dió para completar diez mil.

Viendo Dionisofanes que el tiempo era excelente, mandó aderezar lechos de verdes hojas en la gruta, donde se reclinaron los rústicos para gozar de espléndido banquete. Asistieron Lamou y Mirtale, Dryas y Napé, los parientes de Dorcon, Filétas y sus hijos, Crómis y Lycenia. Ni Lámpis faltó, despues de conseguir que le perdonasen. Y como la fiesta era de rústicos, todo allí fué al uso campesino y labriego. Cantaron unos el cantar de los segadores; otros hicieron las farsas y burlas que suelen hacerse cuando la vendimia; Filétas tocó la zampoña; Lámpis tocó el clarinete; Dryas y Lamou bailaron. Dáfnis y Cloe

no dejaron de besarse. Las cabras mismas pacían allí cerca, como si tomaran parte en la función, lo cual no era muy grato á los de la ciudad. Dáfnis las llamaba por sus nombres, les daba verde fronda, las agarraba por los cuernos y las besaba.

Y esto no fué sólo en aquella ocasion, sino tambien en lo sucesivo, porque Dáfnis y Cloe hicieron casi de continuo vida pastoril, adorando á los dioses y profesando especial devocion á Pan, á Amor y á las Ninfas. Aunque llegaron á ser poseedores de mucho ganado lanar y cabrio, nunca hubo manjar que les supiese mejor que leche y fruta. Al primer hijo varon que tuvieron le dieron por nodriza una cabra, y á la criatura segunda, que fué una niña, la hicieron mamar de una oveja. Al varon le pusieron por nombre Filopomen, y á la niña Agéles. Así vivieron largos y felices años. Y no descuidaron tampoco el adorno de la gruta, sino que erigieron nuevas imágenes de Ninfas; levantaron un altar á Amor pastoril, y á Pan, en vez de la copa del pino á cuya sombra estaba, le edificaron un templo, bajo la advocacion de Pan Batallador.

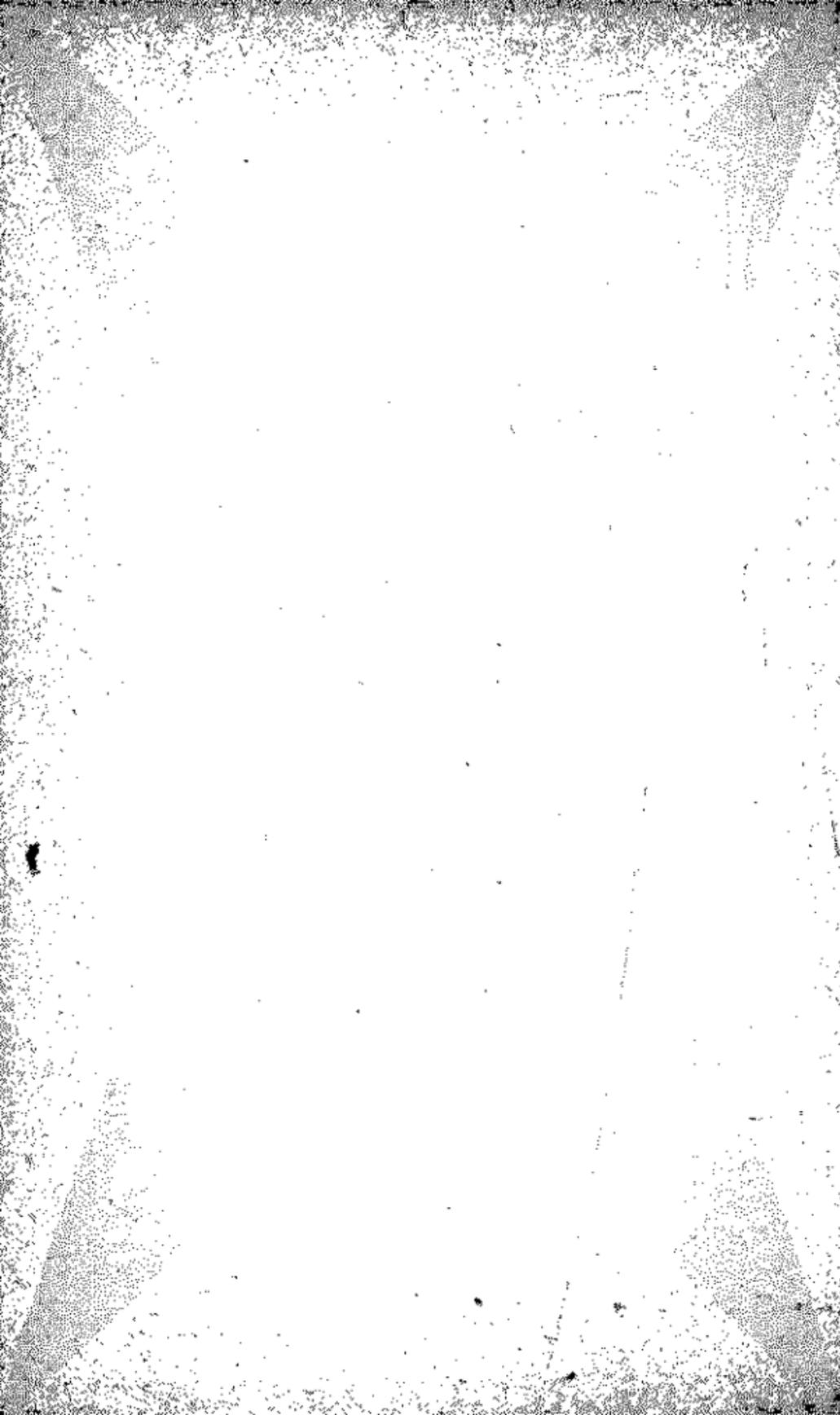
Todo esto, sin embargo, ocurrió mucho más tarde. Por lo pronto, llegada la noche, cuantos estaban allí llevaron á los novios al tálamo. Unos tocaban flautas, otros tocaban clarines, y otros



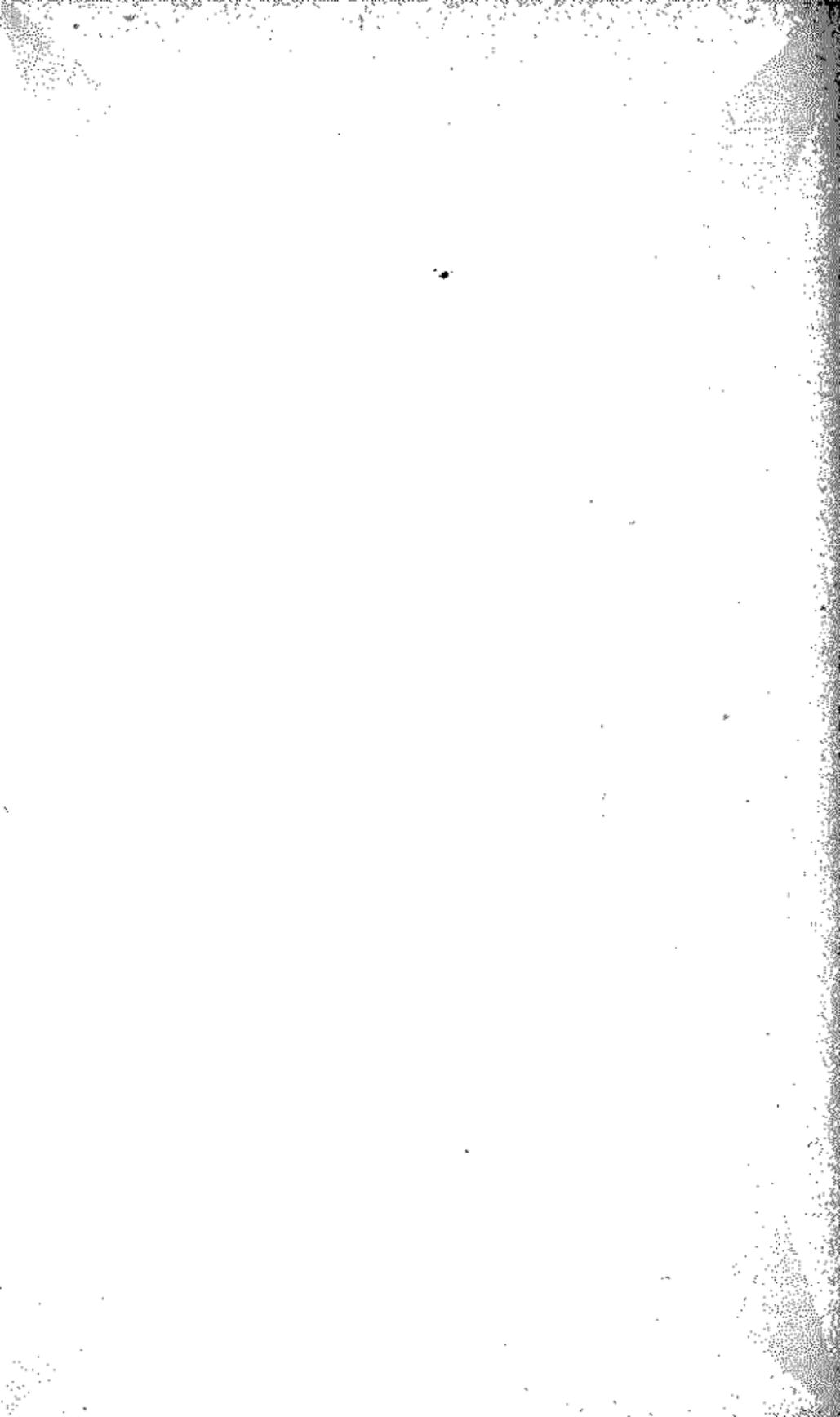
iban con antorchas. Cerca ya de la puerta de la cámara nupcial, la comitiva cantó de Himeneo con voz tan áspera y desacorde, que no parecía que cantaban, sino que arañaban pedruscos con almocafres.

Dáfnis y Cloe, á pesar de la música, se acostaron juntos desnudos; allí se abrazaron y se besaron, sin pegar los ojos en toda la noche, como lechuzas. Y Dáfnis hizo á Cloe lo que le habia enseñado Lycenia; y Cloe conoció por primera vez que todo lo hecho ántes, entre las matas y en la gruta, no era más que simplicidad ó niñería.

FIN.



NOTAS.



NOTAS.

1. El título de la obra, en griego, es *Ἀόγγου ποιμενικῶν τῶν κατὰ Δάφνιν καὶ Κλόην βιβλία (τέσσαρες)*, que puede traducirse : *Los cuatro libros de las pastorales de Longo, ó Dáfnis y Cloe*. Á fin de seguir el gusto y el estilo modernos, hemos invertido y modificado los términos del título. Ponemos por título principal de esta novela, *Dáfnis y Cloe*, y añadimos luego *Las pastorales de Longo*, para indicar el género á que pertenece la obra y el nombre, verdadero ó supuesto, de quien la compuso.

De esta novela no conocemos traducción ninguna en castellano.

En otros idiomas, ó conocemos ó hemos visto citadas muchas traducciones. Las más famosas son : En latín, la de Gothofredo Jungermann, de 1605, y la de Pedro Moll, de 1660. En francés, la de Santiago Amyot, obispo de Auxerre, y la de Pablo Luis Courier, que corrige y completa la traducción del citado obispo. En italiano, la del conendedor Anibal Caro, la de Mauzini y la de Gozzi. En inglés, la de

Jorge Thornley, 1657, y la de Jacobo Craggs, 1764. Y en alemán, las de Grillo, Krabinger y Passow, en 1765, 1803 y 1811.

Tenemos también una traducción sobrado libre de *Dáfnis y Cloe*, hecha en hermosos exámetros latinos, por Lorenzo Gambará, y dedicada al célebre Antonio Perenott, cardenal Granvela, á la sazón virey de Nápoles.

Para hacer esta traducción española hemos seguido el texto griego completo, publicado por Courier y enmendado por Sinner. París, Fermin Didot, 1829. Hemos tenido á la vista y consultado la traducción en latín de la edición bipontina y la traducción francesa de Amyot, *revue, corrigée, completée, de nouveau refaite en grande partie par P. L. Courier*.

En nuestra traducción de los tres primeros libros hemos procurado ser tan fieles al original cuanto es posible en una lengua moderna de Europa. Nos liasonjeamos de que en punto á fidelidad hemos vencido á Courier, como podrán ver los inteligentes, si comparan con el original ambas traducciones.

En el cuarto libro nos hemos atrevido á hacer bastantes alteraciones: algo parecido á lo que llaman un arreglo. Esto no quita que muchos párrafos (más de la mitad de dicho libro cuarto) estén también traducidos por nosotros con la mayor exactitud. Sólo hemos variado unos lances originados por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres, sustituyéndolos con otros, fundados en más naturales sentimientos.

Fué nuestro primer propósito hacer nuestra tra-

duccion en lo que han dado en llamar *fabla antigua*, esto es, en el castellano del siglo XIV ó del siglo XV. Para imitar bien el candor y la sencillez del texto, tal vez hubiera sido esto convenientísimo; pero, en nuestro sentir, requería un trabajo impropio, si habia de hacerse con conciencia y evitando el peligro de inventar una *fabla antigua* que jamas se hubiese hablado. Para Courier, que ha hecho su traduccion en frances arcaico, la empresa no era tan ardua: tenia por modelo á Amyot, que le guiaba mientras él le corregia. Por otra parte, yo entiendo que, sin procurar expresamente lo arcaico, siguiendo bien el texto, buscando las palabras propias y los giros más adecuados, y huyendo de las frases hechas y con frecuencia amaneradas del estilo novisimo, resulta un castellano bastante candoroso y que parece antiguo. El público juzgará si hemos conseguido esto en nuestra traduccion.

II. Dice el proemio: *y habiendo buscado á alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatro libros*. P. L. Courier traduce: *si cherchai quelqu'un qui me les donna à entendre par le menu, et ayant le tout entendu, en composai ces quatre livres*. Yo empleo quince palabras, y P. L. Courier veinte y dos, para decir lo que dice en ocho el autor griego: *καὶ ἀναζητησάμενος ἐξηγητὴν τῆς εἰκόνας, τέτταρας βιβλίους ἐξέπωνησάμην*. Depende esto, no sólo de la riqueza de formas de la lengua griega, sobre todo en participios, que hace que se pueda decir más en ménos pa-

labras, sino tambien de nuestro empeño de no sobreentender nada, diciéndolo todo. Claro está que, cuando el autor buscó á alguien *qui me les donna à entendre par le menu*, no se contentó con buscarle, sino que tambien le oyó la explicacion: pero esto se cae de su peso y no era menester decirlo. El original no lo dice. P. L. Courier pone, pues, de su cosecha, *et ayant le tout entendu*. En otras ocasiones añade tambien, ó ya porque lo cree necesario para mayor claridad, ó bien porque halla alguna frase que le parece bonita. Yo he procurado evitar tales ampliaciones y adornos, y si á veces he incurrido en ellos, no ha sido con tanta frecuencia como P. L. Courier.

La observacion que acabamos de hacer pudiera repetirse con frecuencia. No lo harémos, por no pecar de prolijos. Nos limitarémos á citar otro solo ejemplo, tomado tambien del proemio. Dice el original: τὸν ἐρασθέντα ἀναμνήσει, τὸν οὐκ ἐρασθέντα προπαιδεύσει. Son siete palabras. Traduce Courier: *peut remettre en memoire de ses amours celui qui aut refois aura été amoureux et instruire celui qui ne l'aura encore point été*. Son veinte y tres palabras. Traduzco yo: *recordará de amor al que ya amó, y enseñará el amor al que no ha amado nunca*. Son diez y siete palabras.

III. (Pág. 5.)—*À unns deuxcents estadios de Mitilene*, yo traduzco de ἑσται ἀπὸ σταδίων διακοσίων; en latin, *stadium circiter ducenta*. Estadio es palabra

perfectamente castellana en este sentido, y significa la distancia ó longitud de 125 pasos geométricos. P. L. Courier pone: *environs huit ou neuf lieues loin de cette ville de Mitylène*. En este caso confieso que no choea mucho que modernice la unidad de medida para las largas distancias, pero entiendo que está mejor, ya que la historia sucede en Grecia y en tiempos antiguos, conservar los usos y costumbres de entónces. Más claro se comprende esto, y se ven el anacronismo y el desentono que de semejante exceso de traducción resultan, cuando en el mismo cuento de Dáfnis y Cloe se habla de *dracmas*, dinero, y traduce Courier *escudos*. Yo prefiero poner *dracmas*, y no traducir *escudos*, *ducados*, *reales* ó *pesetas*, que entónces no había. Hay palabras que no se traducen, sino que pasan íntegras á todos los idiomas cuando se quiere volver á designar el objeto determinado y singular que designaban. Así, pues, por muy llano y natural que yo quisiese hacer mi estilo, jamás, por ejemplo, me atrevería á traducir *peplo*, *elávide*, *estola* ó *coturno*, por prendas de vestir parecidas y en uso en nuestros días.

IV. Los objetos suspendidos como ofrendas en la gruta de las Ninfas eran *γαυλοί, καὶ αὐλοὶ πλάγιοι, καὶ σύριγγες, καὶ κάλαμοι*. Courier traduce *γαυλοὶ scyllas à traire le lait*; el latín, *muletra*. En castellano creo que bastaría *colodras*, que son vasijas de que se valen los pastores para ordeñar; pero, como el *Diccionario de la Academia* supone que las tales co-

lodras son de madera, y los γαυλοὶ ó *muletæ* tal vez serian de barro, he añadido *tarros* para que haya de todo. Αὐλοὶ πλάγιοι ha sido menester traducirlo tambien con gran libertad. En latin se llaman *tibia obliquæ*, trompetas oblicuas. Dicen que este instrumento fué inventado por Mídas. A lo que más se parece de los modernos es al bajón, al fagot y al pí-fano. Por esto pongo *pífanos* en mi traduccion.

V. *Y les habian hecho aprender las letras* (p. 9); en griego, καὶ γράμματα ἐπαίδευον. Courier, por seguir á Amyot, pone *leur faisant apprendre les lettres*; pero censura esta traduccion en una larga nota, suponiendo que implica un contrasentido, ó, por lo ménos, que induce en error. Nosotros creemos que no hay tal error, y que, en vista del sentido todo, no da tampoco lugar á anfibología. *Aprender las letras* no es más que aprender las letras, y no aprender literatura. Dice Courier que Longo quiso decir que Dáfnis y Cloe aprendieron á leer y á escribir. Yo creo que no quiso decir sino lo que dijo, que aprendieron las letras, que aprendieron á deletrear, y que tal vez ni escribian ni leian de corrido.

VI. *Y se esmeraba hasta la noche en tocar la zampoña*. La voz griega σύριγξ significa un instrumento inventado por Pan y compuesto de varios cañutos desiguales, unidos entre sí. El P. Baltasar de Vitoria, gran autoridad en esta materia, dice en su *Tea-*

tro de los dioses, que este instrumento se llama en castellano *zampoña* ó *alhoque*. Yo pongo *zampoña* unas veces, y otras veces *flauta*, porque el uso ha hecho que se hable más, aunque ménos exactamente, de la flauta de Pan que de la *zampoña* de Pan.

VII.*logró subir el caído*. Desde este punto. (p. 12, l. 17) hasta donde dice : *¿qué me hizo el beso de Cloe?* (p. 18, l. 2) solo falta en la traducción de Amyot. En el original de la edición bipontina hay un pedazo más, hasta donde dice (p. 13) : *y yendo con Cloe á la gruta de las Ninfas, le dió á guardar la tunicilla y el zurrón*. Había, de todos modos, una gran laguna, que despues se ha llenado, en vista del manuscrito de Florencia, donde el texto está completo.

VIII. *Quisiera ser su flauta para que infundiese en mí su aliento* (p. 14). P. L. Courier traduce : *Ah ! que ne suis-je sa flûte pour toucher ses lèvres*. Dice el original : εἶθε αὐτοῦ σύριγξ ἐγενόμεν, [ἴν' εμπνέη μοι. Claro está que no se habla de los labios, sino del aliento ó soplo. Supone Courier que esto está tomado de la antigua copla siguiente :

Εἶθε λύρα καλὴ γενοίμην ἐξ εὐραντίνης,
 Καὶ με καλοὶ παῖδες φέραιεν Διονύσιον ἐς χορὸν.
 Εἶθ' ἄπυρον καλὸν γενοίμην μέγα χρυσίον,
 Καὶ με κατὰ γυνὴ φοροίη καθαρόν θεμένη νόον.

La copla es muy bonita, pero el decir de Cloe puede ser coincidencia, y no imitación. Es fácil coincidir en lo natural. Una oda de Anacreonte encierra el mismo pensamiento, diciendo en la traducción de Castillo y Ayensa, *si no me es infiel la memoria*:

Quisiera ser la cinta
Que pende de tu cuello;
Quisiera ser la joya
Adorno de tu pecho;
Quisiera ser el agua
Con que lavas tu cuerpo;
Y fuera la sandalia
Que ciñe tu pié bello;
Que por tu planta hollado,
Viviera yo contento.

De seguro que los rústicos andaluces no leen á Anacreonte, y uno de ellos compuso, sin duda, aquella graciosa á par que apasionada copla de seguidillas, que dice:

¡ Ay, quién fuera la cinta
De tu zapato....!

Y no ponemos los otros dos versos por demasiado expresivos: pero buenas ganas se nos pasan de ponerlos, porque vencen á los de Anacreonte, á los del otro poeta griego y á la prosa de Longo.

IX. *La piel de un cerratillo, esmaltada de lunares blancos, para que la llecase en los hombros, cual*

suelen las bacantes (p. 15, l. 18 y siguientes). En el original hay estas dos palabras *vespériz βακχικόν* para cuya traducción ha sido menester emplear todas éstas: *la piel de un cervatillo para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes*.

X. *Soy blanco como la leche y rubio como la miés cuando la siegan* (p. 16). Añade Courier, entre estos elogios que Dorcon se tributa á sí mismo: *frais comme la feuillée au printemps*, lo cual no está en el texto.

XI. (Pág. 17, líneas 17 y 18.)..... *y de sus ojos, que los tenía grandes y dulces como las becerras*. La comparación, en són de elogio, de los ojos de las muchachas con los ojos de los bueyes, vacas ó becerras, es muy frecuente en los autores griegos; hasta hay los epítetos de *βοώπης* y *βοόγλυμο*; para designar á quien tiene ojos grandes y hermosos.

XII.*y tenía pálido el rostro como agostada hierba* (p. 17, líneas 27 y 28). Son las palabras de Safo: *χλωροτέρα πόας ἔμμι*.

XIII.*y el hocico le tapaba la cabeza, como casco de guerrero* (p. 15, líneas 23 y 24): *καὶ τοῦ στόματος τό χάσμα σκέπει τὴν κεφαλὴν, ὡσπερ ἀνδρός ὀπίτου*

κράνος; Algunos guerreros, y singularmente los abandonados, según se ve en la Columna Trajana, llevaban el casco, *galca*, cubierta con la piel de la cabeza de una fiera, que conservaba la forma de cabeza de suerte que el rostro del soldado parecía asomar por entre los dientes de la fiera.

XIV.*llenaba una gran taza de vino y de leche* (p. 22). De esta mezcla resultaba una bebida llamada οινόγαλα, que se toma aún, según dice Courier, en Levante y en Calabria.

XV. *Se ponía á cantar de Pan y de Pitys* (p. 24). —Pan fué un dios tan enamorado como poco dichoso en sus amores. Siringa, Eco, la Luna y otras diosas y ninfas le desdeñaron. Pitys, por el contrario, le amó, y desdeñó por él á Bóreas, quien, enojado y celoso, la arrebató en sus alas, y la mató arrojándola contra las rocas. La Tierra, compadecida, la trasformó en árbol: πίτυς, femenino en griego, *el pino*.

XVI.*y dice que busca los becerros huídos* (p. 25). Esta fábula ó conseja, que el autor califica de θρυλλοόμενα, cosa sabidísima ó divulgada, no se halla en ningún mitólogo de los que yo conozco. Φάτις, la paloma torcaz no es nombre de ninguna ninfa, como lo es el nombre de la otra paloma, περιστέρα. Esta ninfa, Peristera, ayudó á Vénus, que competía con

Amor en coger flores. Vénus triunfó así de Amor. Éste, enojado, ¡convirtió en paloma á la ninfa. Vénus la puso en su carro triunfal.

XVII.*hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman puros de buyes.* En griego *βοοσκόροι*, de donde Bósforo.

XVIII. *No soy niño, aunque parezco niño, sino más viejo que Saturno. Yo soy anterior al tiempo todo* (p. 35). Este discurso de Filétas es quizá lo más bello que hay en la obra de Longo, no tanto por lo que dice de Amor, dicho ya por muchos autores, sino por la graciosa sencillez de estilo con que la aparición de Amor en el huerto y todo lo demas está contado. Como en la religion de los griegos no hubo dogmas fijos, cada poeta contaba los hechos á su manera, resultando de aquí mucha variedad de fábulas sobre una misma persona divina, sobre todo cuando esta persona tenía más de alegórico que otras, como sucede con Amor. Empezando por su mismo origen, hay gran discrepancia. Así es que unos, los más, hicieron á Amor hijo de Vénus y de Marte; otros, como Platon, le dieron por padres á Poro y á Penia, esto es, al dios de la abundancia y á la diosa de la pobreza; otros quieren que Amor naciese de Júpiter, y otros, que naciese ántes que todo, no comprendiendo que nada pudiera nacer sin Amor y ántes de Amor. á no ser el Cáoos y la Tierra ó el Eter y la Noche.

Claro está que, para éstos, Amor es el fuego, la luz, la actividad, el prurito, la voluntad primera que crea el sér, la vida y el universo todo. Después de muchos siglos Schopenhauer ha venido á parar en la misma doctrina. Todo cuanto es, segun este filósofo, se reduce á apariciones y formas en que *Der Wille*, la Voluntad ó el Amor, se revela y hace visible. Las criaturas son *objetivaciones de Amor*. *Der Wille* es, pues, el principio real del Universo y el principio ideal ó metafísico, y la solución del problema cosmológico. Doctrina parecida es la de Longo cuando hace decir á Amor que es anterior al tiempo todo. Esta idea del Amor, como fuerza demiúrgica, está expresada en la Teogonía de Hesíodo, diciendo :

Ἦτοι μὲν πρότιστα Χάος γένετ', αὐτὰρ ἔπειτα
 Γαί' εὐρύστερνος, πάνδων ἕδος ἀσπίδες αἰεὶ
 Ἀθανάτων ἃ ἔχουσι κάρη νιφόεντος Ὀλύμπου,
 Τάρταρα τ' ἠερόεντα μυχῶ χθονός εὐρουσείης,
 Ἠδ' Ἐρα, ὃς κάλλιστος, κ. τ. λ.

Lo cual coincide con la cosmogonía de los fenicios, que se lee en un fragmento de Saneuniathon, y dice : « Fueron principios de este universo un aire tenebroso y sutil y el caos confuso y envuelto en oscuridad, á los cuales en tiempo infinito y que no se puede determinar, encendió un soplo de Amor, mezclándolos, y de esta mezcla nació el deseo, fuente de la creación toda. » Aristófanes, en su comedia *Las Aves*, donde éstas cantan en coro el origen del mundo, expone doctrina semejante : « Erau primero el

Cáos, dice, y la Noche, y el negro Erebo, y el extenso Tártaro. No habia tierra, ni aire, ni cielo. Pero en el seno infinito del Erebo, la Noche, dotada de alas negras, puso un huevo, del cual, agitado é incubado por las Horas, brotó el Amor, lleno de deseos. De aquí nació todo. Antes de Amor no hubo ni dioses.

Πρότερον δ' οὐκ ἦν γένος ἀθανάτων, πρὶν Ἔρος ξυνέμιξεν ἅπαντα.

Esta idea de poner á Amor ántes que todo y como creador de todo, inspira hasta á los poetas cristianos. Milton, en vez de Amor, pone sobre el Cáos al Espíritu Santo, á manera de paloma, incubándole y fecundándole :

.....with mighty wingys outspread
Dove-like sat st brooding on the vast abyss,
and mad st it pregnant.

XIX. *Tanto puede (Amor), que Júpiter no puede más.* Todo este segundo discurso de Filéas, dice Courier que está tomado de Platon. Yo entiendo que de Platon y de muchos otros autores, esto es, que poco ó nada es nuevo ó era nuevo entónces, salvo el sentir propio del autor, y su expresion y estilo, lleno de candor y de gracia. Se citan unos versos de Menandro, en que pone el poder de Amor por cima del de Júpiter. Pero ¿de qué poeta no podrá citarse sentencia parecida? Ya Homero, en su himno á Afrodita.

dice que todas las divinidades están sujetas á su imperio, salvo tres, que son *Minerva, Diana y Vesta*.

Estos encarecimientos del poder de Amor no cesan con los autores cristianos, confundiéndole tal vez para ello con una de las personas divinas. Así dice San Bernardo que *Amor triunfa de Dios*; y nuestro Padre Fonseca pone, entre mil otras alabanzas, que «Amor entróse por esos cielos, y cogiendo á Dios, no flaco, sino fuerte; no en el trono de la Cruz, sino en el de su majestad y gloria, luchó con él hasta bajarle del cielo y hasta quitarle la vida.»

Las victorias de Amor son, pues, extraordinarias y no tienen cuento. Por eso, los espartanos, creyéndole más belicoso que á Marte, se encomendaban á él y le hacían sacrificios siempre que tenían que recibir alguna brava batalla.

Fué creído, además, desde muy antiguo, inspirador de todas las acciones generosas y de virtud, y se tuvo por cierto, con prefiguración profética, aunque confusa, de los más altos misterios, que el Dios supremo le envía á la tierra para que salve á los hombres. Ya Esopo habla bellamente de esto en su fábula de Júpiter y Amor, dando cuenta de que cuando Júpiter crió á los hombres, dióles todas las prendas que los adornan ahora: pero aún no moraba Amor en las almas de ellos, porque este dios, que tiene alas tan sublimes, no bajaba nunca del cielo, y sólo hería con sus flechas á los dioses. Temeroso Júpiter, no obstante, de que se perdiera la más hermosa de sus criaturas, envió á Amor á la tierra para que fuese custodio del género humano. Amor obedeció el mandato de

Jupiter, pero no consideró que le estuviere bien morar en todas las almas y elegir por templo suyo lo mismo las profanas que las iniciadas y buenas, por lo cual distribuyó el rebaño de las almas comunes entre los Amores plebeyos, hijos de las Ninfas, y él se fué á vivir dentro de las almas celestes y divinas, y, embriagándolas con delirio amoroso, produjo infinitos bienes para todos los hombres.)

XX. *El mismo dios Pan... como más avezado que nosotras á los negocios de la guerra, por haber ya militado en muchas...* (ps. 47 y 48). Aun se conserva en nuestros idiomas modernos el epíteto de *pánico*, dado al terror cuando es muy grande. Pan auxilió mucho á Júpiter en las guerras que tuvo, encadenando á Tifeo ó envolviéndole en una red; si bien otros dicen que le asustó, dando un grito espantoso. En otras guerras, ocurridas en este bajo mundo, auxilió á sus devotos, como, por ejemplo, á los griegos contra los galos, mandados por Breno.

XXI. *...se puso á contar la fábula de Siringa...* (p. 55). Esta trasformacion de Siringa en flauta, y los amores de Pan, que la originaron, sucedieron en Arcadia, á orillas del rio Ladon, segun refiere Ovidio en sus *Transformaciones*, donde dice que la Ninfa iba huyendo de Pan:

*Donec arenosí pluvium Ladonís ad amnem
Venerat; hic illam, cursum impediéntibus unctis*

*Ut se mutarent, liquidas orasse sorores:
 Pannaque eum pressam sibi jam Siringa putaret,
 Corpore pro Nymphæ calamos tenuisse palustres:
 Dumque illi suspirat, motos in arundine ventos
 Effecisse sonum tenuem, similemque querenti,
 Arte nova: vocisque deum dulcedine captum,
 Hoc mihi colloquium tecum dixisse manebit,
 Atque ita disparibus calamis compagine cæca
 Inter se junctis nomen mansisse puellæ.*

XXII. *Llegó el invierno, para Dáfnis y Cloe más que la guerra crudo.* Sin duda convenia al autor para su sencillo argumento que el invierno fuese muy rigoroso, ó tal vez quiso lucir su retórica pintándole, pues es evidente que, ni en nuestro siglo, ni en la época de la acción de la novela, hubo de hacer jamás tanto frío ni de caer tanta nieve en la isla de Lesbos.

XXIII. *¡Salud! ¡oh hijo mio!* (p. 66). *Χαίρε, ó πατήρ,* dice el original. He preferido decir *¡salud! ¡oh hijo mio!* al modo más natural de saludar ahora, diciendo *Dios te guarde*, porque este modo parece anacrónico ó impropio de gentiles.

XXIV. *...comieron coronados de hiedra.* Parece que un gentil muchacho, llamado Cisso, gran bailarín y valido de Baco, bailando un día delante del dios, para

divertir sus ojos, se cayó en un hoyo y se convirtió en hiedra, planta que fué consagrada á dicho dios, el cual gustaba de coronarse con ella. Tambien para los poetas se tejian de ella coronas :

Pastores hederâ crescentem ornate poetam,

dice Virgilio. La hiedra, sobre todo, era para coronar á los poetas dramáticos, por ser el teatro propio de Baco. Por eso Menandro pide á los dioses ser siempre coronado de hiedra ática :

Τὸν Ἀττικὸν αἰεὶ στέφειναι κισσόν.

En las bacanales se coronaban asimismo de hiedra los que las celebraban. Así es que el gobernador que puso Antíoco en Jerusalem, queriendo hacer gentiles á los judíos, les mandaba que fuesen por las calles coronados de hiedra cuando se celebraba la fiesta de aquel dios, como se cuenta en el libro II, capítulo VI de los Macabeos : *et cum Liberi sacra celebrarentur, cogebantur heredâ coronati Libero circumire.*

XXV. ...hallaron narcisos, violetas, correáculas y otras vernaes primicias (p. 69).—El texto griego dice ἀναγάλεις, que hemos traducido por *correácula*. Las anagalídeas son un género de la familia de las primuláceas, en el que se contienen muchas especies como los *murajas*. Courier traduce *muguet*. que vie-

ne á ser en español *lirio de los valles*; pero tal vez puso *muguet* sólo porque el vocablo es bonito y también el objeto que expresa. Quiera significar lo que quiera la tal flor Anagalis, al tratar de traducirla al castellano, un amigo mío me ha recordado á una ninfa Anagalis, de quien nada lei jamás en ningún libro, ni en Polidoro Virgilio; pero que, según afirma Juan de la Cueva, en su extraño poema de *Los inventores de las cosas*, fué la que inventó el juego de pelota. El erudito poeta dice:

Del juego tan comun de la pelota
Anagalis, muchacha, fué inventora:
Que se llame Astragalis quieren otros.

XXVI. *...expresando poco á poco el nombre de Itis.* Este Itis fué hijo de Tereo, rey de Tracia. Progne, mujer de Tereo, mató á su hijo Itis, y se le dió á comer á su propio padre. Filomena, hermana de Progne y tia de Itis, fué convertida enruiseñor; Progne, en golondrina; en gavilan, Tereo, y en faisán. Itis.

XXVII. *Por el reposo casero y holganza del invierno estaba rijoso y lucia, y con el beso se emberrenchisaba y con el abrazo se alborotaba* (p. 70). Para descargo de mi conciencia de haber traducido con sobrada energía y desenvoltura, diré que Dáfnis, con el reposo y holganza *ἐνρήθησας*, de *ἐνρήθω*, *pubesco*, *juveniliter lascivio*; con el beso *ὄργα*, de *ὄργάω*,

succo turgeo, ventera cupiditate flagro; y con el abrazo ἐσπιτάλιζε, de σπιταλίζω, *salar sum*. Lo mismo digo de otros pasajes, donde siempre he atenuado el brío y suavizado la crujeza del texto.

XXVIII. *Crómis, sujeto ya de edad madura, quien habia traído de la ciudad á una mujercita, etc.* (p. 71). Debe entenderse que esta mujercita no era la mujer propia, la esposa de Crómis, sino una cortesana mantenida por él. Su mismo nombre, Lyeenia, de Λύκεινζ, *loba*, parece ya indicarlo, y hasta la circunstancia de venir siempre dicho nombre en diminutivo en el texto griego. En el teatro de aquel pueblo apénas habia comedia en que no hiciesen papel las cortesanas ó *heteras*, á veces vilipendia/las cruelmente por los poetas, á veces tambien ensalzadas de discretas, amables, generosas y hasta virtuosas. Y esto no ha de extrañarse, porque las cortesanas de entónces representaban la inteligencia y la cultura de la parte femenina, y alcanzaban gran poder y valimiento. Algunas se casaban con los mismos reyes. Targalia de Mileto se casó con un rey de Tesalia, y Tais con un Ptolomeo. Duró esto hasta muy tarde, hasta época ya en que estaba muy difundido el cristianismo. La mujer de Justiniano, la célebre emperatriz Teodora, habia sido una cortesana de las más disolutas. Fue, además, tan desafortada comelianta, que las cosas que hacía en público teatro no hay quien se atreva á explicarlas en ningún idioma moderno, sino que se toman de Procopio y se ponen como nota, en grie-

go, en las historias que de ello tratan. El mismo Gibbon lo deja sin traducir. Imitémosle.

No ha de extrañarse, pues, que en la edad clásica y gentilica las cortesanas tuviesen grande influjo, y fuesen amigas respetadas de los hombres más eminentes; así Aspasia, de Pericles; Arquemanasa, de Platon; Herpilis, de Aristóteles, y Glicera, de Menandro. Alcifron puso en cartas muchos rasgos brillantes de las cortesanas, y Maehon escribió un poema de los dichos discretos y agudos de estas mujeres.

Una de las más ilustres, por su talento, discrecion y afecto á sus compatriotas, fué Rodópolis, alma de la colonia griega de Egipto en tiempo del rey Amasis. El célebre egipólogo y novelista Jorge Ebers, en su novela *La hija de Paraoon*, hace de esta Rodópolis la principal heroína, despues de la misma hija del rey de Egipto que casó con Cambises, y de la princesa Afosa, hija de Ciro, mujer de Darío y madre de Jérges. Claro está que Lycenia no era una hetera de primer orden, sino modesta y de pocas campanillas, como un pobre labrador de Lesbos podía costearla.

XXIX. ...*habiéndose cerciorado ella de que todo estaba alerta y en su punto...* (p. 74). Creo haber traducido del modo más púdico posible el texto. *μαθοῦσα ἐνεργεῖν δυνάμενον καὶ σπριγῶντα*, que interpreta así la version latina: *ipsa jam edocta cum ad patrandum non solum fortem esse, verum etiam libidine turgere...*

XXX. ...*Luégo sacó del zarron pan de higos...* (página 75). Para que no se entienda que este *pan de higos* está inventado por mí por la afición que yo tengo á las cosas andaluzas, diré que *παλάθη* no significa más que pan de higos : *massa caricana*, dice la versión latina, esto es, masa hecha con el higo de Caria, que se llamaba *carica*. P. L. Courier traduce, no sé por qué, *raisin sec*. De seguro que no había comido él, como yo, el delicioso pan de higos que se hace en Málaga.

XXXI. Los mitólogos varían mucho al referir esta historia de Eco. Fingena los más hija del Aire y de la Tierra. Juno dicen que la castigó obligándola á repetir las últimas sílabas de las palabras que oyese. Otros, que desdeñada de Narciso, á quien amaba, se convirtió en peñasco. Ovidio, en las *Transformaciones*, cuenta que su mal pagado amor la secó de suerte y la consumió hasta tal punto, que se quedó en los huesos y en la voz :

*Vox manet: ossa fuerunt lapide traxisse figuram
Inde latet sylvis nulloque in monte videtur,
Omnibus auditur: sonus est qui cecit in illa.*

La fábula de Longo es, pues, diversa, y su principal gracia consiste en un equívoco intraducible: porque *μέλος*, en griego, significa *miembro*, y también *verso*, *medida*, de donde la palabra *melodia*. Así es que los pastores esparracieron por toda la tierra τὰ μέλη,

las canciones, las melodías de la Ninfa; lo cual está traducido en latin *cantabunda membra*, y por Courier, á quien en esto seguimos, *sus miembros, llenos de armonia*.

XXXII. *Esta manzana ¡oh virgen! es creacion de las Horas divinas*. El texto dice Ὁ παρθένε, τούτο τὸ μήλον ἔφρασαν Ὁραὶ καλαὶ: el latin, *Mea virgo, hoc pomum, quod vides, anni ætates pulchra pepererunt*. *Cette pomme, Chloé, ma mie, les beaux jours d'été l'ont fait naître*, traduce Courier. Yo he preferido dejar á las Horas, á las diosas, hijas de Júpiter y de Témis, que dirigen y gobiernan las estaciones y cuidan del carro del Sol, como creadoras de la manzana. No lo disputo, aunque creo que esto es más poético que decir llanamente que con el verano se crió la manzana; pero entiendo que soy más fiel traductor. Tal vez se dirá que no es gran ennoblecimiento de alabanza el decir que una manzana es creacion de las Horas. Lo mismo crean las Horas las manzanas gruesas y hermosas que las feas y ruines. Esto es verdad, considerado pedestremente; pero cuando esto de que la manzana es creacion de las Horas se dice con entusiasmo, vale tanto como decir que las Horas pusieron en crearla singular esmero. Semejante censura he oido hacer, por ejemplo, de aquellos versos de Zorrilla en elogio de Granada:

Salve, ¡oh ciudad! en donde el alba nace,
Y donde el sol poniente se reclina;
Donde la niebla en perlas se deshace,
Y las perlas en plata cristalina.

En todas las ciudades nace el alba, se pone el sol, se deshace la niebla y corre el agua: no cabe duda; pero Zorrilla da á entender que en Granada ocurre todo ello de una manera eminente, ejemplar y soberana: como si la aurora no quisiera nacer sino para alumbrar á Granada, y el sol no quisiera reclinarse más que en el seno ó á la espalda de sus montes.

XXXIII. *Semele, pariendo; Ariadna, dormida, etc.* Aquí pone el autor en breves palabras los principales casos de la vida de Baco. *Semele, pariendo*, no es la comun opinion, pues refieren los más, de cuantos han tratado este asunto, que Semele, hija de Cadmo, que tenía amores con Júpiter, deseó ver al dios en toda su gloria, y al verle, ardió en el resplandor que de sí lanzaba. Ya muerta, sacó Júpiter á la criatura que tenía ella en el seno, y acabó de criarla, hasta que se cumplieron los nueve meses, guardándosela en un muslo. Cuentan otros, no obstante, que Semele dió á luz á Baco naturalmente y á su tiempo, y á éstos sigue Longo. Repetimos, con todo, que la general opinion es la del doble nacimiento de Baco. Luciano le ha celebrado en un dialogo burlesco, y el dios ha llevado nombres que recuerdan este nacimiento doble. Así se ha llamado *bimatre*, *dithyrambo*, de *παρὰ τὸ εἶς θύρα; ἕρχει*, salir por dos puertas, y *Kirafote*, cosido en el muslo.

Por lo demas, Baco y su historia tienen grandes variaciones, por ser este dios uno de los más simbólicos y misteriosos que en Grecia se adoraron, y por re-

presentar á la vez no pocas cosas. Por una parte, proviene este dios del naturalismo : es la fuerza vegetativa de las plantas. De aquí que tantas le estén consagradas, como la hiedra, la higuera y la vid, y que le llamen γενεσιουργός τῶν καρπῶν, 'engendrador de los frutos, y que sea tambien padre de Priapo.

Representa ademas á un héroe conquistador y civilizador del mundo, y su leyenda, bajo este aspecto, toma mucho de la de Osiris egipcio, y de la de Melkarth ó Hércules tirio. Como Hércules, Baco erigió sus columnas en el extremo de las tierras y mares hasta donde llevó su expedicion triunfalora.

Representa, por último, Baco la fuerza y virtud del licor fermentado, que inspira á los hombres una especie de delirio, que se tenia á veces por sagrado. En este sentido, Baco trae su origen de Soma, dios de los Vedas, dios-bebida, dios-libacion, dios que se consume en la llama del sacrificio : hijo de Tualra como Baco es hijo de Júpiter. En este sentido, Baco recibió muchos títulos ó sobrenombres entre los griegos y latinos. Llamóse *Musagetes*, conductor de las Musas : *Pirigenio*, nacido del fuego ; *Melpómeneo*, celebrado en himnos ; *Lenáo*, de ληνός, lagar ; *Liber*, por la libertad que el vino engendra, y *Taurókeros* ó *Taurómorfox*, porque tomaba euernos y forma de toro, á causa del furor, osadía y violencia que adquiere quien se embriaga. De aquí que Horacio dijese á Baco :

*Tu spem veducis mentibus anxia
Viresque et addis cornua pauperi.*

Dice Longo, *encadenado Licurgo*. Era éste un rey de Tracia que se opuso al culto de Baco, por lo cual sufrió un gran castigo del dios.

Despedazado Penteo. Esta aventura es de las más famosas de la historia de Baco, por haber dado asunto á un drama de Esquilo, ya perdido, que llevaba por título *Penteo*, y á la tragedia de Eurípides, que se conserva y se titula *Las Bacantes*. Parece que el culto de Baco, con sus frenéticas orgías, vino á Grecia desde Tracia y Macedonia, y halló en Grecia al principio grande oposicion. Penteo en Tébas se opuso á este culto, y fué despedazado por las bacantes furiosas, entre las cuales se hallaba Agave, su madre.

Ariadna dormida. Preseindimos, por no ser prolijos, del valor y significado alegórico é histórico que puedan tener los amores de Ariadna, hija de Mínos, con Baco. La general opinion, esto es, la fábula más conocida, junta en una las dos historias de los amores de Ariadna con Baco y con Tesco. Abandonada por este príncipe en la isla de Naxos, despues que le ayudó á vencer al Minotauro y á salir del Laberinto, Baco se le aparece, enamorado, y se la lleva en triunfo. Los hermosísimos versos de Catulo, en el epitalamio de Tétis y Peleo, describen admirablemente, así el furor de Ariadna abandonada, como su triunfo inmediato, y la pompa báquica en toda su extraña locura:

*At pater ex alia floribus volitabat iacchus,
Cum thiaso Satyrorum et Nysigenis Silenis,
Te querrens, Ariadna, tuoque incensus amore:
Qui tum ulacres passim lymphatu mente furebunt*

*Eræ, bacchantes, eræ, capita inflectentes,
 Horum pars tecta quatuebant cuspide thyrsos,
 Pars e divolsi raptabant membra juvenco;
 Pars æsse tortis serpentibus incingebant;
 Pars obscura caris celebrabant orgia cistis,
 Orgia que frustra cupiunt audire profani;
 Plungebant alia proceris tympana palmis,
 Aut ferè tenues tinnitus ære ciebant;
 Multi raucisonox efflabant cornua bombox,
 Barbaraque horribili stridebat tibia cantu.*

Como se ve, el asunto del triunfo de Ariadna, de las bacanales y de la historia del hijo de Semele, rodeado siempre de bacantes, sátiros y silenos, se prestaba mucho á la pintura, y desde los tiempos más antiguos se han empleado en este asunto los pintores.

Pedimos perdón á los eruditos de habernos extendido demasiado en esta nota, pero ya se harán cargo de que escribimos también para el vulgo, el cual tal vez ignora lo que ellos tienen olvidada de puro sabido. Para no prolongar más la nota omitimos mucho que, con ocasión de Baco, se pudiera decir sobre el origen de la tragedia, que nació en sus fiestas, y sobre otras cosas, curiosas para quien no las sabe, y tal vez cansadas para los doctos, que las saben más fundamentalmente que yo.

XXXIV. *Á este mensajero, que se llamaba Eudromo, porque su oficio era correr* (p. 92). Es evidente que en lo antiguo los nombres y los apellidos debie-

ron de ser apodos, que denotasen oficio, condicion, virtud, defecto ó calidad de la persona á quien se daban. Y esto en todos los países é idiomas. Lo que ocurría primero en la realidad de la vida se conservó despues en Grecia y Roma en las ficciones poéticas, sobre todo en comedias y cuentos, donde aparecen personajes imaginarios, y no históricos. El nombre de cada uno de estos personajes designa ya su carácter, empleo ó menester. Así, por ejemplo, en las comedias de Terencio se pone al principio lo que llaman *rutio nomenclum*, ó sea una explicacion de por qué los personajes se llaman como se llaman. Allí vemos que una nodriza se llama Canthara, del cantarillo ó vaso de la leche; un soldado fanfarron, Thraso, de θράσος, , audacia; un jóven alegre, Fedro, de παιδρός, alegre; una meretriz desenvuelta, Barchis; un criado, Parmeno, porque está ó permanece cerca de su amo, etc. Eudromo, pues, el buen corredor, se llamaba así porque corria.

XXXV. ...*Sin duda mandará ahorcar de un pino á este vicjo sin ventura, como ahorcaron á Marsyas (página 95). Marsyas no fué sólo ahorcado, sino tambien desollado, como dice Ovidio en los Fastos:*

*Provocat et Phœbum, Phœbi superante, pependit;
Cassa recesserunt a cute membra sua.*

Se cuenta de este Marsyas que fué un sátiro de grandísimo ingenio, que inventó muchas cosas, pero

que se puso tan soberbio, que quiso competir con el propio Apolo en la música, de lo cual salió tan mal parado como queda dicho. Las Ninfas, de quien Marsyas era muy estimado, le lloraron y le convirtieron en río, cuyas aguas riegan la Frigia. Esto sucedió cerca de la ciudad de Celenas, por donde corre el río Marsyas. Así es que Xenofonte, cuando pasó por allí con los diez mil, acompañando al joven Ciro, dice que «se contaba que allí desolló Apolo á Marsyas cuando le venció en la contienda que con él tuvo sobre la música, y que colgó el cuero de él en una cueva de donde nacen las fuentes.» Xenofonte no dice, con todo, que Marsyas se convirtió en río, sino que por eso, por dicho lance, se llamó el río Marsyas.

XXXVI. ...en compañía de su parásito, Gnaton (p. 96). Gnaton viene de γνάθος, boca, quijada. Tal vez salga de este vocablo griego la palabra española *guznate*. De todos modos, γνάθων es sinónimo de parásito, y muchos personajes de comedias, que representan dicho carácter, llevan por nombre Gnaton. Hasta hay cortesanas ó heteras que, sin duda por muy golosas y comilonas, se llaman Gnatenas. El parásito del *Eunuco* de Terencio se llama Gnaton. Alcifron en sus famosas cartas describe muchos parásitos, y en el teatro griego apenas había comedia en que no figurase uno, respondiendo á nuestros lacayos graciosos de las comedias de capa y espada, si bien los parásitos eran más despreciables y ruines.

XXXVII. *Ni Apolo, cuando estubo de pastor al servicio de Laomedonte...* (p. 99). Aquí el autor se distrajo tal vez, y supuso que Apolo guardó los bueyes de Laomedonte, por más que la general creencia era la de que guardó el ganado de Admeto, rey de Tesalia, cuando andaba oculto por las riberas del río Anfriso huyendo de las iras de Júpiter por haber muerto á los ciclopes. Hizo Apolo estas muertes porque los ciclopes forjaron á Júpiter el rayo con que el rey de los dioses mató á Esculapio, que era hijo de Apolo. Apolo estuvo también, con Neptuno, al servicio de Laomedonte, mas fué para levantar los muros de Troya.

XXXVIII. *...y estimaba á tu cocinero más digno de admiracion y de afecto que á todas las muchachas de Mitilene.* Esto tiene tal vez en el original cierto sentido que, en virtud del *arreglo* hecho por mí en el libro IV, debe desaparecer en la traduccion. El sentido que se da á la frase en la traduccion está perfectamente conforme con el carácter del parásito gloton y aficionado á los buenos bocados. Para la gente de esta clase, segun los poetas cómicos y satíricos de la edad clásica, los cocineros, siendo buenos, eran como dioses, y la cocina era un templo. Las causas de su amistad y de su amor estaban en la cocina. A este propósito escribió un poeta del Renacimiento el siguiente epigrama:

*Vita Carnipetus, vago Gnathones,
Nec blandos licet vestimes amicos;*

*Illis, dum calet olla, amor caletit ;
 Frigebunt cito, si culina friget.
 Non te, sed tepidum calet cœminum ;
 Illis, fumus ubi est, ibi est amicus.*

Lo cual imitó de esta suerte Francisco de la Torre:

A los que representan vida buena
 En el teatro de una y otra cena,
 Lisonjeros buscones, y testigos
 De la mesa, no estímes por amigos;
 Porque en éstos (Dios de ellos nos preserve)
 Mientras hierva la olla el amor hierva,
 Y tienen con hastio,
 Si helada la cocina, el pecho frío.
 Lo que aman no eres tú, aunque amigo seas,
 Solo aman las calientes chimeneas,
 Y para éstos, en fin, con ardor sumo.
 Allí el amigo está donde está el humo.

En las cartas de Alcifron están pintadas las costumbres de los parásitos y sus pereances y disgustos: uno va á buscar cortesanas para el señor que le convida; otro es apaleado casi de diario; otro está á punto de morir de indigestion; otro se desespera porque no halla quien le convide; otro se introduce en la cocina y roba de los mejores platos para regalarse. Habia tambien parásitos muy divertidos, decidores y discretos, cuyos chistes hacian reir y entretenian á los señores con quienes comian. En tiempo de Menandro habia dos parásitos famosísimos por sus chuscadas y por su elocuencia, y se llamaban Euclides y Filoxeno. El respeto, la admiracion y el amor

que los parásitos profesaban á los bucos cocineros están consignados en muchos fragmentos que de la comedia griega se conservan aún. Sobre todo esto pueden verse pormenores curiosos en el ameno y erudito libro de Guillermo Guizot, titulado *Menandro, ó la comedia y la sociedad griegas*. Baste decir aquí que el arte de la cocina y la gastronomía eran considerados punto ménos que santos. Habia tratados de gastronomía, que se estimaban mucho, y se cita el de Archestrato como uno de los más famosos.

XXXIX. *Vaquero fué Anquises*, etc. (p. 103). Esta parte del discurso de Gnaton está de otro modo en el original. El parásito, en el original, quiere justificarse de otras cosas con el ejemplo de los dioses.

XL. *...se desembarazó de la capa* (p. 106), *ζέφα; θοιμάτιον*, dice el original; *abiecto pallio*, la traduccion latina. La mejor traduccion de esto en castellano es *capa*, si bien el *pallium* era más bien una manta ó una pieza cuadrada de tela de lana que los griegos se ponian sobre la túnica, como los romanos se ponian la toga. El *ζέφατιον*, sujeto por lo comun al cuello por un broche, *fibula*, *πόρπη*, tomaba diversos nombres, segun el modo de llevarle puesto.

XLI. *No me aborrezcas por haberte expuesto*. *Muy*

á despecho mio lo hice. Las razones meramente económicas que tuvieron los padres de Dáfuis y de Cloe para exponerlos á muerte segura y horrible, pues sólo se salvan por milagro de Amor y las Ninfas, y la frescura y poca vergüenza con que confiesan su infanticidio, pues lo era, aunque frustrado, no pueden ménos de sublevar los más humanos y nobles sentimientos de nuestra edad; mas por desgracia esta dureza antinatural de padres y madres no fué sólo entre paganos, ni está sólo consignada en historias fabulosas ó verdaderas de entónces. Las historias de épocas muy cristianas están llenas de casos parecidos y aún peores: verdad es que no era la economía, sino un infame pundonor, quien á tales horrores excitaba. Así vemos, por ejemplo, que Anuadis fué arrojado al río por órden ó consentimiento de su madre Elisena, y en *El Prevenido engañado*, de doña María de Zayas, una dama va á parir á un corral y deja allí abandonada á la criatura para que se la coman los cerdos. En el día, estos motivos de falsa honra no han cesado; pero los de economía vuelven á tener ó tienen mayor fuerza que nunca, si bien el infanticidio se suele hacer con anticipacion tal, que apenas lo parece. Se asegura que hay países muy cultos donde estipulan los que se casan cuántos hijos han de tener. Ignoramos si tan perversa costumbre se va ya introduciendo en España. Contra ella es freno la religion. No me atrevo á decir que lo es tambien toda moral filosófica, cuando vemos que uno de los filósofos ó pensadores que más en moda han estado, y más han movido los espíritus de los hombres de un siglo á

esta parte, J. J. Rousseau, echaba á sus hijos á la inclusa y lo confesaba cínicamente.

XLII. ...*Al varon le pusieron por nombre Filopocmen y á la niña Agéles.* Filopocmen vale tanto como *amigo de los pastores ó de la vida pastoril*, de φίλος, *amigo*, y ποιμήν, *pastor*. Agéles significa *rebaño, manada*, ἀγέλη.

XLIII. *Las pastorales de Longo* han sido anotadas y comentadas por muchos y muy sabios críticos, como Sinner, Courier, Villoison, Mitscherlich, Coray, Huet, Moll y Schaefer. De muy poco de estas notas nos hemos valido, por ser más propias de los que publican el texto original. Las nuestras son casi todas para la mejor inteligencia de la traducción, y van sólo dirigidas en su mayor parte, como ya hemos dicho en otro lugar, al vulgo de los lectores no eruditos.

Y ya que hemos hablado de los anotadores y comentadores de Longo, bueno será decir algo de los críticos que le han juzgado, poniendo aquí, para terminar estas notas, varias muestras de sus juicios.

Huet (*De l'origine des romans*) dice: « Su estilo es sencillo, fácil y conciso, sin oscuridad: sus expresiones están llenas de viveza y de fuego; produce con ingenio, pinta con agrado, y dispone sus imágenes con destreza. » Mureto le llama « escritor suavísimo y dulcísimo. » Scaligero, « autor amenísimo, y

tanto mejor cuanto más sencillo.» Villoison dice: «El habla de Longo es pura, cándida, suave, concisa y encerrada en breves periodos, y sin embargo, numerosa, sin ninguna aspereza, pues fluye más dulce que miel, ó como arroyo argentino, á quien frondosa y verde selva da sombra y frescura, y donde se ven mucha copia y variedad de flores: de suerte que no hay allí palabra, ni sentencia, ni frase que no deleite.»

Dunlop (en su *History of fiction*) discurrir por extenso sobre nuestra novela. Extractaremos algo de su juicio. «Longo, dice, ha evitado muchas de las faltas en que sus modernos imitadores han caído, causando á este género de composicion (el pastoril) no corto descrédito. Sus personajes nunca expresan conceptos de afectada galantería, ni se enredan en razonamientos abstractos, ni él ha sobrecargado su novela con aquellos frecuentes y largos episodios que en la *Diana* de Jorge de Montemayor y en la *Astrea* de D'Urfé fatigan la atencion y nos causan indiferencia respecto á la accion principal. Ni nos pinta tampoco aquel estado quimérico de la sociedad, llamado siglo de oro, donde los rasgos característicos de la vida rural están borrados, sino que procura agradarnos por una imitacion legitima de la naturaleza y con la descripcion de las costumbres, faenas, deleites y fiestas de los campesinos... Esta *pastoral* está en general muy bellamente escrita. El estilo, aunque ha sido censurado por la reiteracion de las mismas formas, y por mostrar en algunos pasajes al sofista que emplea juego de palabras y afectadas

antítesis, debe considerarse como el dechado más puro de la lengua griega en aquel último período. Las descripciones de las escenas y ocupaciones campestres son por extremo agradables, y, si es lícito usar la expresión, hay en ellas cierta amenidad y calma, que sobre toda la novela se difunden. Ésta, á la verdad, es la principal excelencia en una obra de esta clase, pues no nos encanta el pastoreo, sino la paz y el reposo de los campos.»

No es todo elogio lo que pone Dunlop. Censura la monotonía de los amores y coloquios, y condena sobre todo la inmoralidad y licencia de varios pasajes.

Sobre el influjo que ha tenido ó puede haber tenido esta novela en obras de la moderna Europa. Dunlop deja en duda si Tasso se inspiró algo en ella para el *Aminta*; pues si bien no se publicó edición alguna de Longo, en griego, hasta 1598, cuando ya Tasso había muerto, Tasso pudo leer la traducción francesa de Amyot de 1559 y la paráfrasis latina en verso de su compatriota Gambará, publicada en 1569. Dice, por último, Dunlop que ni Montemayor en la *Diana*, ni D'Urfé en la *Astrea* imitaron á Longo. Si le han imitado Ramsay en el *Gentle Shepherd*, Marmontel en *Annette et Lubin*, y más felizmente que todos, el alemán Gessner en sus idilios.

Villemain dice: «No se puede negar que *Dáfnis y Cloe* ha servido de modelo á *Pablo y Virginia*. A pesar de los cambios de costumbres, creencias y clima, la imitación es sensible en el lenguaje de los dos amantes; las mismas candideces apasionadas sa-

len de la boca de Dáfnis y de la de Pablo; pero la superioridad del autor francés, ó más bien de los sentimientos que le inspiran, se muestra por doquiera, y hace de su obra una de las más encantadoras producciones de los tiempos modernos. Esta superioridad no consiste sólo en una dicción más sencilla, en un gusto más conforme con lo natural y verdadero, sino que estriba sobre todo en la pureza moral y en la especie de pudor cristiano que reinan en *Pablo y Virginia*. El cuadro de Longo es voluptuoso; el del autor francés es casto y apasionado.»

Chauvin (en *Les romanciers grecs et latins*) dice: *Dáfnis y Cloe* es una pastoral encantadora, y ocupa, con la obra de Heliodoro, el primer lugar entre las novelas griegas. La intriga es seguida, interesante y de una sencillez del todo campesina.... Es un cuadro lleno de gracia y de frescura, variado por cuentos mitológicos dichosamente elegidos y bien ligados con el asunto. El carácter, el lenguaje y las costumbres de los pastores son siempre lo que deben ser, y el autor ha sabido evitar los dos escollos ordinarios de las novelas pastorales: la grosería y la cortesanía afectada. El estilo no es ménos notable que el fondo; es casi siempre de una elegancia que raya en coquetería y revela el trabajo del autor. Su frase tiene cierta concisión ingeniosa, dispuesta con la más hábil simetría y construida con tal delicadeza de gusto, que hasta de la eufonía se preocupa. El autor no aventura sin intención ni una palabra, y descuella en el empleo de las más propias para que el pensamiento sea claro y fácil de comprender. Como se afa-

na por parecer natural y emplea tanto arte para ser cándido y sencillo, exagera estas cualidades y descubre el trabajo que le cuesta tenerlas. Es lástima que el mérito de esta linda novela esté afectado por la mancha que es común á todas las novelas griegas: la obscenidad de ciertos pormenores y de las pinturas voluptuosas, que el amor del arte no puede justificar.»

Más severo Chassang con *Dáfnis y Cloe*, conviene, no obstante, en que esta novela es la mejor de todas las antiguas, aunque despues añade: « Su mérito no es la moralidad. Comparémosla con la imitación que ha hecho de ella Bernardino de Saint-Pierre en *Pablo y Virginia*, y veremos lo que una imaginacion casta y pura ha hecho de un cuadro en el que lo voluptuoso rayaba en indecente. La fábula de *Dáfnis y Cloe* es de gran sencillez, y ésta es calidad que se aprecia, sobre todo al considerar los mil incidentes groseramente dramáticos que se amontonan en otras novelas griegas. Aquí el espíritu se reposa en más tranquilas imágenes. ¿Por qué ha de haber aquí tambien raptos y piraterías? ¿Por qué la naturaleza toda se ha de desencadenar á causa del rapto de Cloe, y por qué ha de mezclarse con la narracion de las aventuras de los amantes la de una guerra entre dos ciudades? En cuanto al estilo, de todo tiene ménos de sencillo. Tiempo há que el candor de la traduccion de Amyot ha dejado de alucinarnos sobre la afectacion del original.» En este punto, el excesivo amor propio nacional creemos que engaña á Chassang, encontrando sencillez y candor en frances,

y no encontrándolos en griego. Por último, añade: «El autor (Longo) era un ingenio elegante, distinguido y dotado de un vivo sentimiento de la naturaleza: pero su obra tiene los caracteres de una época de decadencia.»

Humboldt, en el *Cósmos*, al hablar del sentimiento de la naturaleza y de su expresión entre las diversas razas humanas, vista la rapidez con que tiene que tratar este asunto, es grande la distinción que hace de la obra de Longo, de la que dice (edición de Stuttgart, 1847, II. Badu., p. 14): «En el posterior tiempo bizantino, desde el fin del siglo IV, vemos con más frecuencia pinturas de paisaje en las novelas de los prosistas griegos. Por estas pinturas se distingue la novela pastoral de Longo, en la cual, no obstante, las suaves descripciones de la vida humana son muy superiores á la expresión del sentimiento de la naturaleza.»

